

**ESCUELA INTERDISCIPLINARIA DE ALTOS ESTUDIOS
SOCIALES (EIDAES)
UNIVERSIDAD NACIONAL DE SAN MARTIN (UNSAM)
BUENOS AIRES, ARGENTINA**

Tesis de Maestría en Historia

*Volver de Malvinas. Experiencias de guerra y primera
posguerra de los jóvenes del Regimiento de Infantería
Mecanizado 3*

Profesora Florencia Gandara

Directora: Dra. Manzano, Valeria

Co-director: Dr. Lorenz, Federico

OCTUBRE 2022

Volver de Malvinas.

Experiencias de guerra y primera posguerra de los jóvenes del Regimiento de Infantería Mecanizado 3.

Índice	1
Agradecimientos	2
Introducción	4
Capítulo I - “Recepción, clasificación, recuperación integral y reintegro”	29
<u>I.I Introducción</u>	29
<u>I.II Reglar el regreso</u>	33
<u>I.III. Plano y cronograma</u>	40
<u>I.IV. Actividades recreativas para modelar identidades juveniles</u>	47
<u>I.V. Conclusiones</u>	52
Capítulo II - “Ahí la vida empezó a cambiar”	55
<u>II.I Introducción</u>	55
<u>II.II. Las Actas de Recepción</u>	57
<u>II.III. “Yo doy las siguientes ideas”: testimonios de jóvenes oficiales y suboficiales</u>	60
<u>II.IV. “Imaginars amenazas” o no cumplir “ninguna” misión: interpretar la guerra</u>	69
<u>II.V. “No ponernos la ropa nueva”. Experiencias del Centro de Recuperación</u>	75
<u>II.VI. La servilleta de despedida. Objetos para recordar</u>	85
<u>II.VII. Conclusiones</u>	90
Capítulo III - “En nombre de nuestros soldados, de nuestros jóvenes, de nuestro futuro”	93
<u>III.I. Introducción</u>	93
<u>III.II. Antes de salir: del alto al fuego al egreso del CRPF</u>	96
<u>III.III. “El regreso fue ése en realidad: La Tablada”</u>	104
<u>III.IV. Voces públicas después del regimiento</u>	113
<u>III.V. El voto cantado de los que nunca votaron</u>	126
<u>III.VI. Conclusiones</u>	129
Conclusiones	132
Repositorios y Fuentes	139
Bibliografía	140

Agradecimientos

Empecé a imaginar estos agradecimientos mucho antes de terminar la tesis. Me gustaría creer que no (sólo) fue producto de cierta ansiedad, sino de honestidad.

Dos personas fueron académica pero sobre todo humanamente indispensables para la elaboración de este trabajo, y a ellas necesito agradecer en primer lugar.

A Valeria Manzano, mi directora, porque su escucha, consejo, mirada crítica y acompañamiento se han vuelto fundamentales en muchos más aspectos que el trabajo de investigar. Como maestra que es, me enseña paciente y minuciosamente el oficio, me comparte sus maravillas, confía en mi trabajo y me ayuda a respetar sus tiempos, pero además me alienta a buscar mis propias versiones de libertad y me demuestra que los equilibrios son posibles. Ojalá vengan muchos años más de aprendizajes y proyectos.

Con Federico Lorenz capeamos, a esta altura, tormentas de todas las intensidades. Además de su codirección de este proyecto, hoy quiero agradecerle la generosidad con la que hace tantos años me comparte no sólo lo que sabe sino, sobre todo, el laboratorio de preguntas con el que convive. Sin que él lo sepa, su obsesión por la escala humana de los procesos se volvió un faro que me sugiere coordenadas cuando navego en la bruma.

La universidad pública y cada persona que la hace posible merecen un “gracias” especial. A la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, a la Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales de la Universidad de San Martín y a mis compañerxs del Núcleo de Historia Reciente que allí hacemos funcionar.

Pude escribir esta tesis durante los primeros meses de una beca interna doctoral otorgada por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Hoy me toca agradecer la beca pero también cuándo y cómo llegó: cada presentación me obligó a repensar todo, pero hoy elijo con más convicción y certezas.

Como hacer historia, construir esta tesis no fue un proceso lineal (ni breve). Tácitas, en sus líneas se entrecruzan tramas y personas de lo más variadas. Por eso los agradecimientos van en distintas escalas y direcciones:

A Federico Fernandez y Mailén Blanco que están desde siempre y forman parte, a su manera, de todo lo que hago. Gisela Trica acompañó el inicio del trabajo y sus primeras jornadas agotadoras. Desde que la conozco, Fernanda Pérez construye conmigo la amistad más difícil y desafiante que se nos puede ocurrir. Si eso no fuera suficiente para agradecer, desde hace unos años además lleva una parte de mí por océanos lejanos.

Paula Almudevar un día me abordó inesperadamente en un aula. Gracias, amiga, por proponerme tejer una red capaz de pescar y contener todo tipo de crisis y celebraciones.

A Sofía Quintana, Gabriela Bonomi y Nadia Mazur, por aparecer de mil maneras cada vez que pienso en cualquier pasado, presente o futuro. Aunque unas líneas les queden chicas, cada una por su parte y las tres juntas son imprescindibles. A Sofía porque lo que empezó compartiendo un mate en la primer materia de la carrera se volvió un equipo indestructible. A Gabriela por su constante, firme y amoroso empujón a las preguntas más incómodas y necesarias. A Nadia por mostrarme que no hay límites para desarmar y rearmar tantas veces como sea necesario, que no hay formas más correctas que el amor y la escucha genuina, y que siempre se puede leer una vez más un borrador desquiciado de cualquier cosa. A las tres, por recordarme que el mundo puede (y debe) ser un lugar mejor, y que en el camino lo vamos haciendo como mejor nos sale.

Las enseñanzas de Ruth Dobel llegan a todos los rincones: con ella aprendo que es posible observar sutilezas hacia adentro, ser más consciente y aquietar todos los ruidos.

A Inés Van Peteghem por estar siempre e hilvanar reflexiones como sólo ella sabe. Su abrazo cuida, ordena, guía, recuerda prioridades y sacude miedos.

Desde mi última mudanza la vida es una aventura extraordinaria por la que agradezco cada día. Más allá de todo lo demás, esta tesis se preparó al calor del fuego que cocinó cada comida que compartí con Ricardo Vorobey y “la gente linda del Victoria”. Gracias a ustedes por recordarme que en comunidad todo es más lindo.

Para Alejandro Catalano la mención es aparte. Todavía no sé contar el viaje en que nos embarcamos casi sin querer, pero me hace muy feliz. Gracias por hacer todo más liviano y enseñarme que a veces, para navegar, no hace falta inundar de palabras el río.

Aunque a cada persona de la “familia grande” que armamos le toca un agradecimiento, este párrafo es para tres de sus integrantes. A Alejandra, mi mamá, por confiar en mí, alentarme y apoyar desde el inicio la empresa de hacer esta maestría (entre tantos otros proyectos y aventuras a los que se apunta antes de saber sus detalles). Ojalá cultive adentro mío algo de su infinita fortaleza, su capacidad de mutar y de reinventarse cada vez que elije o cree necesario. A mi papá, Ricardo, por no soltarme la mano nunca y mostrarme que el camino al agua es el camino a casa. Si encuentro en mí al menos una parte del amor y entrega con las que él acompaña a las personas a las que quiere -aún cuando no entiende sus elecciones- yo ya soy inmensamente feliz. El final queda para mi hermana, Daniela: gracias por invitarme a soñar cualquier universo, estar siempre dispuesta a un abrazo de emergencia y enseñarme cosas sobre el autoconocimiento y el autocuidado que yo nunca me había imaginado.

Gracias.

Introducción

Esta es una historia sobre los regresos de la guerra de Malvinas. Una historia sobre cómo las experiencias bélicas y pos-bélicas de los jóvenes enviados a combatir se transformaron en una parte fundamental de sus propias identidades y, en muchos casos, de sus prácticas políticas tan pronto como empezaron a dialogar con los dispositivos que el propio Estado argentino elaboró para recibirlos.

A cuarenta años del alto al fuego del 14 de junio de 1982, la preocupación general que atraviesa esta tesis es la relación entre la guerra, los jóvenes y la sociedad argentina. Frente a una pregunta tan amplia, sin embargo, decidí hacer foco en un período de tiempo, un espacio y un grupo de personas muy concentrado: el proceso de recepción-llegada de la guerra de los miembros jóvenes del Regimiento de Infantería Mecanizado 3. Para la gran mayoría de miembros de este regimiento la vuelta de la guerra ocurrió en unos pocos días que se ubican entre los sucesos bélicos en el territorio austral y la larga serie de eventos que ocurrieron durante los años posteriores a la contienda¹. Si estos últimos son los dos períodos más estudiados en relación a la guerra de Malvinas, el eslabón que los une -es decir, el regreso-constituye un tiempo/espacio aún poco explorado. Resumido en una oración, a lo largo de las siguientes páginas me pregunto si acaso en ese tiempo/espacio donde “aparentemente no ocurre nada” no se condensan y toman forma cuestiones fundamentales sobre buena parte de los actores vinculados a la guerra. En otras palabras: ¿Qué sugiere el proceso y dispositivo de recepción acerca del Estado, de la institución castrense que lo elaboró, de los protagonistas militares y civiles que regresaban, de la población que los recibió (o no) y de los medios de comunicación que por aquellos meses eran al mismo tiempo terreno de encuentro, contacto y disputas?

Luego de la derrota en la guerra de Malvinas, en Argentina se profundizó un clima de descontento y deslegitimación del gobierno militar que se encontraba en el poder desde 1976. Por entonces el país atravesaba a una profunda crisis económica y social, a la que además se sumaban las denuncias sobre los delitos cometidos por el propio gobierno militar que distintos organismos de derechos humanos ya motorizaban desde antes del conflicto (Franco, 2018). Tal como intentaré demostrar, no sólo la derrota en las Islas Malvinas sino en particular el retorno de las islas australes de miles de jóvenes que habían sido enviados a combatir tuvo un lugar crucial en dicho proceso. La

¹ Constituyen la excepción los jefes del mismo que –como los jefes de otros regimientos y unidades- permanecieron como prisioneros de guerra durante varias semanas más en las Islas Malvinas.

aparición de sus voces en distintos ámbitos (especialmente dentro de la esfera militar y en el espacio público) se conformó como una vía legítima para elaborar públicamente críticas a la institución militar directo al centro de su propia legitimidad, el saber profesional y especializado para hacer la guerra. El grupo de jóvenes que volvió de combatir era relativamente heterogéneo: mientras algunos habían elegido la vida castrense -los oficiales y suboficiales-, alrededor de 8 de cada 10 personas llegaron a Malvinas mientras se hacían el servicio militar obligatorio o como convocados poco tiempo después de terminarlo (Lorenz, 2006). Sin importar su rango, casi todos regresaron de las islas a Campo de Mayo, donde el ejército montó un espacio para su recepción.

El Centro de Recuperación del Personal de la Fuerza (CRPF) es el escenario principal –aunque no el único- de esta tesis. Se trata un peculiar dispositivo que el Ejército Argentino elaboró para recibir a miles de combatientes (en su mayoría jóvenes y civiles). Funcionó en la Escuela de Suboficiales Sargento Cabral, en Campo de Mayo, entre junio y julio de 1982. Aunque su estudio descubre una faceta eminentemente productiva de la aún entonces gobernante dictadura militar, mi apuesta es que sólo se puede percibir su relevancia una vez que se la pone en diálogo con las experiencias de las personas que efectivamente pasaron por allí a su vuelta de las islas. Este tiempo y espacio, que tal como desarrollaré considero una zona transicional, se conformó como un espacio de experimentación en el que convergieron (y en muchos casos se enfrentaron) las expectativas y experiencias de miles de militares y civiles que habían ido a combatir por la soberanía en las islas australes con las de quienes no habían viajado al sur. En tanto espacio “intermedio” entre la zona de guerra y la vuelta a sus casas y cuarteles, una hipótesis que surgió a medida que el trabajo avanzaba es que el Centro elaborado para la “recuperación” de estas personas fue un lugar en el que comenzaron a interpretar sus propias experiencias bélicas y a traducirlas en algunas de las líneas maestras de la identidad de quienes regresaron de combatir, así como también algunas formas incipientes de su accionar colectivo u organizado. Aún si es un espacio sobre el cual muy poco se habló por aquellos días y aún hoy poco se sabe, aparece como un tiempo y un espacio crucial. Este es el motivo por el que además de estudiar la documentación militar elaborada por quienes elaboraron el Centro intenté dar, simultáneamente, con algunas de las huellas que estas personas dejaron a su paso por este lugar y con algunos de los recuerdos que su paso por allí dejó en algunos de ellos.

La hipótesis de este trabajo, en relación con lo anterior, es que no sólo la

participación en la Guerra de Malvinas (habiendo elegido o no la profesión castrense) sino las experiencias de regreso y recepción fueron claves en la socialización de éstos jóvenes, que ingresaron a la vida política durante los últimos años de la dictadura y los primeros de la posdictadura. Los modos en que la guerra fue vivida, las personas con las que fue compartida, los sucesos vividos durante este período, el modo en que los recibieron y cómo vivieron sus días allí, en relación con ello, constituyen claves que hacen de la guerra en general y el retorno en particular eventos “bisagra” que delimitaron y reconfiguraron sus formas organizativas, sus marcos de ideas, sus modos de auto-representarse y, también, sus formas de organizarse.

Si, como intentaré probar, el Ejército Argentino tenía una fuerte pretensión de control y gestión sobre los cuerpos, identidades y vidas de quienes volvían de combatir, las experiencias de guerra se constituyeron como un límite a dicho intento de control, que sólo fue parcialmente exitoso. Mientras buena parte de sus vidas todavía estaban bajo gestión estatal y militar (como mínimo, la disposición del tiempo y el espacio), estas personas comenzaban a proyectar futuro y a actuar más en base a sus propias experiencias e ideas que según lo dictado por su ejército. Si sus propias reflexiones e interpretaciones sobre sus experiencias pudieron ser un límite de las pretensiones de la institución militar, ¿pudieron ser las palabras, testimonios y opiniones de quienes regresaban de la guerra un límite, también, a la pretensión de control estatal sobre la información que circulara públicamente sobre la contienda?

Más allá de que lo planificado por el Ejército Argentino haya sido general para todas las personas que regresaban de la guerra, las experiencias de cada unidad hacen que su paso por el Centro de Recuperación tenga características particulares. Los modos en los que las guerras fueron vividas estuvieron, en relación con ello, fuertemente condicionados por las posiciones que distintas unidades ocuparon, por el tipo de combate que realizaron y por el acceso de sus miembros a elementos de higiene, limpieza y correspondencia, entre otras muchas cuestiones. Por eso en este trabajo me concentro en un grupo particular de personas que fueron a la guerra, aquellas que formaron parte del Regimiento de Infantería Mecanizado 3.

El Regimiento de Infantería Mecanizada 3 “General Belgrano”, tenía, en 1982, asiento de paz en La Tablada (La Matanza, Provincia de Buenos Aires) y era parte del Comando Cuerpo del Ejército I, que correspondía a la Provincia de Buenos Aires. Fue uno de los regimientos que más temprano y con más integrantes fue a la guerra. Entre el 9 y el 13 de abril 1982 llegó a Malvinas con 887 de sus miembros: 724 soldados

conscriptos, 132 suboficiales y 31 oficiales². Aún si, como indicaré más adelante, la juventud es una categoría sociocultural y no puede restringirse sólo a la edad, es destacable que no sólo los soldados conscriptos sino también alrededor de la mitad de los oficiales y la mitad de los suboficiales que fueron a la guerra como parte de este regimiento tenían 25 años o menos. Esto significa que aproximadamente el 90% del regimiento no pasaba el cuarto de siglo cuando fue a la guerra.

En Malvinas el regimiento tuvo como misión la defensa de la zona sur de la localidad de Puerto Argentino frente a una posible incursión o intento de ocupación por parte del enemigo, situación que se consideraba factible por las características de las playas y la cercanía a la ciudad. De acuerdo a ese escenario hipotético, la unidad se ubicó por subunidades aisladas cuyas posiciones fueron construidas por ellos mismos durante los primeros días en las Islas. Desde mediados de abril hasta mediados de junio los miembros del Regimiento 3 estuvieron en las trincheras cavadas y construidas en zonas cercanas a la costa, en la periferia de la ciudad. Allí recibieron, desde el primero de mayo a las 4.40 de la mañana, constantes bombardeos de aviación durante el día y navales durante la noche, viviendo además la consecuente tensión y problemas de abastecimiento general —de insumos y alimentos— que esta situación profundizaba. A mediados de junio el Regimiento se reorganizó en el territorio debido al desarrollo de los acontecimientos bélicos y, en ese contexto, la Compañía A estuvo involucrada —los días 13 y 14 de junio— en los últimos combates antes de la rendición.

Tras el alto al fuego del 14 de junio, tanto el Ejército Argentino como las miles de personas que se encontraban en las islas supieron que era inminente el inicio de un momento diferente: de Malvinas regresarían con la derrota, pero también con sus experiencias y explicaciones sobre lo vivido.

Como si se viera a través de un prisma, esta tesis está dividida en tres partes que son al mismo tiempo un juego de perspectivas, de escala y partes de un argumento más general. Su orden, así como las fuentes que utilizo en cada uno, tienen que ver con un planteo general: si en un primer momento el protagonista principal es el Estado -y específicamente su ejército-, muy pronto los propios actores van tomando protagonismo a medida que ponen en juego su propia agencia y sus primeras formas de organización.

El primer capítulo indaga en la dimensión más propositiva y productiva del Estado, una dimensión que en la más inmediata posguerra se expresó en la elaboración, por

²Informe de Novedades del Cpo Ej. I, foja 10, CEM, SHE, CABA, Buenos Aires, Argentina.

parte del Ejército Argentino, de un dispositivo para recibir y “recuperar” a las tropas a su regreso de la guerra. Allí propongo pensar la posguerra como un escenario en el que las fuerzas, aún a pesar de la derrota, tuvieron la intención (y la capacidad) de generar mecanismos para disponer sobre los cuerpos y vidas de estas personas y, al mismo tiempo, proponerles específicos modos de comportarse e interpretar sus propias experiencias. Si pensar al Estado de junio de 1982 en su dimensión productiva es novedoso en sí mismo –porque al momento se ha resaltado más en su dimensión destructiva, represiva o *ausente*-, al mismo tiempo hace posible ponderar con mayor precisión las acciones de quienes efectivamente volvieron de la guerra.

La exploración en torno a esta dimensión productiva del Estado y, en particular del Ejército Argentino, pone simultáneamente de manifiesto dos cuestiones en las que en este primer capítulo me detengo. Por un lado, que los jóvenes constituían un sujeto prioritario y primordial y que a ellos estaba destinado este dispositivo de recepción. Por el otro, que el ejército no elaboró este Centro de Recuperación ni lo puso en marcha en soledad sino con el fuerte apoyo (económico y social) de una serie instituciones, empresas y personas que sostuvieron la práctica de donar bienes y dinero, práctica que durante la guerra se había extendido enormemente y sobre la cual todavía conocemos relativamente poco durante la posguerra. Tal como exploraré, ambas cuestiones sugieren que la guerra y la derrota no significaron puras rupturas sino (quizás sobre todo) consistentes continuidades. Mucho antes del desembarco en el sur los jóvenes ya eran considerados sujetos cruciales en la elaboración de políticas de la dictadura militar (Manzano, 2017, Luciani, 2017), tanto como lo eran las diferentes formas de apoyos civiles y empresariales para su legitimidad y gobernabilidad.

El segundo capítulo propone un viraje de enfoque porque en él intento indagar el proceso de recepción desde la perspectiva de quienes regresaban de las islas. En relación con eso, propongo pensar el Centro de Recuperación ya no (solamente) como un espacio de propuesta estatal sino de experimentación para un grupo de jóvenes que, al llegar, no adoptaron pasiva ni acriticamente lo propuesto por la misma fuerza que los había llevado a combatir. Por el contrario, al menos algunos de ellos se reapropiaron de ese tiempo/espacio y en él comenzaron a ensayar distintas interpretaciones, ideas, emociones e incluso formas de actuar que se basaban en sus experiencias bélicas recientes y, sobre todo, se proyectaban hacia sus futuros posibles.

Si, tal como intentaré demostrar, tan pronto como llegaron al Centro de Recuperación las personas que regresaron de la guerra comenzaron a expresarse y a

producir sus propios testimonios, este espacio puede ser pensado como una zona intersticial, de frontera, entre los eventos bélicos en las latitudes australes y la posguerra. Allí, la agencia de estos sujetos cobra un rol preponderante y expresa que ahí se condensaron y tomaron forma algunas fuertes solidaridades y disputas que el día a día en Malvinas había producido y que atravesaban tanto vertical como horizontalmente a las jerarquías formales de la institución militar. Estudiar cómo actuaron, qué hicieron, qué dijeron y qué eligieron callar quienes volvieron de la guerra mientras permanecían en este espacio muestra que aún mientras elaboraban sus interpretaciones sobre qué había sido la guerra que habían vivido, dichas reflexiones y las incipientes prácticas colectivas impusieron algunos límites a las pretensiones del Centro y quienes lo dirigían.

El tercer capítulo es una invitación a ampliar la escala de análisis: allí la pregunta es de una duración un poco mayor que los pocos días que los miembros del Regimiento de Infantería Mecanizado 3 pasaron en Campo de Mayo y por momentos se refiere a un grupo más amplio de jóvenes. Poniendo en relación el caso de estudio con un nivel más general, en él me propongo comenzar a indagar cómo comunicó la recepción de la guerra la prensa de tirada nacional. Esto tiene dos objetivos principales: por un lado explorar cómo quienes regresaban de la guerra pusieron a circular sus propias experiencias e ideas en el espacio público tan pronto como salieron de la guarnición militar de Campo de Mayo y, por el otro, evaluar qué lugar tuvieron esas voces en un proceso mayor en el que se encontraban los medios de comunicación a mediados de 1982, que era un parcial y ambivalente distanciamiento respecto del gobierno militar -al hasta muy poco tiempo antes había contribuido a legitimar (Franco, 2017)-.

A través del seguimiento de la intensa circulación de testimonios de algunos de los jóvenes que regresaban de combatir con el regimiento 3 (desde mediados de junio de 1982 hasta, por lo menos, fines de julio del mismo año), en este capítulo intento evaluar y proponer alguna precisión al fuertemente arraigado sentido común sobre los silencios públicos durante la posguerra. Estas intervenciones, como me propongo demostrar, también supusieron algunos límites a la pretensión que el Ejército Argentino sostenía de vigilancia y control sobre la información que circulara públicamente cerca de la guerra y sobre las actividades de quienes ya habían salido de sus cuarteles. Finalmente, me propongo contraponer dicha idea de “silencios” con la propia agencia de estos jóvenes que no sólo elaboraron y produjeron sus propios testimonios sino que, muy pronto y probablemente a medida que su circulación en los espacios públicos se reducía, también

comenzaron a darse a sí mismos formas de organización e intervención política.

Antecedentes

La guerra de Malvinas ha sido estudiada desde múltiples perspectivas. Entre ellas, sólo por mencionar algunas, están las historias diplomáticas y de relaciones internacionales (Berasategui, 2011; Freedman, 2004; Kirschbaum, Kooy, & Cardoso, 2012; Kohen & Rodríguez, 2015; Terragno, 2006), la historiografía militar (Balza, 2003; Freedman, 2004, 2005; Jofre & Aguiar, 1987) o las historias de largo plazo para divulgación (Lorenz, 2014a). Esta tesis se nutre principalmente de aquellos estudios que conforman lo que hoy en día se conoce como historia sociocultural de la guerra. Adicionalmente, sin embargo, dialoga con otros tres campos de estudios: el de las juventudes y la política en los años ochenta en Argentina, el de las juventudes y las fuerzas armadas y, finalmente, el que se dedica en sí mismo al Ejército Argentino durante el mismo período.

Investigar la guerra de Malvinas desde la perspectiva sociocultural parte del supuesto -un consenso en el campo- de que atender a la multiplicidad de formas en que la guerra fue vivida es una clave para comprender no sólo aquel evento sino también a la sociedad que lo hizo posible. Aunque se afianzaron al menos una década y media después, estas ideas comenzaron a surgir poco después del fin de la guerra y se nutrieron de un contexto historiográfico internacional muy particular en al menos tres vertientes. En primer lugar, de las propuestas sobre el estudio de la historia y sus protagonistas que emergieron durante la segunda posguerra mundial. En este sentido tuvieron un peso especialmente relevante las propuestas de E.P. Thompson sobre la agencia y experiencias de los actores (Thompson, 2012) y las consideraciones de J. G. Gray, Keegan y Prost sobre la guerra y sus protagonistas (Gray, 1959; Keegan, 1978; Prost, 1977). En segundo lugar, de algunas de las respuestas a la llamada “crisis de la historia” de la década de los setenta; en especial de aquellas que propusieron no ver la historia en un sentido unívoco sino explorar las fuerzas contrahegemónicas, tensiones y luchas. En tercer lugar, aunque en menor medida, también se relacionan con las respuestas que a esa crisis ensayó la microhistoria a propósito de potencialidad de los estudios de caso para elaborar contrapuntos entre las distintas escalas de análisis y mejorar así la comprensión histórica.

Aunque quienes trabajan con Malvinas atentos a las experiencias de sus sujetos retoman (a veces de forma tácita) estas líneas de reflexión, algunas de ellas no tuvieron

gran impacto en la historiografía argentina. Ese es el motivo por el que, desde que esta perspectiva empezó a ser abordada, discutió con las explicaciones más esencialistas que sostienen -implícita o explícitamente- que Malvinas invocó de forma automática un “patriotismo argentino, un sentimiento dado, inmediato y unánime que, sin matices, corresponde a la esencia natural de los argentinos por el mero hecho de haber nacido en este país”(Guber, 2004).

Dentro del campo de los estudios sociales y culturales en Argentina, quienes comenzaron a estudiar Malvinas desde esta perspectiva propusieron reponer la ausencia de los sujetos que participaron en la guerra de la bibliografía sobre la última dictadura militar, una falta de presencia que condujo a explicaciones simplificadoras sobre la historia reciente argentina (Guber, 2004; Lorenz, 2006, 2017). Estudiar Malvinas a través de la óptica sociocultural, tal como a lo largo de sus trabajos formulan Rosana Guber y Federico Lorenz, dos de los fundadores del campo, contribuye sobre todo a reflexiones más profundas que permiten percibir la densidad histórica de este evento y revisitarlo desde distintas inquietudes.

El estudio de la experiencia de los conscriptos y de los significados en torno a ellos fue clave en la construcción de esta perspectiva analítica. Los trabajos de la antropóloga Rosana Guber fueron, desde fines de los ochenta, fundamentales e inaugurales. En su libro titulado *De chicos a veteranos*, especialmente atento a las nociones de experiencia, nación y nacionalidad, da especial relevancia a la construcción de la identidad de los ex soldados combatientes de Malvinas en tanto ésta constituye, desde su perspectiva, un clivaje fundamental para comprender a la sociedad argentina que los recibió (y sus instituciones, entre ellas el propio Estado). Al respecto, concluye la autora que mientras la sociedad personificada en los adultos –tanto civiles como militares- les asignó la categoría de “menores”, los propios ex soldados fueron construyendo su identidad sustrayéndose de esa relación filial impuesta y autoproclamándose como una generación separada de las anteriores, con reclamos y valores propios, distintos tanto a los civiles como a los militares (Guber, 2004). Desde su perspectiva, la identidad de los ex soldados combatientes se configuró luego de la derrota como liminal, lo que expresa la dilemática relación entre los argentinos y su Estado. Guber continuó sus trabajos sobre Malvinas enfocándose, por un lado, en memorias navales (Guber, 2008) y, por el otro, en las singulares experiencias y memorias de los pilotos de aviones de la Fuerza Aérea (Guber, 2016).

Federico Lorenz también se dedica, desde los años noventa, al estudio de la guerra de

Malvinas desde la perspectiva de la experiencia. Como para Guber, los sujetos principales de sus trabajos son los ex soldados combatientes, tanto durante la guerra como luego de los regresos: sus experiencias de guerra, sus formas de organización como ex combatientes, las disputas que entre y en torno a ellos han existido, entre otros temas (Lorenz, 2006, 2012, 2014b). Lorenz instaló de forma explícita la discusión, al interior de historiografía argentina, sobre el lugar que la guerra de Malvinas y sus distintos actores tienen o pueden tener en la historia reciente. Al respecto, insistió en que cuestionar la subsunción del tema “Malvinas” en “dictadura” no significa autonomizar y separar campos, sino todo lo contrario: reforzar “guerra de Malvinas” implica, en su opinión, darle precisión y por lo tanto revestir de más complejidad y profundidad a los estudios sobre la dictadura (Lorenz, 2006, 2009, 2011). Así, el autor ha criticado que la experiencia bélica quede desdibujada y sea incorporada como una más de las expresiones o formas del terrorismo de Estado ejercido por la última dictadura militar en Argentina. Como Guber, subraya la “infantilización” que la sociedad (y la bibliografía que ella produce) todavía hace de los ex soldados combatientes, que se expresa en cierto sincretismo entre la figura de “víctima de la dictadura” y “ex combatientes” (Lorenz, 2014b). Sus investigaciones muestran, sin embargo, que para los ex combatientes la experiencia de guerra se fue perfilando como una oportunidad para refundar el país y que en ese proceso podrían tener un rol protagónico quienes habían llegado a su más alto sacrificio por él: ellos mismos, los jóvenes soldados, que eran combatientes y, desde su perspectiva, no podían ser víctimas, pues cumplieron con su deber (Lorenz, 2014b). En uno de sus últimos trabajos el autor aborda las condiciones de emergencia y circulación de un rumor durante la posguerra, el del suicidio de un soldado lisiado, y a partir de allí propone una lectura más amplia sobre la posguerra que va más allá del estudio sobre la agencia de los sujetos en la historia. Según su interpretación, en ese período habría operado un *doble rechazo* social: por un lado al soldado -que regresaba con las marcas de la violencia visibles en el cuerpo- y, por el otro, a la historia de violencia de las últimas décadas argentinas. Superponiéndose las escalas de análisis y proponiendo una lectura de conjunto, en sus palabras

La incompreensión, la imposibilidad de comunicación, no se debió entonces al resultado de la guerra de Malvinas (aunque los soldados así lo vivieron), sino a una voluntad de olvido más amplia, a la necesidad de enterrar la historia. No sólo la de la derrota en las islas, sino la de la matanza interna. (Lorenz, 2017)

Más recientemente, otros investigadores han abonado también en la perspectiva de estudiar la Guerra de Malvinas desde una perspectiva social y cultural. Andrea Belén Rodríguez estudió las experiencias de los miembros del Apostadero Naval Malvinas, una unidad de la Armada Argentina creada en las Islas Malvinas en abril de 1982. A partir de sus formas específicas de socialización, vivencias y experiencias, la autora analizó la particular construcción identitaria de quienes formaron parte de esta unidad. Su trabajo, que no sólo aborda las experiencias de los conscriptos, muestra que los lazos contruidos entre compañeros de unidad -que parten de la experiencia de guerra pero continúan hasta la actualidad- estuvieron marcadas por los espacios, tiempos y prácticas específicas de la misma (Rodríguez, 2015, 2020). A partir de su trabajo Rodríguez concluye, entre otras cosas, que como producto de sus experiencias de guerra, entre algunos de los miembros del apostadero las jerarquías militares tendieron a horizontalizarse. Se trata de una característica que (aunque matizada y suavizada en otras circunstancias) es una “marca colectiva” de la unidad y forma parte de su identidad específica. Asimismo, es un elemento que las distingue claramente de otros casos en que las jerarquías eran más rígidas y estrictas, como en las unidades del Ejército Argentino (Rodríguez, 2020). El aporte de la autora a la perspectiva de análisis es explícito y se relaciona con este trabajo de forma directa porque, entre otras cosas, demuestra que hubo “otras guerras vividas” de acuerdo al específico lugar o rol en que las unidades se encontraran (en su caso, lejos de las trincheras) y que eso también implicó otros regresos y, sobre todo, otras posguerras. El antropólogo Germán Soprano, también realizó aportes importantes al campo de estudios a partir de su trabajo sobre el Grupo de Artillería 3, perteneciente a la Artillería del Ejército Argentino. Él observa el tipo de preparación militar que tenían no sólo los oficiales y suboficiales sino también sus soldados conscriptos y la experiencia de guerra a partir de ello (Soprano, 2018). Para su caso de estudio, además, el autor cuestiona la idea de que en la instrucción profesional que el Estado Argentino -a través de las Fuerzas Armadas- daba a los oficiales se encontraban totalmente desplazadas las preocupaciones, concepciones y prácticas de la guerra convencional. Esto lo lleva a dos señalamientos especialmente relevantes: por un lado, indica que para otras armas esto podría ser distinto. Por el otro, su trabajo lo lleva a preguntarse si es universalmente válida la explicación sobre la derrota en Malvinas como resultado de la hiperspecialización del Ejército Argentino en la “guerra contra la subversión” (Lorenz, 2015) pues, en su opinión, sí había oficiales y unidades entrenadas para una “guerra regular” (Soprano, 2019).

Como se puede ver a partir de los trabajos realizados en el campo hasta el momento - a los que se suman, entre otros, los de Melara (2010), Corbacho (2003), Chao (2017), Pozzio (2015) y Pratesi (2010)- y retomando el señalamiento de Lorenz, realizar estudios de caso de estas características implica darle precisión al tema Malvinas para complejizar y profundizar los estudios sobre la dictadura y el pasado reciente argentino. Esta idea operará como supuesto a lo largo de esta investigación.

Además de ser una novedad en campo de estudios sobre Malvinas por aportar un minucioso análisis e interpretación sobre las formas en que el Estado, sus miembros y sus representantes propusieron vincularse con las personas que volvieron de combatir después de la rendición argentina de junio de 1982 y durante 35 años (hasta 2017), el último libro publicado por Daniel Chao (2021) amerita un comentario adicional porque en tres sentidos su relación con esta tesis es íntima. En primer lugar, porque en el autor propone que en el momento de la más inmediata posguerra se constituyó una *acumulación originaria* en torno a “el veterano como problema de Estado”, una superposición de nociones, formas de interpretar y de representar tanto a quienes volvían de la guerra como al Estado que los recibía después de enviarlos a combatir que habrían perdurado durante las décadas siguiente. Esta idea tiene un vínculo estrecho con la elaboración de mi propia pregunta de investigación en la medida en que al avanzar con el trabajo yo también decidí concentrarme en ese tiempo corto, considerando que allí anidaba algo de importancia diferencial. En segundo lugar, porque su trabajo tiende a explorar críticamente una idea muy arraigada que apunta a mostrar una sostenida inacción estatal respecto de Malvinas y sus protagonistas. En relación con esa idea, Chao resalta y revaloriza una poco explorada dimensión productora del Estado porque analiza exhaustivamente los modos en que, desde el alto al fuego, distintos actores (militares y civiles) pusieron en marcha engranajes estatales para producir *respuestas*. En tercer lugar, y aunque me detendré sobre esto en el apartado siguiente, porque para su investigación trabajó con el mismo fondo documental que yo misma consulté durante mi trabajo y, aunque no se trate necesariamente de los mismos documentos (con algunas excepciones), uno y otro hacen explícitas las potencialidades de desclasificar y tornar accesibles fuentes estatales (y militares) para la investigación histórica y de ciencias sociales.

Los sujetos de esta investigación no están sólo delimitados por las jerarquías militares sino por su pertenencia generacional, lo que me llevó -retomando las menciones y señalamientos que otros investigadores ya han realizado- a abordar a dos

grupos cuyos regresos y posguerras no han sido estudiados todavía de forma sistemática, los jóvenes oficiales y suboficiales. Esta especificidad vuelve especialmente productivo (y necesario) el diálogo con otros dos campos de estudios: el que se dedica a los jóvenes de los '80 en Argentina y el que estudia las relaciones entre juventud y Fuerzas Armadas.

El estudio sobre los jóvenes en los años '80s configura un campo que, si bien está creciendo en los últimos años, no ha sido hasta el momento extensamente explorado. Desde los estudios sobre comunicación social, la sociología de la cultura y la historia del arte se estudió a las culturas juveniles durante estos años –especialmente a las ligadas a las experiencias del rock y las artes expresivas-. Al respecto, los autores han señalado algunas líneas de continuidad entre el momento dictatorial y los años de postdictadura en relación a su laxa participación y compromiso político (Benedetti & Graziano, 2007; Garbatzky, 2013; Margiolakis, 2012; Usubiaga, 2012; Vila, 1985).

Entre quienes estudian a la juventud existe un consenso fundamental: ésta es entendida como una categoría cultural y política que en Argentina fue conformada entre las décadas de 1950 y 1970 (Manzano, 2017). En tanto categoría cultural y política, el estudio de los modos en que se la cargó de sentido es un aspecto fundamental para comprenderla. Al respecto, se ha señalado para el inicio de nuestro período que no es preciso hablar de *la* dictadura ni de *la* juventud, como categorías estancas, pues no existió ni entre los miembros del gobierno ni entre los jóvenes una percepción única ni homogénea del otro grupo (Luciani, 2017). Esta advertencia historiográfica, política y metodológica debe aplicarse también para el período posterior a la dictadura, en el que tampoco hubo un discurso gubernamental único respecto de la juventud -ni prácticas homogéneas de esta última-. Valeria Manzano ha mostrado cómo, mientras se establecían discursivamente profundas líneas de ruptura entre la dictadura y el período democrático emergente, a la juventud se le asignaban dos sentidos superpuestos: por un lado se la reconstruía como estructuralmente inocente y, por lo tanto, víctima “plena” de la dictadura. Por el otro (y contrariamente) se depositaba en ella –y en su agencia- la esperanza del cambio y futuro, como expresaba el llamado a la repolitización juvenil (aunque fuera en un sentido regulado, democrático y limitado) (Manzano, 2018b).

La categoría de juventud se construyó, tanto en Argentina como en otros lugares del mundo, como metáfora de cambio social y renovación del pasado (Manzano, 2017; Passerini, 1996). Si en los años '80 esa metáfora se expresó, por una parte, en los sentidos que el mundo adulto le asignaba a la juventud, también la encarnaron las

propias prácticas y discursos juveniles. Esto se evidencia tanto en la periodización que distintos estudios realizan acerca de la repolitización de la juventud –específicamente en lo que refiere a la militancia política organizada a favor de la democracia- como en los discursos de esos jóvenes que ingresaban a la política. En relación a lo primero, pareciera existir cierto acuerdo en el campo acerca de una emergencia de una nueva organización política juvenil hacia el año 1981, intensificada y potenciada luego de la Guerra de Malvinas, que tendió a declinar en el último tercio de la década (Luciani, 2017; Manzano, 2018a; Vázquez, Vommaro, Nuñez, & Blanco, 2017; Vommaro&Cozachcow, 2018). Por su parte, los discursos que estos jóvenes producían sobre sí mismos y su lugar en la política muestran que -si bien pervivían elementos discursivos e ideológicos propios de los años '70- la forma generalizada de referirse a sí mismos (y con ello legitimarse en su contexto) era distanciarse radicalmente de las juventudes guerrilleras y proponerse a sí mismas como baluarte de una nueva forma de hacer política democrática y civilista, que priorizaba la concordancia y los acuerdos (Manzano, 2018a; Vázquez et al., 2017; Vommaro&Cozachcow, 2018). Estudios recientes muestran cómo, entre los jóvenes que no pertenecían al grupo anteriormente descrito, también existió una identificación con “lo nuevo”: es el caso, por ejemplo, de los grupos de jóvenes llamados “disco” y los identificados con la New Wave y su estética “moderna” (Manzano, 2018a). Finalmente, ya hemos señalado que, al menos para el caso de algunos ex soldados combatientes, el discurso victimizante no se ajustaba al modo en que ellos se autopercebían, mientras sí se identificaban como una renovación respecto del pasado (Lorenz, 2014b).

Al momento existe, dentro de los estudios recientes de este campo, cierto consenso acerca de la existencia de algunas rupturas entre los primeros años de la dictadura y los años '80 en relación al lugar, percepción identitaria y participación política de los jóvenes en Argentina (Manzano, 2018a), así como también algunas caracterizaciones y estudios de caso. Parece existir, asimismo, consenso en relación a que la experiencia social de la Guerra de Malvinas intensificó la participación política de los jóvenes en la Argentina. Algunos autores han señalado cómo al menos una parte de esta juventud se identificó como parte de una particular “generación” atravesada por la guerra y criada en la dictadura (Lorenz, 2006; Manzano, 2018b). Si bien la categoría de *generación* (Mannheim, 1993) fue justa y profundamente criticada por su incapacidad de dar cuenta de los múltiples aspectos que configuran una pertenencia grupal y, por lo tanto, su potencialidad heurística está fuertemente puesta en cuestión -pues resulta evidentemente

insuficiente compartir una edad y una experiencia relevante, aunque sea tan traumática como la participación en una guerra, para dar cuenta de una identidad grupal-, algunos trabajos recientes propusieron nuevos abordajes que la revitalizan. Entre ellos se encuentra el trabajo de Neumann (Neumann, 2012), que a partir de otras propuestas (Corsten, 1999) retoma el concepto de *generación* entendido específicamente en relación a las prácticas discursivas y el modo en que éstas se cristalizan y se transmiten entre grupos de jóvenes. En su trabajo señala que, así utilizado, la categoría *generación* puede servir como marco de referencia para estudiar un grupo limitado de personas (que no se trata de un grupo nacido en un mismo año ni una cohorte universal de edad sino de un grupo concreto de gente joven, mucha de la cual tenía similares experiencias, objetivos, actitudes e ideales).

Partiendo del mencionado consenso sobre la relevancia de la experiencia social de la guerra de Malvinas para la juventud politizada de los '80 y retomando la consideración acerca de la necesidad de estudiar las juventudes, esta investigación se propone como una contribución al campo en la medida que estudiar el modo en que estos jóvenes fueron interpretándola experiencia de guerra y la posterior conformación de identidades y prácticas políticas emergentes de ella implica abordar y conocer con mayor profundidad algunas de las juventudes de estos años. Finalmente, como se ha dicho, esta investigación se propone prestar atención a los jóvenes oficiales y suboficiales que volvían de la guerra, aportando con ello al campo la perspectiva de este particular sector de la sociedad y contribuyendo a mejorar y complejizar la comprensión histórica de las juventudes en la dictadura de posguerra.

Entre unas y otras juventudes, Rosana Guber (2004) sostiene que durante la guerra de Malvinas existieron dos grandes consensos entre civiles y militares: uno en relación con la validez general de la guerra y otro acerca de la validez de la conscripción como mecanismo adecuado para que el Estado disponga de soldados para una guerra regular e internacional. Sobre algunos de los posibles motivos o causas de aquellos consensos llama la atención Federico Lorenz (2015b): el peso de la guerra y las prácticas asociadas a ella, dice, han condicionado generaciones de argentinos -incluso cuando el país no vivió conflictos como el de Malvinas- como impacto social y cultural del servicio militar obligatorio. Tal como analizaré a lo largo del segundo capítulo, al menos algunos de los oficiales y suboficiales que regresaron de la guerra ponían en duda aquella idea sobre la que existía consenso a partir de sus experiencias recientes.

El campo de estudios que se preocupa por la relación entre los jóvenes y las Fuerzas

Armadas en Argentina y, en particular, por servicio militar obligatorio tampoco fue hasta el momento abundantemente explorado. Si bien existen algunos casos aislados de estudios que consideran la cuestión del servicio militar obligatorio antes de 1982, luego de la última dictadura militar (y de la derrota en Malvinas) surgieron –aunque marginales en relación con otros temas de época- algunas líneas de investigación que se preocuparon por el servicio militar obligatorio. En primer lugar surgieron trabajos -cuya matriz interpretativa formaba parte de las denuncias de su contexto- que investigaba y denunciaba como parte de los crímenes de Estado la desaparición de conscriptos durante la dictadura (CELS, 1982; Mohr, 1998). En segundo lugar, tal como ya mencioné, surgió la preocupación académica -desde la perspectiva de su propia experiencia- por los soldados conscriptos que habían sido enviados a combatir en la guerra de Malvinas (Guber, 2001; Lorenz, 2006). En tercer lugar, luego del asesinato del soldado Carrasco a mano de sus superiores mientras realizaba el servicio militar obligatorio en 1994 hubo una proliferación de estudios vinculados al tema y al caso en particular (Berri & Marín, 1995; Mantaras, 1995).

Durante estos años se señaló que el servicio militar obligatorio operaba como “rito de pasaje” en la sociedad argentina en tanto se trataba de la instancia que, supuestamente, garantizaba la formación de hombres adultos listos para el mundo del trabajo y para formar familias (Guber, 2004). Asimismo, reflexionando sobre el terrorismo de Estado y la experiencia del pasado reciente, Pilar Calveiro (1998, 2005) indicó –aunque lo hizo en forma de menciones y no con trabajos especializados- el carácter represivo de la conscripción, que sembró en niveles profundos de la sociedad una concepción muy específica –violenta- de disciplina, que implicaba la aceptación del sometimiento, las jerarquías, la arbitrariedad y autoridad.

Durante las últimas décadas surgió una nueva bibliografía y campo de trabajos que, en concordancia con las tendencias de la historiografía internacional y acudiendo a nuevas fuentes, está realizando nuevas preguntas sobre el servicio militar obligatorio y los jóvenes obligados a realizarlo a lo largo de la historia. Las primeras indagaciones en este grupo retomaron las preocupaciones cronológicas de sus antecesores y exploraron la cotidianeidad de la conscripción durante la última dictadura militar –si había o no militancia orgánica de las organizaciones político militares entre los conscriptos, si existían mecanismos de “detección de infiltrados” entre los militares profesionales, cómo era la vida cotidiana y la vigilancia de los conscriptos- (Garaño, 2013b), así como también las formas de resistencia y abierta oposición que hubo al servicio militar

obligatorio en la posdictadura (Garaño, 2010, 2013a) y, también, las prácticas, cotidianeidad y subjetividades de los soldados conscriptos durante el Operativo Independencia (Garaño, 2011; Salvi&Garaño, 2014). Más adelante, el campo comenzó a expandirse cronológicamente, y los investigadores comenzaron a trabajar con los antecedentes de su creación y los modos en que experiencias previas a la Ley de 1901 habrían delineado las características centrales de la institución (Garaño, 2017), así como también con las resistencias y debates en torno a la aprobación de dicha ley y los modos en que el servicio militar obligatorio fue un modo de construcción de una civilidad y masculinidad con connotaciones específicas y locales –la argentinidad-(Ablard, 2017).

El presente trabajo se propone como un aporte al campo en la medida en que abordará, en el particular contexto de la posguerra, no sólo el regreso en sí mismo de soldados conscriptos del Regimiento de Infantería Mecanizada 3 luego de la guerra de Malvinas sino fundamentalmente sus opiniones y prácticas posteriores ¿qué posturas tenían estos jóvenes en relación al Servicio Militar Obligatorio? ¿Y en relación a las Fuerzas Armadas? ¿Qué lugar tuvo su experiencia en Malvinas en dichos posicionamientos?.

En relación con lo anterior, y por último, esta investigación estará atenta a los estudios sobre las Fuerzas Armadas y, en particular, el Ejército. En términos generales, la producción académica sobre las Fuerzas Armadas ha sido sistematizada por Soprano (2010, 2016). Específicamente para el período que nos ocupa, se han producido investigaciones que avanzan en dos grandes sentidos. Por un lado, en los conocimientos sobre la institución militar en el contexto de transición política y profunda crisis institucional y profesional. En esa línea distintos trabajos han abordado cuestiones que van desde las experiencias de oficiales retirados y conscriptos en operativos durante la dictadura hasta la situación de la Fuerza luego de la asunción de Alfonsín, la forma en que se dirimían los conflictos y tensiones al interior de dicha institución, la emergencia de fracciones con muy distintas posiciones políticas, sus actividades, vínculos y prácticas (Acuña & Smulovitz, 1995; Canelo, 2008, 2016; López, 1994; Mazzei, 2011; Sain, 1994; Salvi&Garaño, 2014).

Otro cuerpo de investigaciones, mayoritariamente antropológicos y/o etnográficos, ha indagado en las experiencias de los miembros del Ejército Argentino desde la década de 1970 en adelante –en muchos casos hasta el presente–. Al respecto, estas investigaciones se detienen, para el período que nos ocupa, en cómo fue el proceso de democratización para las Fuerzas Armadas y sus miembros en la Argentina, el lugar de

los militares en la sociedad, su formación, memorias y la particular construcción de identidades en relación con el pasado y presente de dicha institución (Badaró, 2009; Frederic, 2013; Frederic, Masson, & Soprano, 2015; Soprano & Mellado, 2018).

Estudiar el proceso de regreso de la guerra haciendo foco en un tiempo, un espacio y un caso puntual permite poner de relieve, finalmente, algunas características, sujetos y lógicas poco analizadas de un momento ya reconocido como crecientemente antidictatorial y antimilitar de la historia argentina (Franco, 2018). En este sentido el estudio colabora, también, con la historia reciente argentina. Privilegiar una mirada sobre los protagonistas transversal a las jerarquías formales del ejército e intentar ver a través de un corte etario o generacional, finalmente, hace posible elaborar preguntas que combinan preocupaciones de los ya citados campos de estudios para indagar la potencialidad de sus puntos de intersección. Esta misma idea me impulsó a experimentar con la combinación de fuentes que consulté y con las miradas que sobre ellas intenté hacer, incluyendo el trabajo con la documentación producida por el Ejército Argentino durante la guerra e inmediata posguerra -documentos que, como precisaré más adelante, fueron recientemente desclasificados y aún están subexplorados-.

A propósito de la *experiencia de guerra*

Durante las últimas décadas el concepto de *experiencia de guerra* se volvió protagonista de múltiples investigaciones sobre los sujetos en guerra, los períodos y los acontecimientos bélicos. Basta abrir prácticamente cualquier trabajo sobre la temática y buscar la palabra “experiencia” para corroborar rápidamente que, en su mayoría, aparecerá reiterativamente. En general, además, “*experiencia de guerra*”, “*experiencia bélica*” y “*experiencia de combate*” aparecen alternativamente y parecen referir al mismo fenómeno. Esta abundancia, sin embargo, ¿se condice con una reflexión teórica a propósito del concepto o, al menos, con una percepción relativamente común acerca de su significado? Hace algún tiempo mientras leía fuentes en un archivo del Ejército Argentino me encontré, entre testimonios, con indicios que me sugerían que quizás algunos de los oficiales, suboficiales y soldados conscriptos que regresaban de Malvinas no interpretaban en la más inmediata posguerra sus propias experiencias como *bélicas*: ¿cómo podía interpretar esto si “todo lo vivido durante la guerra” *era* *experiencia de guerra* “por definición”?

La historiografía sobre guerras y posguerras, como ya mencioné para el caso de Malvinas pero siendo aún más sintética y esquemática, se podría dividir en dos grandes

tradiciones. Por un lado, los estudios de -e inspirados en- la bibliografía militar tradicional sobre relatos técnicos de batallas, sus jefes y su relación con la diplomacia y política internacional. Por el otro, los estudios de la que se ha llamado “historia sociocultural de la guerra” o “nueva historia militar”, un enfoque que surgió como respuesta a la primera tradición durante los años sesenta y setenta fundamentalmente en Europa. Esta historiografía se caracteriza por entender a las guerras como fenómenos sociales y culturales complejos que se relacionan con múltiples esferas de la vida social e individual de los grupos contendientes (no sólo de quienes van al frente de batalla). Como parte de su propuesta general, privilegia la perspectiva de los sujetos en la historia, sus formas de vivir e interpretar las guerras y su capacidad de agencia aún en contextos extremos. Entre estos estudios comenzó a emplearse el concepto de *experiencia de guerra* como un recurso empleado para estudiar las identidades -cambiantes- de quienes la habían vivido, el surgimiento y circulación de “mitos” y “rumores” asociados a la guerra, las razones de los masivos apoyos a estas formas de violencia, las formas de organización posteriores a los conflictos y los vínculos entre organizaciones de veteranos/ex combatientes. Durante las últimas décadas estos estudios se han desarrollado con fuerza, tanto local como internacionalmente, produciendo un nutrido y estimulante campo en el que mi propia investigación sobre la posguerra de Malvinas se inspira.

Dice Koselleck (2004) que el “significado y uso de una palabra”, aún si es un concepto, “nunca establece una relación de correspondencia exacta con aquello con lo que llamamos realidad” (p. 36). Esta distinción, que pone el foco en una de las cualidades fundamentales de los conceptos, opera como supuesto de esta breve reflexión porque permite examinar críticamente los conceptos tanto en sí mismos como en relación a sus usos en diferentes contextos. En el mismo trabajo y a propósito de una reflexión sobre el concepto de Estado, Koselleck introduce el concepto de concepto histórico fundamental (2004, p. 35). Salvando las distancias del caso, una de las operaciones que el autor hace para demostrar su relevancia es significativa para pensar la de experiencia de guerra. El autor, además de señalar el lugar privilegiado que el concepto de Estado adquirió a lo largo del tiempo sostiene que en distintos contextos y de acuerdo a variados programas políticos, nuevos conceptos -compuestos- se fueron construyendo sobre su base y sus “constantes semánticas”. De allí el Estado-cristiano o de-bienestar, entre tantos otros. ¿Hay algo que podamos caracterizar, dentro del campo historiográfico, como “constante semántica” de un concepto? ¿Se edificó la experiencia

de guerra como concepto sobre la base de uno previo, el de experiencia? ¿Qué dificultades supondría esta circunstancia? ¿Qué especificidad se le atribuye a experiencia con el complemento “de guerra”?

Si la guerra es la que delimita el alcance de la experiencia “en general” y le da especificidad al concepto, entonces es fundamental observar de qué modo se define “guerra”, cuáles son sus límites temporales y espaciales y a qué sujetos alcanza. Tal como señaló Becker (2012) los conceptos son relacionales y, por lo tanto, suponen la existencia de aquello que excluyen. Así, experiencia de guerra sólo tiene sentido si se puede corroborar -o si intenta distinguirse de- la experiencia de no-guerra, y si una y otra poseen cualidades específicas que ameriten tal diferenciación. Ahora bien, si por un lado el extendido uso del concepto supone un acuerdo explícito en el campo respecto de la especificidad de la guerra y la importancia de su observación, qué se entiende por guerra y a qué sujetos y geografías refiere son algunos de los puntos a partir de los cuales su significado comienza a mutar (tácitamente) según las características y perspectivas de cada investigación. Dicho esto, detengámonos en experiencia.

Pese a que se podrían elaborar distintas historias del concepto experiencia y a que aún no pude encontrar una referencia explícita a ningún concepto de experiencia entre los primeros trabajos del campo dedicado a las guerras, a partir de sus análisis interpreto que implícitamente parten de una idea por lo menoseparentada a la propuesta por E.P. Thompson en 1963, una noción de experiencia que marcó profundamente a la disciplina histórica. Teniendo en cuenta que las primeras apariciones de experiencia de guerra sucedieron durante los primeros años de la década de 1970 en Inglaterra, Estados Unidos e incluso en Francia, los vasos comunicantes entre ambos se ensanchan. Esta relación entre los conceptos de experiencia, sin embargo, no debe ser extrapolada a sus usos posteriores. Desde aquellas primeras apariciones a esta parte, como sugerí al inicio, su uso se fue extendiendo hasta tal punto que en muchos casos se usa como si fuera “prístino”. Me refiero a que experiencia parece intercambiable por “vivencia” o simplemente “cosas que pasaron” y “de guerra” parece haberse vuelto “durante el tiempo que duró el conflicto y los combatientes permanecieron en la línea de fuego”. En esta acepción se incorporan, tácitamente, dos componentes adicionales: la experiencia de guerra aparece como exclusiva de los sujetos en combate al tiempo que se vuelve estática y se ancla exclusivamente en el pasado ¿en las trincheras?. Quizás esto explique algunos de los usos de experiencia de guerra y experiencia de combate, sobre todo allí donde aparecen indiferentemente. Esto, por supuesto, tampoco no es generalizable.

También hay trabajos en los que se apela a experiencia bélica/de guerra en sentidos evidentemente más elaborados -aunque lamentablemente no explícitos-.

Cuando se la emplea en estos sentidos más complejos *experiencia de guerra* parece incorporar cierta preocupación por el vínculo entre una escala necesariamente individual -en última instancia la vivencia no deja de serlo- y una colectiva. Esta última se relaciona a que la percepción de aquello que fue vivido (durante la guerra) generalmente adquiere una dimensión grupal no sólo durante la contienda sino luego de ella -esta dimensión colectiva no es, por otra parte, necesariamente única: las percepciones e interpretaciones generalmente son múltiples y se inscriben en diferentes grupalidades-. Asimismo y seguida de ésta superposición, *experiencia de guerra* incorpora otra, de orden temporal: entre el pasado, el presente y el futuro - que refieren alternativamente a lo ocurrido durante la guerra, los contextos en que ésta se (re)interpreta y los modos, motivos e intenciones por los cuales se actúa en relación a ella-.

Quizás la *experiencia de guerra* se configura precisamente en la combinación de estas escalas: *experiencia* en relación con lo que vivieron y cómo lo interpretaron - individual y grupalmente- pero sobre todo indisociable de la “agenda”, intención/es o programa/s que estén siguiendo quienes la pongan en acto o actúan en relación a ella - reconfigurándola-. En este punto re-emergen algunas líneas de tensión y relación con el concepto de *experiencia* de E. P. Thompson, pues en él la relación entre lo vivido y la forma en que se pone en juego como motor de cambio en la historia es fundamental, así como también lo es la dimensión grupal o colectiva. En este sentido, un trabajador percibiendo su explotación no es la experiencia de la clase obrera, pero la percepción colectiva de las injusticias y la explotación sí pueden serlo, sobre todo si se ponen en acto formas de actuar frente a ella. Aunque bien podría no tratarse de una relación con la *experiencia* de Thompson, que en sí misma incorpora sus dificultades, sería quizás algo injusto apelar al concepto elaborado por el autor sin incorporar un cuidadoso análisis de la inscripción de estos sujetos en determinadas relaciones sociales de producción, sus tradiciones heredadas y, más específicamente, su materialidad. Esto nos conduce a una serie de preguntas que, al menos en el campo que estudia la guerra de Malvinas desde una perspectiva sociocultural, aún no han sido abordadas en profundidad ¿cómo incorporar al análisis de la *experiencia de guerra* la dimensión

material de dicha experiencia?³

Como es sabido, para ser operativo un concepto debe cumplir al menos dos condiciones. Por un lado, debe poder jerarquizar con claridad algunos rasgos de la realidad por sobre otros que, según supone, no son esenciales para el fenómeno que se intenta describir. Por el otro, debe ser lo suficientemente general como para poder abarcar diferentes casos pero, al mismo tiempo, lo suficientemente específico como para describir el fenómeno en cuestión (Becker, 2012). Partiendo de allí ¿qué enfatiza y qué opaca el concepto de *experiencia de guerra*?

Hablar en una investigación de *experiencia de guerra* enuncia, sobre todo, una postura historiográfica. En esa línea, es un concepto que enfatiza una preocupación por la capacidad de agencia de los sujetos en la historia, la importancia de las guerras -y lo productivo de observar sus especificidades- y, sobre todo, su dimensión social y cultural. Asimismo, su uso en distintos conflictos abona la posibilidad de realizar comparaciones que -si se hacen seriamente- podrían ser muy provechosas para profundizar en el conocimiento sobre cada caso de estudio y sus múltiples relaciones. En aquellos casos en los que el concepto se usa en la acepción que aquí llamé “prístina”, este concepto sólo enfatiza la voz de aquellos sujetos que se encontraron en el teatro de operaciones. Cuando se lo emplea de formas más elaboradas, el concepto permite explorar distintas perspectivas del conflicto, introducir en el análisis la relación entre dimensiones individuales y colectivas y, también, la posibilidad de pensar en múltiples tiempos y su interrelación. Por ello, siempre que se haga uso vigilado, creo que puede contribuir a pensar la relación entre el escenario bélico y su contexto mayor, ya que los sujetos nunca están sólo atravesados sólo por una variable: quienes regresaron de Malvinas, como intentaré demostrar a lo largo de los siguientes capítulos, no sólo actuaron en relación a la especificidad de la contienda y lo que allí vivieron sino también atravesados fuertemente por el contexto social, político y económico al que regresaban, lo que ya sabían sobre el ejército que los había enviado a combatir y lo que esperaban del futuro una vez fuera de los cuarteles.

Dicho esto, el uso de *experiencia de guerra* también supone algunos riesgos sobre los que quizás amerite estar atentos. Si se hace un uso poco controlado, éste podría conducirnos a sobredimensionar “lo bélico” en contextos que necesariamente son más complejos. Esto podría llevar a que subestimen otras variables fundamentales para el

³Algunas observaciones en torno a esta pregunta, a la utilidad hermenéutica de la categoría y a algunas de sus limitaciones fueron sugeridas por Soprano (2013).

análisis histórico como la clase, la edad, el género, la raza, etc. Tras el título de “guerra”, por otra parte, podrían borrarse distinciones importantes entre diferentes escenarios bélicos; situación que conduciría a igualar o emparentar situaciones que fueron, son y serán muy diferentes. En sus usos “prístinos”, además, el concepto opaca o deslegitima cualquier intervención de las experiencias -también atravesadas por la guerra- de todas las personas que la vivieron fuera del campo de batalla. Inversamente, sin embargo, usos poco vigilados del concepto en su sentido más elaborado podrían conducir a igualar experiencias (por ejemplo, dentro y fuera del campo de batalla) que son muy distintas y necesitan ser pensadas en sus especificidades. Finalmente, su empleo desmedido podría traer dos problemas adicionales: por un lado, podría terminar por borrar la especificidad técnica-militar, una dimensión que no deja de ser crucial para comprender los escenarios bélicos y que en el caso de Malvinas sigue estando subexplorada y, por el otro, podría conducir a su propia cristalización (y vaciamiento) si no se mantiene la reflexión acerca de sus sentidos.

Desde que hace algún tiempo comencé a preguntarme sobre la *experiencia de guerra* -un concepto que inicialmente yo misma asumí acríticamente- empecé a prestar más atención a algunos indicios presentes en las fuentes con las que trabajo. Este ejercicio -que se emparenta con la propuesta de Koselleck de someter los conceptos, las interpretaciones y hasta las reescrituras “al poder de veto de las fuentes” (2004, p. 40)- me condujo a “poner a temblar” algunos de sus sentidos más simples o prístinos, y me invitó a una reflexión más profunda e incómoda. Retomando el ejemplo del inicio del apartado ,aquel día que me desconcerté por lo que leía lo que estaba pasando era que mi propio uso del concepto me limitaba en lugar de invitarme a profundizar en la interpretación de los testimonios que leía. Yo, al investigar, se lo estaba imponiendo (desde mi presente) a la realidad. Reflexionar sobre el concepto, sin embargo, me permitió pensar en la posibilidad de que en esos testimonios se intersectaran y superpusieran diferentes lógicas que obedecían a distintas temporalidades.

A la pregunta que me llevé del archivo ese día (¿por qué algunos de los miembros del regimiento 3 a pocos días de retornar de las Islas Malvinas quizás no interpretaban su propia experiencia como *bélica*?) se fueron sumando otras que, con el tiempo, se transformaron a su vez en hipótesis de investigación: ¿cuándo comenzaron a interpretarlas de esa manera? ¿Por qué?, ¿sería que sus expectativas sobre lo que la guerra sería difería de lo que habían vivido en las islas australes?, ¿tendría algo que ver el hecho de que, para buena parte de los soldados, la guerra había sido parte de su

conscripción?, ¿sería que durante el conflicto se crearon “jerarquías” según las cuales las *experiencias* de algunos eran *menos bélicas* que las de otros?. O quizás, ¿Comenzó a sentirse *de guerra* su experiencia cuando se la puso en contacto con la de quienes los recibieron?, ¿y si no la entendían como *de guerra* porque *aún* se sentían *en guerra*?, ¿o tendría alguna relación con la posibilidad de proyectar futuros o acciones colectivas?. En cualquier caso, ¿podrían tener diferentes duraciones las *experiencias de (una misma) guerra*? ¿Cuándo empieza y cuándo termina la *experiencia de guerra*?

El cese al fuego, la entrega de las armas y el inicio del traslado desde las islas hacia el continente significaban, para los cientos de varones del Regimiento de Infantería Mecanizado 3 que habían vivido casi tres meses en sus trincheras, que se terminaban los bombardeos, la inminente posibilidad de entrar en combate directo y las inclemencias del clima. Aunque ésa parte de la guerra parecía concluida, algo de toda esa experiencia aún continuaba: desde que tocaron suelo Madryense y aún de regreso en Buenos Aires permanecían regimentados. El Ejército Argentino todavía gestionaba su tiempo, el espacio que habitaban, el tipo de actividades, ropa y objetos a disposición, las personas con las que podían juntarse y aquellas con las que no, y hasta el alimento. Quienes a la vuelta de Malvinas se alojaron en el Centro de Recuperación del Personal de la Fuerza precisamente durante esos días fueron elaborando, sin embargo, sus propias respuestas a lo que proponía la institución castrense. Y lo hicieron en base a sus experiencias bélicas, al modo en que las comenzaban a interpretarlas, a proyectarlas y proyectarse a sí mismos (individual pero sobre todo colectivamente) sobre los futuros posibles. Si es posible pensar el tiempo y espacio de los regresos como transicional o intermedio entre la zona de guerra en las islas y el tiempo de no-guerra, su estudio puede ser una de las piezas del rompecabezas que conforman las *experiencias de guerra* y sus fronteras.

Fuentes y metodología

Durante la investigación que dio por resultado esta tesis se consultaron, en términos generales, cuatro grandes tipos de fuentes documentales: documentación oficial producida por el Ejército Argentino durante los meses siguientes al alto al fuego del 14 de junio de 1982, testimonios (editados e inéditos) de algunos de los miembros del Regimiento de Infantería 3, fotografías de una servilleta de tela -un objeto que un grupo de soldados conscriptos produjo instantes antes de partir del regimiento a sus casas-, y las ediciones impresas de varios meses de distintos periódicos de tirada nacional. Su uso y (sobre todo) su combinación persiguen, como la propia organización de sus capítulos,

dos objetivos. Por un lado, interpretar cómo se gestionó la más inmediata posguerra y rastrear cómo en el proceso fueron apareciendo las agencias de los sujetos que regresaban de combatir. Por el otro, contribuir a contrabalancear una tendencia al privilegio de ciertas fuentes y metodologías por sobre otras dentro del campo de estudios socioculturales de la guerra de Malvinas.

Quienes estudiaron la guerra de Malvinas desde una perspectiva sociocultural han basado sus trabajos en dos grandes tipos de fuentes: la prensa escrita (de tirada nacional, local o barrial, masiva, política, estudiantil, gacetillas, etc.) y los testimonios orales de sus protagonistas. Aunque esta tendencia se funda en la disponibilidad de materiales cuando se realizó cada investigación—recién en 2015 se desclasificaron documentos que el Ejército Argentino produjo en relación a Malvinas—, uno de sus efectos es un relativamente escaso diálogo entre las voces a las que era posible acceder y aquello que las instituciones oficiales planificaron y dispusieron. Desde la desclasificación motorizada por el decreto 503/2015, sin embargo, los documentos producidos y recopilados por la llamada Comisión Especial Malvinas (CEM) pasaron a estar al alcance de lectores civiles.

La Comisión Especial Malvinas fue, valga la redundancia, una comisión creada por el Ejército Argentino en octubre de 1987 para confeccionar una cronología sobre el Conflicto del Atlántico Sur. La idea era que esa cronología “pudiese ser base de futuras investigaciones históricas y difundiera las acciones heroicas del personal de la Fuerza durante la guerra”⁴. Para esto, y esto es especialmente relevante, a esta Comisión se le dio acceso a toda la documentación que estuviera disponible en todas las dependencias del Ejército Argentino sobre el conflicto. Aunque la creación de la Comisión Especial Malvinas fue muy importante, lo cierto es que no fue la primera comisión conformada para el estudio de lo ocurrido durante la guerra: inmediatamente después de la finalización del conflicto fueron creadas otras comisiones (llamadas por entonces “Comisiones de Evaluación”) que también tuvieron acceso a todo tipo de documentación oficial que por entonces estaba clasificada como “secreta” y a la que, por lo tanto, prácticamente nadie tenía acceso. La Comisión Especial Malvinas pudo acceder, desde su creación, no sólo a la documentación histórica sino también a la producida por las anteriores comisiones. En 1994 la CEM fue reorganizada, reformulando su misión y pasando a depender funcionalmente del Servicio Histórico del

⁴Orden del día del EMGE 69/87, CEM, SHE.

Ejército. Desde el momento de su creación quienes formaron parte de la Comisión dispusieron de los documentos y los organizaron como les pareció más conveniente. En algún momento entre los años 1997 y 2000, en fecha aún no determinada con exactitud, la CEM fue disuelta. Desde entonces la documentación que la Comisión reunió (que venía de otras dependencias y desde el propio momento de la guerra) y aquella que la Comisión produjo se guardó en el Servicio Histórico del Ejército, donde hubo algunos intentos de organizarla⁵. Desde 2010 hay equipos de archivistas trabajando en esta documentación, que recién en 2015 se desclasificó, el fondo documental se abrió a la consulta pública (en el Servicio Histórico del Ejército) y también de forma online.

Tal como se ha señalado, el secretismo y secretización de las decisiones de gobierno y sus justificaciones políticas –así como de las internas intrafuerzas– fue una práctica generalizada durante la última dictadura militar argentina (Canelo, 2016). Indagar en los documentos que fueron clasificados como “secretos” desde el momento de su producción, en relación con ello, es una apuesta por desentramar algo de aquello que en algún momento se buscó ocultar. Entre la documentación desclasificada con la que trabajé las más significativas son distintas normativas elaboradas por el Ejército Argentino a propósito de la recepción de quienes habían ido a combatir (se destacan las Órdenes Especiales y Ordenes Especiales del Comandante en Jefe del Ejército con sus respectivos Anexos documentales), formularios oficiales que todas las personas que regresaban tuvieron que completar (Actas de Recepción y sus Anexos), informes de tareas realizadas, órdenes del día, cronogramas, notas, planos y croquis e incluso recibos de donaciones recibidas.

El análisis de los documentos escritos elaborados por los representantes de la institución castrense se intercala, a lo largo del trabajo, con la pregunta por los testimonios de quienes se alojaron en el Centro de Recuperación del Personal de la Fuerza. En relación con ello, mi intención fue incorporar al análisis documental tanto testimonios editados (por investigadores o en libros escritos por distintos miembros del regimiento) como también entrevistas orales que realicé a lo largo de la pesquisa a algunos personajes que desde 1982 y hasta nuestros días se destacan por su especial trayectoria vinculada a distintas organizaciones, movimientos y prácticas de ex combatientes de Malvinas.

Analizar estas fuentes requiere abordajes múltiples, incluyendo las herramientas

⁵ISAD-G Fondo Comisión Especial Malvinas, CEM, SHE.

propuestas por la nueva historia cultural como el análisis textual y el registro de prácticas que recupere la densidad de las descripciones de tipo etnográfico (Hunt&Bonell, 1999); el tipo de interrogantes abiertos por la nueva historia social, con su capacidad para advertir y analizar la producción de invisibilidades y jerarquías (Eley, 2008); y las técnicas y precauciones que formularan historiadores que trabajan con testimonios orales, entendiéndolos como narraciones subjetivas, abiertas a múltiples significados y atravesadas por procesos de memoria selectivos (Portelli, 1991).

Entre el documento institucional y la memoria de quienes hablan sobre los regresos de la guerra cuarenta años después, también intenté explorar la productividad de tomar por fuente un objeto material producido por algunos de los protagonistas de esta historia. Para hacerlo me valí de la propuesta de María Bjerg acerca de comprender a las emociones “como prácticas resultantes de la interacción del sujeto con el mundo, más que como estados interiores o propiedades intrínsecas del yo” (Bjerg, 2019, p.145). En línea con ello y de modo exploratorio, sigo la sugerencia sobre el rol activo que los objetos pueden tener en la conformación de las emociones (Miller, 2008; Svašek, 2012) y, por lo tanto, ser fuentes no sólo en su dimensión textual sino en su propia materialidad (Bjerg, 2019, Zaragoza Bernal, 2015).

Con esto en mente intenté, desde el inicio del trabajo, acercarme a una dimensión subjetiva y material de todas las fuentes con las que trabajé y no sólo a su textualidad. Eso me permitió proponer diálogos y redimensionar lo que allí se dice en palabras con los silencios o espacios en blanco, la limpieza o suciedad de los materiales, las marcas de escrituras muy fuertes sobre las hojas, la ausencia de marcas por fuera de los renglones, la gestualidad y las entonaciones en las entrevistas, etc.

Finalmente, la incorporación del análisis de prensa escrita de tirada nacional (periódicos *Clarín*, *La Nación*, *La Prensa*, *Crónica*, *Diario Popular*, *La Razón* y *Tiempo Argentino* y revistas como *Gente*) pretende sumar a las otras fuentes algo de la dimensión pública de la circulación de las voces de quienes regresaron de la guerra, así como también un análisis entre lo que sí se dijo y lo que se calló durante los días, las semanas y los meses posteriores a la derrota.

A través del uso de diversas fuentes y del pasaje de una a otra intento potenciar, en suma, la propia pregunta por los vínculos entre los distintos actores y dimensiones que intervinieron en la más inmediata posguerra y su conformación: el institucional y secreto, el privado o íntimo, el público.

Capítulo I - “Recepción, clasificación, recuperación integral y reintegro”

I.I Introducción

Una vez que el lunes 14 de junio de 1982 fue resuelto el cese al fuego y la rendición, las tropas argentinas iniciaron su proceso de regreso desde las zonas de combate. Esta transición, a diferencia de lo ocurrido luego de otros conflictos en el mundo, se dio en pocos días y estuvo fundamentalmente regulada por las recientemente victoriosas tropas enemigas. Sólo habían pasado cinco días cuando, el sábado 19 de junio, los miembros del Regimiento de Infantería Mecanizado 3 llegaron a la ciudad austral de Puerto Madryn a bordo del buque británico Canberra⁶. Desde Madryn viajaron casi 1400 km hasta la Escuela de Suboficiales Sargento Cabral, dentro del predio de Campo de Mayo, para alojarse durante algunos días en el llamado Centro de Recuperación del Personal de la Fuerza (CRPF). Entre el lunes 14 y el sábado 19 los miembros de este regimiento (junto a todos los demás argentinos que estaban en las islas) habían permanecido como prisioneros de guerra de las Fuerzas Armadas británicas. El dispositivo de recepción montado en Campo de Mayo fue la respuesta y propuesta del Estado Argentino para las miles de personas que volvían de la guerra.

Mientras estuvieron como prisioneros de guerra los argentinos vivieron sin la intervención ni regulación oficial de su institución castrense. Durante ese tiempo compartieron experiencias, sensaciones, miedos, deseos y opiniones. Quizás por eso al regreso el Ejército Argentino los esperaba con un dispositivo de recepción que preveía una serie de actividades y normas cuyo objetivo principal, tal como intentaré demostrar en este capítulo, era difundir e instalar sus propias ideas acerca de cómo debían comportarse quienes regresaban de la guerra, así como también relacionarse con la autoridad y con sus pares, e incluso cuál era su lugar en la sociedad de posguerra.

Aunque los riesgos de exagerar la “ausencia” de regulación estatal argentina durante los días que pasaron entre la rendición y la llegada a Campo de Mayo y/o sus efectos son importantes⁷, es indudable que fue una circunstancia que marcó las condiciones y

⁶A bordo del Canberra llegaron 4136 miembros del Ejército Argentino desde las Islas Malvinas: 197 oficiales, 863 suboficiales y 3076 soldados conscriptos de acuerdo al Informe Oficial del Ejército Argentino (1983), Anexo 80, Art 10.015.

⁷Los mecanismos de control, vigilancia y producciones de sentido sobre las experiencias son mucho más complejos que el Estado y sus instituciones ejerciendo estas formas de poder y soberanía. Aunque los ingleses no los obligaron a mantener las jerarquías ni las unidades de procedencia durante estos días, las jerarquías internas de cada unidad seguían funcionando tanto como las pautas de comportamiento propias de la institución castrense argentina.

características de sus regresos. Aquí, sin embargo, no profundizaré en esas jornadas vividas en las islas y a bordo del Canberra entre la rendición y la llegada a Puerto Mdryn y, luego, a Campo de Mayo. Por el contrario, me concentraré en analizar algunas de las características del dispositivo a través del cual estos regresos fueron especial y explícitamente mediatizados por el Estado Argentino y, en particular, por su ejército.

Este capítulo está organizado en torno a dos hipótesis principales. La primera es que el dispositivo de recepción montado devela la existencia de una faceta eminentemente propositiva y productiva del Estado y el Ejército Argentino, muy activa aún en el contexto de la reciente derrota militar. La segunda es que si bien estas políticas y prácticas estaban planteadas para todas las personas que se alojaron en el Centro, los jóvenes constituyeron el sujeto por excelencia a los que se dedicaron estos esfuerzos. Asimismo, seguiré otras dos ideas que, aunque secundarias, no son menos relevantes. Una de ellas es que dentro de las prácticas y valores que se intentaron transmitir o reforzar entre quienes volvían de la guerra, la división por jerarquías al interior de cada unidad fue una de las más importantes. La otra es que, como demuestra el modo en que ciertas instituciones y personas donaron bienes para estos dispositivos de recepción, la dimensión propositiva del Ejército fue acompañada y compartida al menos por algunos sectores de la sociedad civil que se posicionaron a sí mismos como actores importantes de este proceso.

La dimensión productiva del Estado es central en el desarrollo de este capítulo por tres motivos que se ubican en diferentes escalas. En primer lugar, porque los estudios sobre las prácticas estatales durante la última dictadura militar generalmente han priorizado explicar y reconstruir distintas características de sus prácticas represivas. Aunque claro que hay excepciones, como el trabajo de Diego Nemec (2019) a propósito de la construcción de cuatro pueblos en el sudoeste tucumano, el de Laura Luciani (2017) sobre las representaciones de la juventud durante este período o el de Daniel Lvovich (2020) sobre las formas de apoyo civil a la dictadura, la pregunta por aquello que el Estado (y, en particular, quienes dirigían sus Fuerzas Armadas) buscó construir y proponer aún se encuentra subexplorada. En segundo lugar, dentro del campo de la historia social y cultural de la guerra de Malvinas, porque allí se privilegió el estudio de las experiencias de los actores y la indagación sobre sus perspectivas de los sucesos históricos, así como también de su propia agencia en los mismos pero generalmente no se lo exploró en relación con aquello que el Estado buscó generar en relación a su existencia. Esto, seguramente fundado en la escasez de documentación oficial asociada

al desarrollo del conflicto, produjo y reforzó cierto sentido común sobre la virtual ausencia del Estado en la construcción del sujeto social de ex combatientes y veteranos. Gracias a la reciente desclasificación de la documentación producida por las Fuerzas Armadas algunos trabajos recientes, y en especial el de Daniel Chao (2021), están demostrando con contundencia que estas ideas distorsionan o al menos difuminan la existencia sostenida de activas prácticas estatales (más o menos eficientes o adecuadas, esa es otra discusión) relacionados a la guerra y, sobre todo, a quienes volvieron de combatirla. En tercer lugar, dentro de esta tesis –que, como ya se dijo, se inscribe en la línea de estudios recién mencionada- porque abordar conjuntamente aquello que el estado buscó producir y las experiencias de quienes vivieron dichos intentos es crucial para dimensionar el proceso y sus particularidades. Reconocer esta dimensión propositiva del Estado y sus características específicas, en este sentido, permite evaluar y ponderar su impacto en las prácticas y formas de representación que distintos actores e instituciones pusieron en acto durante la posguerra. Además, hace posible resituar las experiencias de los miembros del Regimiento de Infantería Mecanizado 3 dentro de las redes de relaciones no sólo interpersonales sino también institucionales dentro de las que volvieron de la guerra y en las cuales, como veremos en el siguiente capítulo, comenzaron a interpretar su propia experiencia bélica. Por último, aunque no sea el objetivo específico ni de este capítulo ni de la tesis, analizar qué y cómo se planificó el regreso de quienes fueron enviados a la guerra inscribe el propio proceso de recepción dentro de una cronología de prácticas castrenses más larga duración, lo que contribuye a pensar las prácticas asociadas a la guerra (y de la última dictadura) como parte de un accionar (y burocracia) de mayor alcance dentro de la historia del Ejército Argentino.

Si uno de los motivos por los que la faceta propositiva del Ejército fue subexplorada fue la falta de acceso a documentación oficial, aquella que el Ejército Argentino produjo en torno al mencionado Centro de Recuperación será la fuente principal a la que recurriré en este capítulo. Se trata de documentos mantenidos fuera del alcance de lectores civiles hasta la desclasificación oficializada por el decreto 503/2015, y hoy se encuentra disponible para la consulta en el Servicio Histórico del Ejército. Más allá de los instrumentos de descripción elaborados por los equipos que allí trabajan, a los fines de este capítulo podrían dividirse en dos partes. Por un lado la normativa producida antes de la recepción, y por el otro los documentos producidos durante la misma.

Aunque el objeto principal de esta tesis sean las experiencias de los miembros del Regimiento de Infantería Mecanizado 3 durante su paso por este Centro, a la hora de

abordar la creación y características del mismo es necesario recordar que allí se planificó alojar (y se alojó, a medida que llegaban a Buenos Aires) a prácticamente todas las personas que habían estado en Malvinas⁸.

En su intento por indagar el modo en que el Ejército propuso y produjo sentidos sobre el regreso y los regresados de la guerra, este capítulo se divide en tres partes. El primer apartado se concentra en el aspecto normativo de la creación del Centro de Recuperación del Personal de la Fuerza, así como también en sus antecedentes y características principales. El segundo se dedica al análisis de cómo se gestionaron los espacios y tiempos de la recepción, y cómo eso se relaciona con el tipo de recuperación al que se apuntaba. Finalmente, en tercer lugar, el foco de atención será el tipo de actividades que se proponían diariamente a quienes recién regresaban de combatir, así como también a los objetos con los que se complementaban esas actividades y a quienes se los proporcionaron al Estado a través de donaciones.

I.II Reglar el regreso

Mientras duró el conflicto bélico el Ejército Argentino planificó cómo recibir tanto a heridos como a personas que fueran tomadas como prisioneras de guerra durante la contienda y, de acuerdo a lo dispuesto por la Convención de Ginebra, llegaron a Argentina a través de un país neutral. Poco después de su rendición las autoridades argentinas manifestaron no poder retirar rápidamente a sus soldados de las islas y, tras algunos días de negociaciones, se acordó que las fuerzas armadas británicas colaborarían con su traslado. Como desde su llegada masiva al suelo continental la institución castrense argentina sería responsable de la recepción de sus tropas, en muy poco tiempo fue necesario readecuar aquellas normas pero ahora para regular la llegada y recepción de miles de personas. Entre otras cuestiones, se estipuló quiénes los recibirían, qué tipo de información se les requeriría, cómo se los organizaría, durante cuánto tiempo estarían alojados en los lugares destinados al proceso de recepción y qué actividades se desarrollarían allí.

Los antecedentes del Centro de Recuperación donde se alojaron quienes regresaron de la guerra a mediados de junio son al menos tres. Primero, el 1 de mayo se creó el

⁸Los miembros de la Brigada de Infantería IX (con asiento de paz en Comodoro Rivadavia) y otras unidades del Comando Cuerpo del Ejército V se replegaron directamente a sus cuarteles. Algunos otros edificios dentro de Campo de Mayo, asimismo, tuvieron otras funciones en las tareas de recepción.

Grupo de Inteligencia del Equipo de Apoyo a la recuperación Integral (EARI), cuya función principal era colaborar en la recepción y recuperación de pacientes del Centro de Hospitalización de Bahía Blanca y, al mismo tiempo, obtener información que ellos pudieran proveer (Ministerio de Defensa, 2012, p.67). Segundo, un mes después, el 4 de junio, se aprobaron dos Órdenes Especiales (OE) del Comando de Institutos Militares - las 18/82 y 19/82⁹ -. Éstas establecían, respectivamente, la creación en distintos espacios dentro de Campo de Mayo del Centro de Recuperación de Ex Prisioneros de Guerra (CRPG) y el Centro de Apoyo de Recuperación Integral (CARI). Mientras el primero reconocía como objetivo la recepción de personal que proviniera del Teatro de Operaciones del Atlántico Sur (TOAS) para su reintegro a la vida civil y militar, el CARI tenía por objeto contribuir en el proceso de restitución del personal que estuviera enfermo o herido a sus unidades de origen.

Tercero, el 7 de junio de 1982 (es decir, antes de la rendición) se aprobó la OE 1/82 cuya misión era “la recepción, clasificación, recuperación integral y evaluación del personal de la Fuerza ex-prisioneros de guerra”¹⁰. Esta Orden establecía la creación del Centro de Recuperación de la Propia Fuerza (CRPF) dentro de la Escuela de Suboficiales “Sargento Cabral”, y explicitaba que la estadía en el mismo debía ser del mínimo lapso de tiempo posible. Por él pasaron la mayoría de las personas que regresaron de la guerra y por eso probablemente fue, junto con las dependencias de sanidad y en particular el Hospital Militar de Campo de Mayo, uno de los edificios y centros más relevantes para la recepción de quienes llegaban de Malvinas. Las tareas de recuperación que allí se desarrollaron tenían que ver -en sus propios términos- con cuestiones de inteligencia y contrainteligencia, seguridad, recuperación de la salud y recreación, y serían llevadas adelante por un personal especialmente designado. Ésas personas se organizarían en seis divisiones (Personal, Inteligencia, Logística, Ingenieros, Contaduría y Jurídica) cuyas funciones estaban estipuladas en anexos a la Orden¹¹ en cuestión.

Para recuperarse y -sobre todo- aportar información que pudiera resultar valiosa al desarrollo del conflicto, tanto quienes llegaran desde Malvinas como quienes se

⁹Orden Especial (OE) 18/82 y OE 19/82, 4 de junio de 1982, Comisión Especial Malvinas (CEM), Servicio Histórico del Ejército (SHE), Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA), Buenos Aires, Argentina.

¹⁰OE 1/82, 7 de junio de 1982, CEM, SHE.

¹¹La normativa no realiza citas ni referencias. Como hasta el momento no pude dar con la normativa que reguló la recepción de soldados de otros países, no puedo saber si se tomaron modelos preexistentes.

desempeñaran dentro del Centro debían mantener el más absoluto secreto respecto de lo ocurrido allí dentro. La OE 1/82 explicitaba que “todas las actividades a realizar en el CRPF tendrán el carácter de secreto”, que “sólo podrá ingresar al Centro personal expresamente autorizado por el director del mismo”, que “no estará permitido al personal alojado la recepción de visitas” y que “todo contacto previo personal o impersonal con los medios de difusión de los alojados están expresamente prohibidos”¹². Asimismo, precisaba que “todo movimiento de personal desde las terminales de recepción y entrega al Centro y desde éste a instalaciones hospitalarias o a los destinos de origen se harán con la más absoluta reserva, evitándose la presencia de familiares o representantes de los medios de difusión”¹³. Estas indicaciones, asociadas a la seguridad y blindaje mientras el conflicto se mantuviera activo, se suponía válida “tanto mientras dure su permanencia en el Centro como cuando se reincorpore al destino que se le asigne o a la vida civil”¹⁴.

Ahora bien; luego de la rendición argentina del 14 de junio de 1982 la situación respecto del manejo y recepción de los ex prisioneros de guerra (como se nombraba en la normativa a quienes regresaban luego de su captura o rendición) tuvo que cambiar. Por eso el 19 de junio se aprobó una nueva OE, la 2/82, que se proponía la “recepción, clasificación, recuperación integral y reintegro a sus destinos de origen”¹⁵ de los evacuados de las Islas Malvinas y ex prisioneros de guerra. A esta altura la normativa se adecuaba al ritmo de los hechos: ese mismo día arribaba a Puerto Madryn el buque de bandera inglesa Canberra con miles de argentinos que necesitaban ser recibidos por el Estado que los había enviado a combatir.

Mientras en la ciudad austral las personas se agolpaban para ofrecer comida y hospitalidad a los soldados, la normativa que elaboraba el Ejército Argentino extremaba las medidas de seguridad y secretismo que habían sido elaboradas durante la contienda y estaban asociadas a su desarrollo pero en el nuevo contexto adquirirían otros matices. Aunque como señala Daniel Chao (2018, p. 91) “en líneas generales se mantuvo el formato de misión de los otros centros creados previos a la rendición”, las modificaciones estuvieron fundamentalmente asociadas a que se profundizaron las medidas relacionadas con la seguridad y el secreto.

Mientras la OE 1/82 sólo anunciaba que “el personal que deba cumplir funciones en

¹²OE 1/82, 7 de junio de 1982, apéndice 5, CEM, SHE.

¹³OE 1/82, 7 de junio de 1982, apéndice 5, CEM, SHE.

¹⁴OE 1/82, 7 de junio de 1982, CEM, SHE.

¹⁵OE 2/82, 19 de junio de 1982, CEM, SHE.

el Centro será el mínimo indispensable y deberá ser cuidadosamente seleccionado”¹⁶, la OE 2/82 contemplaba más personal para realizar tareas en el Centro -distribuidos en las secciones de Servicios, Establecimiento, Inteligencia, Personal, Operaciones y Logística¹⁷- e incluía un Anexo en el que se especificaba el organigrama del Centro y la nómina de personal que se desempeñaría en su interior con nombre, apellido y unidad de origen. Entre las personas que cumplirían funciones allí se preveían oficiales, suboficiales y soldados conscriptos. Estos últimos, cuya presencia es especialmente llamativa y no parece corresponderse con la necesidad de extremo secreto de la misión de recepción, participarían de todos los grupos salvo de aquellos destinados a producir información y entrevistas -es decir, de los Grupos de Recepción y de Entrevistadores-. El grupo en el que más conscriptos había era, justamente, el de Policía Militar. Su tarea era montar guardia en algunos puntos pre-establecidos para garantizar el perímetro de seguridad establecido alrededor del predio: que nadie entrara ni nadie saliera implicaba, entre otras cosas, vigilar a personas de mucho mayor rango y que acababan de volver de la guerra. Más allá de estas observaciones, la nómina de personal que trabajaría en el Centro era un grupo conformado íntegramente por varones, mayoritariamente militares profesionales y seleccionados especialmente para la ocasión. La excepción fue la participación de dos mujeres, psiquiatras, que integraban el Grupo de Recuperación Sicológica. Ni en la normativa ni en los anexos se aclara cuál fue el criterio elegido para su selección.

En las normas elaboradas luego de la rendición se especificaba que quienes regresaban de la guerra debían completar, en primer lugar, un formulario llamado “Acta de Recepción” declarando lo ocurrido y actuado durante el conflicto¹⁸. El contenido de estas Actas será una fuente privilegiada en el próximo capítulo.

Aún si se considera la evidente excepcionalidad de la tarea que el Ejército Argentino afrontaba a mediados de junio de 1982, las OE que crearon y regularon el funcionamiento del Centro de Recuperación dentro de Campo de Mayo pueden situarse como parte de una serie de prácticas y reglamentaciones de mayor duración. Es que en 1982 no se planteaba por primera vez la necesidad de dar este tipo de alojamiento destinado a la “recuperación” de personas en sus instalaciones o espacios destinados a ese fin. Desde 1964 la institución castrense argentina preveía tanto la existencia de

¹⁶OE 1/82, 7 de junio de 1982, apéndice 5, CEM, SHE.

¹⁷Es llamativa la ausencia de “Contaduría” y “Jurídica”, presentes en la normativa previa.

¹⁸OE 2/82, 19 de junio de 1982, CEM, SHE.

“prisioneros de guerra” –aunque en ese caso fueran los apresados en el contexto de la llamada “guerra antisubversiva”- como así también la creación de centros destinados al alojamiento de estos prisioneros tanto dentro de cuarteles y destacamentos militares como en otros lugares que pudieran servir a tal fin. Estos espacios eran caracterizados como “una instalación de naturaleza semipermanente establecida para la internación y completa administración de dicho personal”¹⁹ y tenían entre sus funciones el adecuamiento a la vida de estas personas de acuerdo a los parámetros del Estado y el Ejército de ése momento.

Según el reglamento de “operaciones psicológicas” RC-5-2, elaborado en 1968, durante la permanencia de las personas en estos centros se planificaban actividades psicológicas de distinto tipo. Asimismo, se estipulaba que “los prisioneros de guerra e internados civiles serán estimulados para participar en actividades recreativas, de orden intelectual y educacional, incluyendo trabajo formal en aulas y reeducación informal” y que las actividades “educacionales” deberían incluir enseñanzas sobre “a) historia de la guerra, especialmente sus causas; b) Tradición pacífica y libertadora argentina; c) Argentina país de libertad y trabajo; d) el modo de ser argentino, es modelo de concordia y convivencia”²⁰. En estos reglamentos, además de programas formales, se incluían aspectos informales que, de acuerdo a lo que se planificaba, “alcanzarán a todas las fases de la vida de un prisionero de guerra”. Se trataba de actividades y tareas “cuidadosamente elaborados y ejecutado a fin de: a) acondicionar al individuo para aceptar la autoridad y las reglamentaciones del campo durante el lapo de su reclusión. b) acondicionar al individuo para aceptar los objetivos del país como válidos y deseables. c) preparar al internado para ser receptivo a nuevos procesos después de su repatriación”. Tal como se aclaraba explícitamente, “el propósito es lograr respuestas favorables por parte de los prisioneros de guerra e internados civiles hacia las instituciones, tradiciones, costumbres y capacidades del país”²¹.

Mientras aquella normativa suponía un enemigo de carácter interno al que el Ejército podía retener por representar una amenaza al orden interno (Pontoriero, 2014), en el CRPF se esperaban miembros “de la propia fuerza” que regresaban de una guerra

¹⁹Ejército Argentino. RC-15-80. Prisioneros de Guerra. Buenos Aires: Instituto Geográfico Militar: 1971 [1969], citado en Pontoriero (2014, p. 136).

²⁰Ejército Argentino. RC-5-2. Operaciones psicológicas. Buenos Aires: Instituto Geográfico Militar, 1968.

²¹Ejército Argentino. RC-5-2. Operaciones psicológicas. Buenos Aires: Instituto Geográfico Militar, 1968.

regular y, adicionalmente, recientemente perdida. Unos, los de la normativa de los sesenta, eran “prisioneros de guerra” tomados por el Ejército Argentino y los otros eran “ex prisioneros de guerra”, pero en ambos casos se presuponía que se trataba de personas que de algún modo regresarían a la vida en Argentina y que, para que eso pudiera ocurrir, era fundamental lo que ocurriera en estos Centros. Aunque inicialmente los sujetos de estos espacios de reclusión parecen diametralmente opuestos, otro punto en contacto entre ellos fue el manifiesto interés por conocer las opiniones y prevenir el contacto de los “ex prisioneros de guerra” (de Malvinas) con otros miembros de la sociedad civil o medios de comunicación antes de la mediación oficial alertan sobre la posibilidad de que algunos supuestos o mecanismos fueran similares entre ambos Centros. Estos reglamentos no sólo eran material vigente y de consulta desde su publicación sino que, para 1982, formaban parte de los materiales con los cuales se formaban hacía algo más de una década.

Más allá de ser crucial durante el desarrollo de un conflicto armado internacional, durante el cual obtener información relacionada con el enemigo y sus actividades es crucial, la normativa argentina también preveía desde la década de 1960 tareas de inteligencia dentro de las instalaciones donde permanecerían los “prisioneros de guerra”. Si a esto se adiciona que desde antes de la guerra de Malvinas la inteligencia también se aplicaba, como mostró Santiago Garaño (2013), durante el servicio militar obligatorio a muchos jóvenes bajo la sospecha de pertenecer a organizaciones políticas contrarias al gobierno, no resulta sorprendente que la inteligencia fuera especialmente importante en el CRPF incluso luego de la rendición²². Ni tampoco que para realizarla se convocara a personal con experiencia en los casos anteriores. Sobre esto es particularmente elocuente una normativa anexa a las OE que aquí analizamos, llamada “Régimen Orgánico Funcional de la Sección Icia[Inteligencia] del CRPF”²³. Allí se explicita que algunos miembros de la Sección de Inteligencia del Centro debían ser designados por quien dirigiera el CRPF y otros -los miembros del Grupo de Interrogadores- serían escogidos por el Batallón de Inteligencia 601²⁴. Los vasos

²²Tal como muestran los archivos policiales y militares, asimismo, durante las décadas de 1970 y 1980 el gobierno militar recurría ampliamente a la inteligencia en otros ámbitos de la vida civil y militar (Caimari y Nazar, 2015).

²³Régimen Orgánico Funcional de la Sección Icia[Inteligencia] del CRPF, 8 de junio de 1982, CEM, SHE.

²⁴El Batallón de Inteligencia 601 es reconocido actualmente por su participación en diversos crímenes cometidos por la última dictadura militar argentina (Área de Investigación del Programa Verdad y Justicia, 2015).

comunicantes entre ambas experiencias se fortalecen cuando se considera que para dirigir el Centro de Recuperación fue designado el entonces Coronel Enrique Braulio Olea²⁵, quien en esa época era asimismo el director de la Escuela de Suboficiales “Sargento Cabral”. Sin exagerar las similitudes ni caer en simplificaciones infundadas, estas relaciones no pueden ni deben obviarse porque demuestran que los mecanismos, intereses y personal que actuaron en el Centro de Recuperación no sólo se relacionan con el conflicto con Gran Bretaña sino que también dialogan con procesos sociales y políticos locales de más largo alcance.

El Centro de Recuperación, en relación con lo anterior, fue un espacio en el que convivieron distintas lógicas que atravesaban al Ejército Argentino en 1982: políticas, ideológicas, bélicas y, también, burocráticas estatales –que son las que garantizan no sólo la producción sino también la guarda de la documentación con la que aquí se trabaja-²⁶. Tanto la producción sistemática y estandarizada de información escrita dentro del Centro como los circuitos institucionales dispuestos para su circulación al interior de la institución militar se relacionan con cada una de ellas, y todas se articularon para elaborar el dispositivo en el cual a mediados de junio de 1982 se comenzó a recibir a quienes regresaban de la guerra de Malvinas.

La elaboración del Centro de Recuperación del Personal de la Fuerza como espacio destinado a la “recepción, clasificación, recuperación integral y reintegro” de ex prisioneros de guerra fue una respuesta del Ejército a la necesidad de recibir a una masiva cantidad de soldados, suboficiales y oficiales que regresaban de una guerra recientemente perdida. Su creación fue una normativa que se elaboró como readecuación de la que se había formulado durante el conflicto, y posiblemente también se haya formulado en base a otros modelos desarrollados por la institución durante las décadas anteriores. Si el objetivo no era sólo recibir sino también contribuir a la recuperación y reintegro de estas personas a sus vidas habituales (ya fuera dentro o fuera de la institución militar), las actividades planificadas para el tiempo en que las personas estuvieran allí alojadas tampoco podían ser libradas al azar.

²⁵Olea fue enjuiciado y encontrado culpable de crímenes tales como la asociación ilícita en el marco del denominado “Plan Cóndor” y delitos de privación ilegítima de la libertad mientras se desempeñó como Jefe del Batallón Ingenieros de Construcción 182, donde funcionó el centro clandestino de detención “La Escuelita”. (Tribunal Oral en lo Criminal Federal N°1, CFP 13445/1999/TO1).

²⁶A propósito de la pertinencia y potencialidad del uso de la categoría “burocracia estatal” para el estudio de las Fuerzas Armadas argentinas ver Di Liscia Y Soprano (2017) y Soprano (2017).

I.III. Plano y cronograma

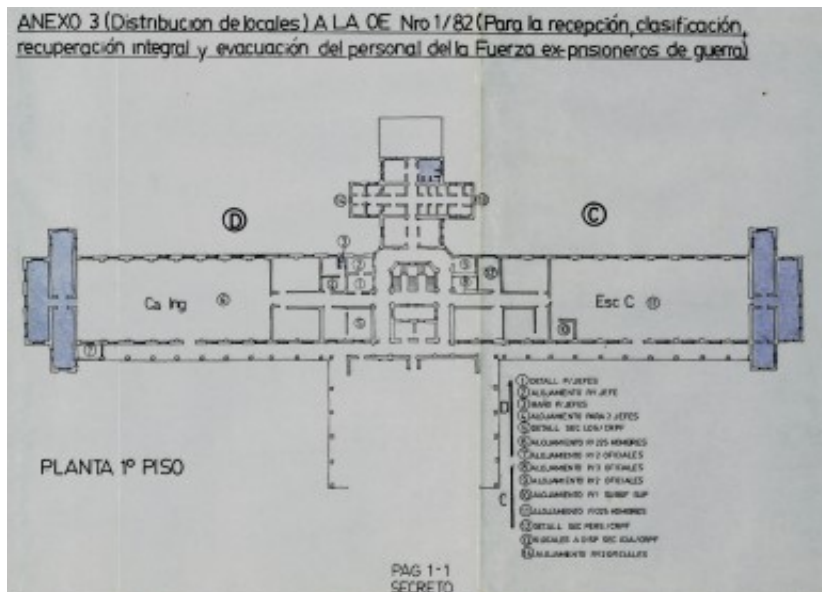
La palabra “recuperación” protagoniza el nombre que las autoridades militares dieron al dispositivo de recepción al que en junio de 1982 llegaron varias miles de personas que regresaban de la guerra. Esta idea, principal y explícita misión del Centro, pone en evidencia el supuesto sobre el que se montó la operación. Algo había pasado (la guerra) que hacía preciso “recuperar” a quienes allí habían estado para que pudieran “volver” a sus vidas habituales. ¿De qué era preciso “recuperarse”? ¿Cómo se propuso el ejército “recuperar” a esos miles de varones que volvían de guerra? ¿Qué objetivo o “recuperación” se esperaba conseguir? Las formas en que se propuso la gestión del espacio destinado a la recepción y de los tiempos de quienes allí se alojaron son elocuentes sobre estas cuestiones.

Dentro de los márgenes de estrictos mecanismos de control que dispuso, el Ejército Argentino diseñó cronogramas de actividades que incluían distintas propuestas para los días en el Centro. Su disposición espacial también fue meticulosamente organizada. La gestión del tiempo y del espacio estaba coordinada con estos objetivos: todas las actividades se presuponían en algún lugar en particular, y todos los espacios destinados al Centro estaban asociados, inversamente, a una actividad que allí se desarrollaría. Como el edificio era originalmente la escuela de suboficiales, muchos de los salones eran reacondicionados o sus funciones redefinidas, y por eso hay documentación explícita al respecto. Además de aportar datos para la inteligencia, las principales actividades planificadas para la estadía en el Centro fueron comer, dormir, higienizarse, realizar actividades recreativas -como leer revistas, tocar algún instrumento o ver películas- y asistir a charlas religiosas. Cómo, dónde y con qué compañía las personas realizarían estas actividades también estaba regulado.

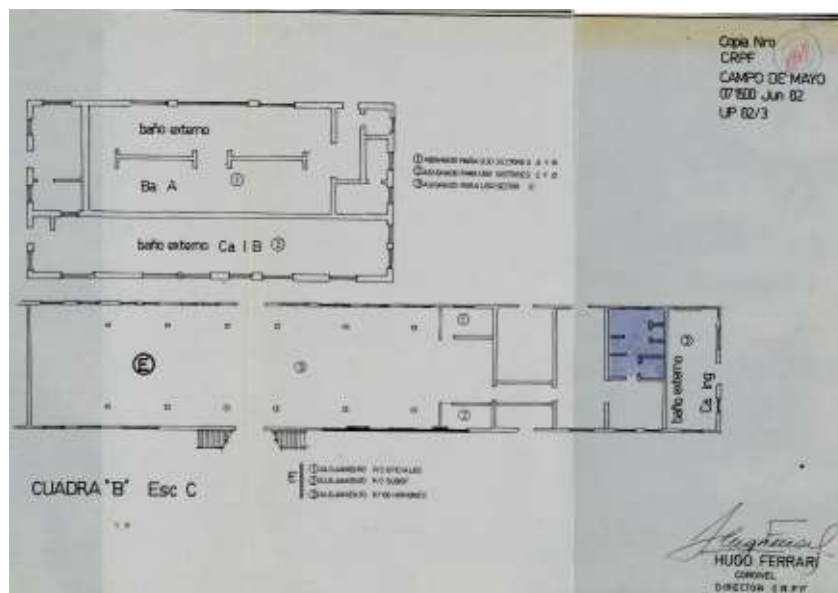
El momento de la comida, por ejemplo, no era igual para oficiales, suboficiales y soldados conscriptos. Además de planificarse en espacios diferenciados, también se estipulaban tiempos distintos. Mientras que para los oficiales y suboficiales se proponían dos turnos de comida de 45 minutos en los comedores, para los soldados conscriptos se consideraba una hora en los clubes. Los turnos de almuerzo de oficiales y suboficiales, en espacios más pequeños, privados y probablemente mucho menos ruidosos, eran de 12.30 a 13.15 y de 13.30 a 14.15. Los de cena de 20.00 a 20.45 y de 21 a 21.45. Mientras tanto, los conscriptos almorzaban todos juntos en grandes salones

de 13 a 14 y cenaban de 20 a 21²⁷.

La normativa especificaba también dónde debía dormir y permanecer cada grupo de personas. Los oficiales dormirían en un lugar, los suboficiales en otro y los soldados concriptos en un tercero. Tal como las jerarquías sugieren (y como era habitual en tiempos de paz), había algunos espacios destinados a oficiales de mayor jerarquía, que se alojaban y dormían en espacios mucho más privados destinados a menos cantidad de personas y que podían llegar a ser, incluso, individuales. También los suboficiales superiores tenían acceso a habitaciones más privadas, que en algunos pocos casos también podían ser individuales. Los soldados concriptos, por el contrario, dormían en grandes espacios compartidos. Esta división por jerarquías, como es evidente, era la misma que debía mantenerse en los en los sitios destinados a la comida.



²⁷OE 2/82, 19 de junio de 1982, Anexo 6, CEM.



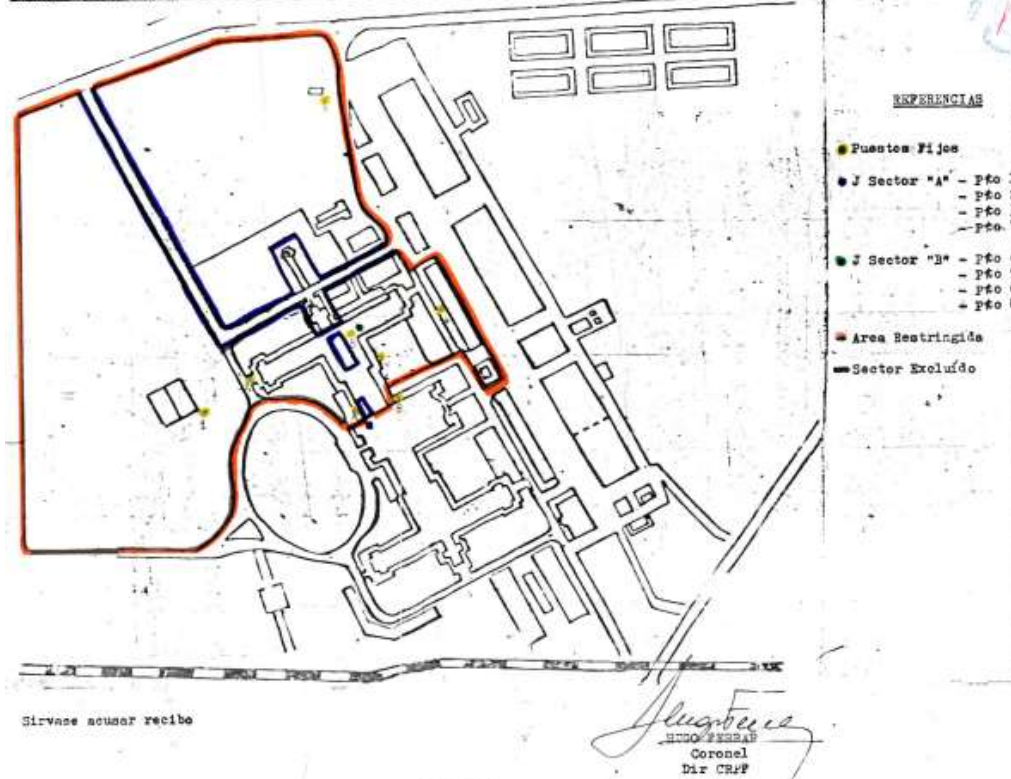
Anexos a Órdenes Especiales CRPF. CEM, SHE.

A diferencia de lo habitual durante la guerra -durante la cual las personas forzosamente compartían el día a día y coordinaban entre sí los momentos para comer o descansar de acuerdo al desarrollo del conflicto y la contingencia-, la forma de organización espacial del Centro se regía por las costumbres castrenses, previsibles y regladas atemporalmente. Se trata evidentemente de un esfuerzo por restituir cierta “normalidad” en la vida militar de estas personas y de fortalecer los roles institucionales así como también –e inversamente- desarticular solidaridades y prácticas que hubieran desarrollado (transversalmente a las jerarquías institucionales) durante los meses en las trincheras. Al mismo tiempo, éstas eran formas de marcar con los hábitos que la guerra había terminado y que su fin implicaba el cese de todas las prácticas y hábitos asociadas al ése tiempo.

En concordancia con lo anterior, ya antes de entrar en funcionamiento la reglamentación del Centro incluía órdenes y planos que precisaban las medidas y dispositivos de seguridad que se aplicarían en la zona de la escuela que había sido definida como “área totalmente restringida” para la ocasión. Tal como se evidencia con las funciones otorgadas al grupo de Policía Militar -“dar seguridad perimetral” para garantizar que nadie sin autorización ingresara ni saliera del Centro y “mantener la disciplina, ley y orden del personal del CRPF”²⁸-, la seguridad era especialmente importante para su funcionamiento.

²⁸OE 2/82, 19 de junio de 1982, Anexo 2, CEM, SHE.

ANEXO 2 (Area Restringida y Dispositivo de Seguridad) A LA CR NRO 1/82 (Para la recepción, clasificación, recuperación integral y evacuación del Personal de la Fuerza ex-prisioneros de guerra)



Anexos a Órdenes Especiales CRPF. CEM, SHE.

Estos dispositivos de seguridad y organización espacial tenían (durante y después de la guerra) objetivos tanto extramuros como intramuros del Ejército. Como ya señal, mientras duró el conflicto el secreto y la restricción “hacia afuera” se fundaban en las características de la contienda -durante la cual el secreto se asocia a la seguridad-. Durante la posguerra, sin embargo, secreto y restricción probablemente estuvieron más relacionados con cierta intención de desplazar del centro de la atención pública, durante los meses posteriores a la derrota, lo que ocurría dentro de Campo de Mayo y las personas que allí se encontraban (Guber, 2001, 2004; Lorenz, 2006, 2017). Intramuros del Ejército Argentino se ha señalado que buena parte de los oficiales, suboficiales y conscriptos regresaban de la guerra relacionándose entre sí de formas distintas a las que tenían cuando llegaron a Malvinas (Lorenz, 2006). Tal como exploraré más adelante, en el caso del Regimiento de Infantería Mecanizado 3 es posible pensar que las experiencias de guerra habían resultado en solidaridades y enfrentamientos que no necesariamente respetaban las jerarquías institucionales y que en algunos casos incluso

ponían en cuestión profundos sentidos de identidad grupal. Aunque es difícil evaluar qué tanto conocimiento de esta circunstancia tendrían quienes elaboraron la normativa, sí es muy posible que el Centro tuviera entre sus objetivos tácitos restablecer la organización habitual castrense, ya que puso en práctica mecanismos que en ese contexto tendían a reforzar (e incluso restituir) el respeto a la autoridad y las jerarquías que las experiencias recientes de varios miles de varones habían tendido a minar.

De acuerdo con lo planificado lo primero que se estipulaba al llegar al Centro era que las personas completasen sus Actas de Recepción y aportaran datos relevantes sobre el desarrollo del conflicto. Luego se procedía a “el alojamiento, racionamiento del personal y corte de cabello” y a la “provisión de efectos de dotación individual” (ropa y calzado). Después estaba prevista una “ejecución del reconocimiento médico y la iniciación de las actuaciones de justicia militar para los casos que corresponda”, para pasar sólo entonces a la “ejecución de actividades de recreación”. Pasada la prevista “obtención de información referida al enemigo” y el “apoyo a las comisiones de evaluación”, se procedía a la “atención espiritual del personal”²⁹. La presunción evidente era que las personas regresarían de la guerra con información valiosa, el pelo y la barba más larga de lo adecuado, cansados, hambrientos, sucios y con las vestimentas en mal estado. Además, estas pautas dan cuenta de que ya se sabía que podían llegar en malas condiciones de salud y que podían traer denuncias que ameritaran un rápido accionar judicial. A esto se sumaba la necesidad de “atención espiritual” (probablemente asociada a las características de la experiencia bélica) y finalmente al esparcimiento.

Para dar respuesta a estas necesidades se estipulaba que diariamente se elaboraría y distribuiría un cronograma de actividades³⁰. Según los ejemplares que se conservan, éstas iban desde las 6 de la mañana hasta las 10 de la noche. Aunque se planificaban diariamente, cada día eran bastante parecidos. El cronograma de un día fue³¹:

HORA DESDE	HORA HASTA	ACTIVIDADES	LUGAR	OBSERVACIONES
0600	0700	DIANA	CUADRAS Y ALOJAMIENTOS	
0700	0800	DESAYUNO	COMEDOR Y CLUBES	

²⁹OE 2/82, 19 de junio de 1982, s.p., CEM, SHE.

³⁰OE 2/82, 19 de junio de 1982, s.p., CEM, SHE.

³¹“Actividades mantenimiento de moral realizadas por el personal alojado en el CRPF desde el 13 Jun al 21 Jun”, s.f., CEM, SHE.

0800	8.30	FORMACIÓN DE LA MAÑANA	PLAZA DE LA 2DA AGR ASP	
0830	1030	GIMNASIA Y GABINETE PRICOPEDAGÓGICO	SECTOR DE ED FÍSICA Y GABINETE	20' GIMNASIA RECREATIVA, 100' DEPORTES
1030	1100	BAÑO	CUADRAS Y ALOJAMIENTOS	
1100	1200	CHARLAS	CINE, COMEDOR, GIMNASIO Y CLUBES	CAPELLANES
1300	1400	ACTIVIDADES RECREATIVAS	CUADRAS Y CASINOS	LECTURA, CORRESPONDENCIA Y TV
1300	1430	ALMUERZO	COMEDOR Y CLUBES	
1430	1600	CINE Y GABINETE PSICOPEDAGÓGICO	CINE Y GABINETE	
1600	1700	GIMNASIA Y GABINETE PSICOPEDAGÓGICO	SECTOR ED FÍSICA Y GABINETE	GIMNASIA RECREATIVA
1700	1730	BAÑO	CUADRAS Y ALOJAMIENTOS	
1730	1930	CINE	CINE	
1930	2000	A DISP J UNIDAD	A DETERMINAR	EXPOSITOR J UNIDAD
2000	2030	HIGIENE Y ASEO PERSONAL	CUADRAS Y ALOJAMIENTOS	
2030	2130	CENA	COMEDOR Y CLUBES	
2130	2200	RETRETA Y SILENCIO	CUADRAS Y ALOJAMIENTOS	

La normativa incluso avanzaba en la planificación de los días de lluvia. Ésos días (¿que quizás remitieran a las personas allí alojadas al clima de las islas?) estaba previsto que se suspendieran las actividades físicas y al aire libre, pero esto no significaba que se planificaran menos las actividades o hubiera más tiempo libre. Esos días había un lugar, el cine, que cobraba mayor importancia en el cronograma diario³²:

HORA DESDE	HORA HASTA	ACTIVIDADES	LUGAR	OBSERVACIONES
0600	0700	DIANA	CUADRAS Y ALOJAMIENTOS	
0700	0800	DESAYUNO	COMEDOR Y CLUBES	
0800	930	CINE	CINE	
0930	1100	ACTIVIDADES RECREATIVAS	COMEDOR Y CLUBES	LECTURA, JUEGOS SALÓN, MÚSICA, CORRESPONDENCIA

³² Plan de actividades de recreación en caso de lluvia para el personal del CRPF” Grupo de Mantenimiento de la Moral, CEM, SHE.

1100	1145	CHARLAS	CINE	EXPOSITOR A DETERMINAR, CAPELLÁN
1145	1300	ACTIVIDADES RECREATIVAS	CUADRAS Y CLUBES	CORRESPONDENCIA
1300	1430	ALMUERZO Y DESCANSO	COMEDOR Y CLUBES	
1430	1600	CINE	CINE	
1600	1730	ACTIVIDADES RECREATIVAS	COMEDOR Y CLUBES	LECTURA, JUEGOS SALÓN, MÚSICA Y CORRESPONDENCIA
1730	1800	BAÑO	CUADRAS Y ALOJAMIENTOS	
1800	1845	CHARLAS	CINE	EXPOSITOR A DETERMINAR, LECTURA, CORRESPONDENCIA Y TV
1845	2030	ACTIVIDADES RECREATIVAS	CUADRAS Y CLUBES	
2030	2130	CENA	CUADRAS Y CLUBES	
2130	2200	RETRETA Y SILENCIO	CUADRAS Y ALOJAMIENTOS	

Como es evidente a partir de la lectura de los ejemplares de cronogramas que se conservan, las actividades estaban planificadas con sumo detalle y en ellas se contemplaban tanto actividades más vinculadas al plano espiritual y psicológico como así también al físico. El cuerpo de quienes volvían de la guerra, en ese sentido, tenía un lugar preponderante en la “recuperación”: la comida, la gimnasia y la higiene, de hecho, eran de las actividades que sumadas incorporaban más tiempo.

Todas eran oportunidades para reforzar los valores que la institución buscaba transmitir. En relación a la división por jerarquías, sin embargo, llama la atención que ésta no estaba normalizada ni para los momentos destinados a deporte ni a las actividades recreativas, ya fuera que estas se realizaran al aire libre o bajo techo (como el caso del cine o las charlas). Aunque quizás quienes coordinaran dichas actividades establecían de alguna forma los límites entre los distintos grupos jerárquicos, es destacable que fuera precisamente en el tiempo libre destinado a la recuperación donde aparece menos limitado en contacto entre las personas de diferentes rangos.

Las disposiciones sobre los tiempos y espacios destinados a la recuperación hacen evidentes algunas de las características que el Ejército creía (o quería) que tuvieran quienes regresaban de la guerra. Es decir, ponen de manifiesto una serie de prácticas activas, productivas y propositivas basadas en la tradición y las jerarquías establecidas por la institución. Se proyectaban varones de cuerpos y mentes fuertes que no sólo

soportaran la actividad bélica sino también un apretado cronograma de actividades diarias. Personas que representaran valores como la camaradería, la solidaridad y los religiosos, y también las estrictas divisiones jerárquicas de la institución. De acuerdo a su proyección, el fin de la guerra y la recuperación de sus protagonistas estaba asociada a la capacidad de estos varones de permanecer activos durante 16 horas diarias dedicadas a actividades que podían reglarse de forma sistemática, prolija y previsible.

I.IV. Actividades recreativas para modelar identidades juveniles

Aunque el Ejército intentó regular los usos de los espacios y la organización general del tiempo en el Centro de Recuperación del Personal de la Fuerza, el momento destinado a las “actividades recreativas” era especialmente importante para la transmisión o el fortalecimiento de valores y formas de comportarse. Durante estos momentos se garantizaron charlas con religiosos, se proyectaron películas, distribuyeron revistas, instrumentos musicales, juegos y golosinas. Todas estas propuestas y ofertas buscaban producir entre ellas formas de solidaridad específicas, fomentar sentidos de comunidad, forjar e intensificar sus creencias religiosas, gustos, intereses y patrones de consumos culturales. Modelar, en definitiva, los modos de ser varones de quienes volvían de la guerra. El Ejército y el Estado no fueron los únicos actores implicados en esta empresa: la mayoría de los objetos distribuidos entre quienes se alojaban en el Centro fueron donados por instituciones, empresas y algunos sectores muy puntuales de la sociedad civil que evidentemente compartían estas ideas o, al menos, el interés por intervenir en los regresos de la guerra.

Aunque las “actividades recreativas” de los cronogramas no estaban diagramadas, sabemos que durante ese tiempo se ofrecieron revistas, juegos e instrumentos musicales que distintas personas y organizaciones habían donado³³. Como detalla el documento “Lista de instituciones y personas que colaboraron con el CRPF”³⁴ y la serie de “recibos” que conserva el Servicio Histórico del Ejército, el Ejército Argentino recibió en junio de 1982 una gran cantidad de bienes de distintas organizaciones de la sociedad civil, dependencias militares, municipalidades, empresas y personas individuales. Se trataba de objetos destinados a ser repartidos precisamente en estos momentos “libres”.

La Liga de Amas de Casa, por ejemplo, envió grandes cantidades de bolsas de caramelos, guitarras, turrone, chocolates, chicles, cigarrillos. Además, se enviaron

³³Sobre las donaciones destinadas al proceso de recepción ver Gandara (2021).

³⁴“Lista de instituciones y personas que colaboraron con el CRPF”, s.f, CEM, SHE.

cajas con juegos tales como cientos de cubos de *Rubik*. Al mismo tiempo, una embotelladora de bebidas gaseosas hizo llegar, una vez por semana, camiones cargados con cajones de estas bebidas. También se conservan recibos que dan cuenta de la recepción de cajas con revistas: 116 ejemplares de la *Aire y Sol*, 100 de *Crucigrama*, 100 de *Corsa*, 100 *Goles*, 100 *Siete Días*, 100 *Radiolandia* 2000, 100 *Jocker*.

Aunque sean menos conocidas, las donaciones que la sociedad civil realizó como apoyo al esfuerzo de guerra no concluyeron con la rendición sino que se re-orientaron hacia la tarea de recepción. Desde abril de 1982, el apoyo a la causa Malvinas –y, con ella, a la campaña bélica– se había traducido en la entrega voluntaria de dinero y productos al Estado argentino. Como señala Rosana Guber (2001), que distintas organizaciones de la sociedad civil, empresas e individuos se volcaran masivamente en una “carrera de donaciones” expresa no solo que grandes porciones de la población ratificaron su subordinación a la autoridad estatal-militar, sino también la fuerte potencia que tenía la invocación generalizada de la idea de nación (en peligro). Si ella podía imponerse sobre otras cuestiones –como los turbulentos años anteriores– y ameritaba un “esfuerzo colectivo” que se materializaba en las donaciones, entonces estas no pueden ser leídas inmediata ni linealmente como apoyo incondicional al régimen militar. En esta misma dirección es posible pensar la pervivencia de la práctica de donar luego de la rendición. Más allá del gobierno que los llevó a la guerra (y derrota), quienes volvían del campo de batalla eran fundamentalmente jóvenes que habían puesto sus cuerpos y sus vidas al servicio de una reivindicación de la soberanía nacional, y de allí la colaboración en su recepción. La posibilidad de que algunas donaciones encarnaran algo más que apoyo y voluntad de acompañar a quienes habían ido a la guerra en representación de todos, sin embargo, debe ser tomada en consideración. En este sentido, es llamativa la presencia, entre los principales donantes, de organizaciones de la sociedad civil con fuertes lazos con sectores de la Iglesia católica que a su vez mantenía un vínculo asiduo con el gobierno militar. Incluso considerando que, como demostró Mariano Fabris (2012), estas relaciones se encontraban desde antes de la guerra atravesando reacomodamientos, la práctica de donar una vez finalizada la empresa bélica podría expresar cierta voluntad de mantener redes de más largo aliento entre el gobierno militar –en especial con el Ejército Argentino–, la institución religiosa y sectores civiles asociados. Por ello, aunque sería necesaria una investigación exhaustiva al respecto, quizás este caso podría ser interpretado como una forma de apoyo no solo económico sino también político al

gobierno. En este sentido, el acompañamiento al gobierno militar por parte de ciertos sectores de la sociedad civil no parece haber cesado inmediatamente después del conflicto.

En cualquier caso, estas donaciones expresan que en la más inmediata posguerra amplios sectores de la sociedad civil siguieron acompañando y solidarizándose con la causa de la soberanía de las Islas Malvinas. Esto, asimismo, pone de manifiesto al menos dos cuestiones. Por un lado, que la legitimidad de la “causa Malvinas” no se había interrumpido con la derrota y que los apoyos civiles a quienes la habían encarnado iban más allá del gobierno que la presidiera y del resultado de la contienda. Por otro lado, que posiblemente también había sectores de la sociedad argentina que continuaban vinculados y apoyando al proyecto político que el Ejército Argentino representaba en 1982. En este sentido, tal como señala Franco (2018) a propósito de la actitud que muchos dirigentes políticos y sectores de la sociedad civil adoptaron luego de la guerra en relación con la cuestión de los derechos humanos, quizá la derrota en Malvinas “tampoco había llegado a conmovier del todo la profunda legitimidad ganada por las Fuerzas Armadas” (p. 162) durante los años anteriores.

Las actividades y objetos disponibles para quienes volvían de la guerra mientras permanecían alojadas en el Centro sugieren algunas de las ideas que fue construyendo y transmitiendo el Ejército Argentino acerca de cómo debía ser un (joven varón) veterano/ex combatiente³⁵. Además del cine, las revistas y los juegos, la “atención espiritual” tenía un lugar privilegiado durante el proceso de “recuperación”. Desde la planificación del Centro se consideraban charlas con ministros religiosos católicos (capellanes) y momentos de descanso en los cuales los jóvenes que volvían de la guerra podían leer textos religiosos. Estos textos fueron aportados, por ejemplo, por la Asociación Sociedad Bíblica Argentina que, con la frase “Dios llega al hombre” como firma³⁶, envió varios cargamentos con aproximadamente 1700 ejemplares del nuevo testamento cada uno al Centro de Recuperación.

³⁵La posibilidad de que hubiera modelos “importados” de dispositivos de recepción podría dar cuenta de estereotipos acerca de cómo debían ser quienes regresaban de una guerra.

³⁶Recibos de donaciones, s.p., CEM, SHE.

LIGA DE AMAS DE CASA
PERSONAS LIBERADAS
MONTEVIDEO ARGENTINA
1919 BUENOS AIRES ARGENTINA

REMITO 32484
32 6 83

Cuenta de ...
Señor *Asoc. Suboficiales, Sgs. Celeros*

CANT.	DETALLE	UNITARIO	TOTAL
1	Café Carajillo		17K
1	" Galletas y Galletitas		
1	" Mermelada de Naranja		
1	" Chocolate	340	
1	" Chocolates	3.020	
1	" Papel Toallas y servilletas		
1	" Supanillo	270	
1	Citrus		
1	Quinoa		
1	Quitarras		
1	" Mermelada de frutas dulces		
1	" Mermelada de Naranja y servilletas		
1	" Mermelada		
#	" Pasta medalla	105	
1	" Pastas instantaneas		
1	" Cereal	340	

SOCIEDAD BIBLICA ARGENTINA

TUCUMAN 35258 BUENOS AIRES

SAN MARTIN 882 SUDRIEST
1.72 Cal. Fiorito 120200 Rosario
Avda. COLON 280 Luch. de
180200 Córdoba

LENINOS 708
99121 San José
Mendoza

Recibo No. *1079* Nro. *117* Año *1989*
Factur. *36 6 83 42*
SIN CARGO

Nombre *Manojo en jefe del Ejército* Nombre *Soldados en el Atlantico*
Calle No. Calle No.
Localidad Localidad
Provincia Provincia

Código	Sign	Cantidad	Precio Unitario	Observaciones
VPA 260 P	T	1056	-	16 copias con 66 ejempl. del Nuevo Testamento Dijo llega al Llanero

A REVISAR. Para uso interno de contabilidad.

Recibos de donaciones, s.p., CEM, SHE.

Además de estos objetos y comestibles que se repartían para su uso y consumo durante el tiempo libre, mientras las personas que regresaban de la guerra se alojaban en Campo de Mayo también se les repartían cartillas de contrainteligencia que les recordaban la obligatoriedad del extremo secreto sobre las operaciones argentinas. Estas cartillas, elaboradas durante la contienda como mecanismo de seguridad, suponían que “el enemigo permanentemente y por cualquier medio está tratando de reunirla”³⁷. Evidentemente con un giro en su contenido y con preocupaciones de escala local, también se repartieron luego de la rendición. El texto decía:

“ARGENTINO!!!

USTED ha sido convocado por la PATRIA para defender su soberanía y oponerse a intenciones colonialistas y de opresión. (...)USTED luchó y retribuyó todo lo que la patria le ofreció: el orgullo de ser argentino. Ahora la patria le requiere otro esfuerzo: de ahora en más usted deberá:

- NO debe ser imprudente en sus juicios y apreciaciones(...)
- Exaltar los valores de compañerismo puestos de manifiesto en situaciones tan adversas.
- Remarcar que la juventud es capaz de hechos heroicos.
- No comentar rumores ni anécdotas fantasiosas, hacer referencia a hechos concretos de

³⁷ ANEXO 3 (Cartilla de Contrainteligencia, durante la permanencia en el CRPF) AL PON Nro 1/82 (Régimen Orgánico Funcional de la Sección del CRPF), CEM, SHE.

experiencias vividas personalmente

-RECORDAR QUE TODOS debemos perpetuar la forma heroica como nuestro soldados que dieron sus vidas por la Soberanía Nacional.³⁸

Los jóvenes, actores cruciales de en la Argentina al menos desde la década de 1950, fueron los destinatarios principales de las prácticas destinadas a modelar los sentidos sobre lo vivido durante la guerra y las formas de comportarse en la posguerra. Cuando llegaron al Centro de Recuperación, más del 90% de los integrantes del Regimiento de Infantería Mecanizado 3 tenía menos de 25 años. Dentro de este porcentaje estaban todos los soldados conscriptos, el 65% de los suboficiales y el 33% de los oficiales. Que la juventud es capaz de hechos heroicos, como señala esta cartilla, trae a este sujeto social al centro de la escena de forma explícita por primera vez en esta documentación. Este silencio que la documentación mantiene hasta este punto, sin embargo, no implica que no se tratara de un sujeto social que el Ejército no tuviera en cuenta como tal sino que probablemente se relacione a las características burocrático-formales del tipo de documentación a partir de la cual se está trabajando: normativa, reglamentos y, hasta ahora, recibos de donaciones. Como vimos, muchas de las cuestiones que se planificaron para el regreso se relacionan con capacidades, aptitudes y pretensiones asociadas precisamente a la juventud, como permanecer activo durante todas las horas del cronograma planificado, transitar y usar espacios distantes en poco tiempo, practicar deportes con cierta intensidad y ser portadores de valores que considerados de crucial importancia para el futuro de la sociedad y el país.

Durante los primeros años '80, los jóvenes estaban en el centro de la escena cultural y política argentina. Como portadores y metáfora del cambio social y la renovación del pasado (Manzano, 2017; Passerini, 1996), eran al mismo tiempo vistos como la esperanza de un “futuro mejor” y como la “amenaza” de radicalización política. El intento por modelar identidades o dotar de sentidos específicos a las experiencias bélicas, por eso, puede ubicarse en una tradición argentina de más largo aliento y, al mismo tiempo, como parte de una de menor duración. En una duración larga, tal como Valeria Manzano (2017) demostró, por lo menos desde los años 50s grupos conformados principalmente por “adultos” se consideraron a sí mismos idóneos para tomar decisiones por “los jóvenes” y construir sobre ellos retóricas y formas de

³⁸Citado en Chao (2017, p. 104) de Orden especial del CJE 761/82. Medidas de inteligencia y contrainteligencia. 17 de junio de 1982. y en Lorenz (2006, p. 218) reproducido de *La voz del combatiente* Año 1, Nro 0, agosto 1982.

representación relacionadas a sus propios proyectos políticos. En una duración más corta pero no por ello menos intensa, la dictadura militar que gobernaba había fijado un objetivo en la juventud. Por eso elaboró, al menos desde 1976, mecanismos legales e ilegales de criminalización, persecución e intento de eliminación física de quienes representaban una amenaza para “el matrimonio y la familia”, ideas que encarnaban el futuro de la patria (Manzano, 2017, p. 348). Las tareas del Centro de Recuperación, sin embargo, buscaban ser fundamentalmente activas en la producción de sentidos e interpretaciones. Por eso también se insertan en la línea de otras lógicas con las cuales el gobierno se relacionó con la juventud: lógicas productivas y mecanismos de integración que también fueron claves de su proyecto político (Luciani, 2017).

Qué significaba y cómo debía “recuperarse” quien había combatido en una guerra regular e internacional por la soberanía de las Islas Malvinas -cumpliendo un estricto cronograma diario, con el pelo corto y el uniforme limpio, durmiendo con varones del mismo rango, respetando dispositivos de seguridad y autoridades militares y religiosas, consumiendo cierto tipo de alimentos, revistas y películas, etc.- pone en evidencia el modelo de varón que el Ejército buscaba producir. Esto no puede pensarse aisladamente del proyecto político de la institución que hacía seis años gobernaba el país y de los estereotipos que, desde entonces, alentaba. Asimismo, es muy posible que las entidades, asociaciones y empresas que realizaron donaciones al Centro también tuvieran sus propias agendas sobre esos sujetos jóvenes y que, al menos en la inmediata posguerra, unos y otros confluyeran. En el siguiente capítulo nos detendremos en explorar de qué formas los jóvenes vivieron, interpretaron y actuaron durante su estadía en el Centro en relación a lo que el Estado les proponía.

I.V. Conclusiones

Tras su derrota en las islas australes el Ejército Argentino se hizo cargo de elaborar un dispositivo de recepción para aquellas personas que habían sido enviadas a combatir. Este espacio se llamó Centro de Recuperación del Personal de la Fuerza y estuvo emplazado en la Escuela de Suboficiales Sargento Cabral dentro del predio de Campo de Mayo, en la Provincia de Buenos Aires. Tanto en base al estudio de la normativa que regló su creación y funcionamiento como a partir del análisis de las actividades que allí se proponían es evidente que por “recuperar” se entendía no sólo restituir condiciones físicas deterioradas o afectadas por las condiciones de la guerra sino también, y acaso fundamentalmente, producir formas específicas de ser y actuar durante la posguerra.

A través de estrictos mecanismos de control espacial y del tiempo, el Ejército puso en acto y evidenció los modelos de jóvenes varones que comenzaban a proyectarse para los ex combatientes y veteranos de guerra: de pelo corto y sin barba, suficientemente alimentados, en condiciones físicas de realizar gimnasia y con la habilidad e interés de practicar actividades como ir al cine, atender a eventos referidos en revistas juveniles o compartir momentos para la música y de comida, debían ser varones que pudieran compartir sus quehaceres con otros de su misma edad, rango y experiencias análogas. En todos los aspectos, además, tenían que representar valores como la camaradería, el patriotismo y el orgullo por la tarea que habían ido a realizar al sur, pero sobre esta último no debían hablar en exceso pues también tenían que ser reservados y, sobre todo, respetuosos de las jerarquías y autoridad militar.

Los objetos que se repartían para su uso durante el tiempo libre hablan de aquello que se presumía ausente durante el tiempo de la guerra, pero también dan cuenta del tipo de actividades, intereses y consumos que se esperaba fomentar entre quienes retornaban de la guerra. Que el foco estuviera puesto en estas actividades que podían continuar como consumos o prácticas fuera del Centro de Recuperación, al mismo tiempo, puede leerse como indicio de dos cuestiones. Por un lado, de que se esperaba que lo ocurrido en la recepción pudiera ser repetido o evocado una vez finalizada la estadía en el Centro mediante la repetición de consumos o prácticas que no eran exclusivas de ese territorio sino que también se podían encontrar o conseguir con relativa facilidad en el entorno civil. Esto proyecta los efectos del momento de recepción y recuperación hacia adelante, así como también actualiza la presencia potencial de la institución castrense en las cotidianidades de las personas al menos en su futuro cercano. Por otra parte, que algunos sectores de la sociedad civil y del sector privado (quienes de hecho habían donado estos bienes al Centro) también podrían haber estado interesados en alentar estas prácticas, formas de pensar, actuar e incluso de consumir entre quienes volvían de la guerra.

El dispositivo estatal destinado a la recepción y “recuperación” no sólo se orientó, como se esperaba cuando se comenzaron a crear las normativas para la recepción de ex prisioneros de guerra mientras el conflicto aún estaba activo, a recopilar información sobre el contendiente o enemigo. Sin dejar de lado la pretensión de obtener la mayor cantidad de datos posibles sobre lo ocurrido durante la guerra, tras la derrota el foco se corrió. Entonces se ubicó en ofrecer actividades y bienes bastante específicos que sugieren cómo el Estado y su Ejército intentaron producir e intervenir en los modos en

que debían verse y comportarse los jóvenes varones que volvían de la guerra. Aunque es difícil medir el impacto de estas medidas, el análisis de las formas en que estos varones efectivamente vivieron su paso por el Centro de Recuperación del Personal de la Fuerza sugiere que no todo ocurrió tal como institución castrense había previsto.

Capítulo II - “Ahí la vida empezó a cambiar”

II.I Introducción

El lunes 21 de junio de 1982, sólo dos días después de llegar a Puerto Madryn a bordo del Canberra, varios cientos de personasse enfrentaron a una situación tan inesperada como novedosa: se les entregaron unas lapiceras y hojas en blanco que tenían, escritas a máquina, unas cuantas preguntas. Un formulario por persona. Sentados frente a esos papeles bastante gruesos y completamente limpios, la mayoría aún vestía los uniformes con los que habían vivido durante algo más de dos meses en las islas. Recién llegaban al Centro de Recuperación del Personal de la Fuerza, el lugar que había dispuesto el Ejército Argentino en Campo de Mayo para recibir a los hombres enviados al combate por la soberanía de las Islas Malvinas e Islas del Atlántico Sur. Aunque algunos quizás habían podido escribir cartas durante el conflicto, esta era la primera vez que oficiales, suboficiales y soldados conscriptos del Regimiento de Infantería Mecanizado 3 enfrentaban la posibilidad (y estaban obligados a) escribir sobre la guerra. Aunque no se les ofrecían grandes espacios para explayarse eligieron qué y cómo decir, y también qué callar. Más allá de las disposiciones oficiales y lo propuesto por el Ejército, su estadía en el espacio destinado a la “recuperación” estuvo marcada desde el inicio por las decisiones que individual o colectivamente fueron tomando en base a sus propias experiencias recientes, al modo en que empezaban a narrarlas e interpretarlas y, también, a cómo estaban proyectando o imaginando su futuro.

La relación entre los testimonios, las identidades de quienes hablan y las experiencias que narran es un tema que la historia social y cultural de la guerra ha abordado tanto en el campo internacional (Bourke, 1996, 1999; Fusell, 1975; Winter, 1995, 2006) como local (Lorenz, 2006, 2015, 2017; Guber, 2004, 2016; Rodríguez, 2015, 2020; Soprano, 2018, 2020). Joanna Bourke, una historiadora neozelandesa que estudió desde una perspectiva social y cultural el acto de matar durante las guerras del siglo XX, afirmó que “el acto mismo de narrar cambia y modela la “experiencia” (...) desde el [propio] momento de matar, el evento ingresó en la imaginación y comenzó a ser interpretado, elaborado y reestructurado” (Bourke, 1999: xxii). Inspirada en esa idea, en este capítulo propongo un acercamiento a las experiencias de estas personas que privilegia los testimonios que produjeron. Aunque, como ya indicaré, me acercaré a testimonios que produjeron en distintos formatos y momentos, privilegiaré en la medida de lo posible aquellos producidos durante la recepción. Su

estudio puede acercarnos a entender cómo procesaron sus propias experiencias de guerra, así como también de qué formas y en base a qué relaciones comenzaron organizarse de cara al futuro.

Este capítulo se organiza en torno a dos hipótesis principales y una secundaria. La primera es que los jóvenes que volvieron de la guerra no adoptaron pasiva ni acríticamente lo que el Ejército les propuso para la recepción sino que se reapropiaron de ese tiempo/espacio a partir de sus experiencias. La segunda es que el espacio de “recuperación” fue, entre otras cosas, una instancia en la cual quienes regresaron de la guerra pudieron elaborar y expresar distintas nociones, emociones e ideas sobre su futuro, muchas veces entramando diálogos con aquellas que el propio Ejército alentaba. Una idea subsidiaria de estas hipótesis es que en el proceso de interpretar sus experiencias y comenzar a elaborar ideas de futuro condensaron y pusieron en juego sentidos e interpretaciones sobre la guerra que por entonces existían tanto intramuros como extramuros de la institución militar, así como también sus formas específicas de autopercepción y de organización. La tercera de las hipótesis, secundaria, es que debido a las vivencias de la guerra en la más inmediata posguerra es posible encontrar claros indicios de fisuras al interior de las jerarquías del Ejército Argentino, fisuras que – aunque excedan al tema de esta tesis- podrían ser muy importantes para el futuro de la institución castrense. La pregunta que organiza el capítulo es si el paso por el Centro de Recuperación pudo ser interpretado como un tiempo/espacio intermedio entre guerra y posguerra.

Aunque para aproximarse a las experiencias de quienes se alojaron en este espacio de recepción recurro a un corpus de fuentes más variado que en el capítulo anterior, la documentación que el Ejército produjo sobre la guerra sigue teniendo un lugar privilegiado. En este caso, sin embargo, haré virar el foco de la atención, ya que en este capítulo las preguntas no estarán en las intenciones, motivos o proyectos por los cuales la institución castrense las elaboró. Al contrario, intentaré leer e interpretar aquello que produjeron y testimoniaron quienes llegaron a Campo de Mayo directo desde las trincheras. Aunque las llamadas Actas de Recepción sean documentación relativamente árida, pues se trata de un formulario cerrado, seriado y con relativamente poco espacio para ejercer la libertad, estos jóvenes dejaron, de puño y letra, sus palabras sobre los papeles ofrecidos. Adicionalmente, a lo largo del capítulo recurriré a distintos testimonios que miembros del regimiento produjeron y se encuentran editados, así como a entrevistas publicadas o producidas para esta investigación. Adicionalmente, y esto

constituye una novedad metodológica para el campo, también ensayaré tomar como fuente un objeto cuyas fotografías forman parte de un catálogo editado por la Comisión de Familiares de Caídos en Malvinas e Islas del Atlántico Sur y de un museo virtual.

Para llevar adelante sus objetivos este capítulo se divide en cinco partes. La primera está dedicada a una breve presentación y reflexión sobre la serie documental sobre la que se organiza buena parte del argumento del capítulo, las Actas de Recepción. La segunda y tercera partes del capítulo se construyen sobre ellas y buscan acercarse, en líneas generales, a esta dimensión de las experiencias de guerra asociadas a la forma de narrarlas durante la estadía de los jóvenes en el Centro. El segundo apartado propone una indagación sobre las respuestas que los jóvenes oficiales y suboficiales elaboraron en un ítem que sólo ellos tenían disponibles -por ser miembros regulares del Ejército Argentino-. La tercera parte está destinada a una reflexión acerca de cómo los oficiales, suboficiales y soldados conscriptos hablaron sobre sus “misiones de combate cumplidas” y cómo se relaciona eso con sus formas de interpretar sus propias experiencias. La cuarta parte se dirige a explorar cómo vivieron su paso por el Centro de Recuperación, fundamentalmente a partir de testimonios producidos en distintos momentos de los últimos cuarenta años que separan su estadía allí y el cierre de esta investigación. La quinta y última parte del capítulo propone una variación hacia la reflexión sobre el ámbito de las emociones y la conformación de comunidades emocionales en este contexto, y por eso se funda en el trabajo con una fuente no convencional: una servilleta de tela.

II.II. Las Actas de Recepción

Una semana después de la llegada de los miembros del Regimiento de Infantería 3 a Campo de Mayo, el 29 de junio de 1982, el coronel Enrique Braulio Olea –quien lo dirigía– envió desde la Escuela de Suboficiales Sargento Cabral una nota al Jefe del Estado Mayor General del Ejército. En ella detallaba el envío de las Actas de Recepción correspondientes al “Personal de la Fuerza que ingresó a este centro de Recuperación”³⁹. Entre esas Actas, organizadas en carpetas que dividían las respuestas de oficiales y suboficiales de las correspondientes a soldados conscriptos, estaban las de los miembros de este regimiento.

³⁹Nota 29 junio 1982, Inteligencia, CEM, SHE.

Como mencioné en el capítulo anterior, tanto en las normas elaboradas durante la contienda como en las elaboradas y adaptadas luego de la rendición se especificaba que la primera actividad, de carácter obligatoria, para todas las personas que llegaron de la guerra al Centro de Recuperación era completar un formulario llamado “Acta de Recepción” declarando lo ocurrido y actuado durante el conflicto⁴⁰. Esas Actas debían llenarse en presencia de una persona de mayor rango que perteneciera al Grupo de Recepción-de la Sección “Personal” del Centro- y la información en ella contenida era considerada fundamental y sensible en materia de seguridad. Las Actas, luego, seguían un circuito burocrático administrativo preestablecido que, como demuestra la nota del párrafo anterior, se cumplía con regularidad: primero se compilaban, se organizaban en carpetas y entregaban a las autoridades del Centro, quienes las enviaban a sus respectivos superiores. Una vez enviadas al Jefe del Estado Mayor General del Ejército, las Actas debían ser remitidas inmediatamente a las llamadas Comisiones de Evaluación⁴¹. Con el paso del tiempo las Actas pasaron por distintas dependencias y organismos encargados del estudio y análisis sobre la guerra de Malvinas, y hoy forman parte de la documentación recientemente desclasificada que se puede consultar en el Servicio Histórico del Ejército.

El Acta de Recepción estaba compuesta por los siguientes campos⁴²:

Campo de Mayo, fecha.

1. Grado: _____
2. Arma/especialidad: _____
3. Apellido y Nombres: _____
4. LE/DNI/CI: _____
5. Estado Civil: _____
9. DM: _____
7. OE: _____
8. Clase: _____
10. Unidad de Origen: _____
10. Unidad de Redistribución: _____
11. Movilizado/Incorporado: _____
12. Estado de salud (tachar lo que no corresponda)

⁴⁰OE 2/82, 19 de junio de 1982, CEM, SHE.

⁴¹Las Comisiones de Evaluación fueron conformadas por las autoridades militares argentinas para, valga la redundancia, evaluar las operaciones realizadas y las responsabilidades de quienes habían tenido algún grado de compromiso en el desarrollo de la guerra. Aunque elaboraron documentación propia, algunos de sus insumos más relevantes fueron entrevistas, informes y Actas producidas dentro del CRPF.

⁴²No es posible incorporar una fotografía porque es documentación alcanzada por la ley de protección de datos personales y el SHE no permite su reprografía (ni proporciona copias con datos eliminados).

Sano – Herido – Enfermo

13. Rol de Combate (subunidad- sección. Grupo. Pieza): _____

14. Resumen de actividades en las Islas Malvinas: _____

a. Tiempo de permanencia en las islas: _____

b. Superior de quien dependía: _____

c. Misiones de combate cumplidas: _____

15. Lugar, fecha, hora en que fue tomado PG (breve resumen del hecho): _____

16. Información sobre personal fallecido, herido, desaparecido y/o PG (Ver anexo 2)

Si tengo información – no tengo información

17. Actos destacados observados (Ver anexo 3): si – no

18. Aspectos de interés para agregar (Ver Anexo 4)

Actuante (Firma y Aclaración)

Declarante (Firma y aclaración)

Aunque se trataba de un formulario cerrado y con una cantidad de espacio muy limitada para escribir, para quienes volvían de la guerra estas hojas fueron la primera vía de comunicación -potencial y asimétrica- con sus superiores que no habían estado en las islas australes y que, como era evidente, buscaban conocer lo sucedido durante el conflicto (y, quizás, explicar la derrota) a través de sus testimonios.

Las decisiones que tomaron tanto individual como colectivamente frente a las Actas sugiere que la derrota en el campo de batalla no produjo una rendición total de los combatientes. Tal como sugieren sus respuestas y como veremos en los siguientes apartados, al menos los miembros jóvenes del Regimiento de Infantería Mecanizado 3 se crearon la forma de ser agentes de su presente y ejercer roles muy activos en lo que les ocurría, aún si habían depuesto las armas.

Su situación, sin embargo, era profundamente ambivalente. Más allá de los enojos y denuncias que es posible leer entre los papeles, nadie escribió por fuera de los renglones ofrecidos, traspasando los márgenes, al dorso de la hoja, ni dejó marcas o carteles sobre temas que no se les preguntaran. Y sin embargo corrieron las fronteras de lo que era obligatorio o estaba permitido hacer: achicaron y apretaron su caligrafía, eligieron expresiones breves para decir más, inventaron renglones o incluso eligieron no contestar puntos que eran obligatorios. Lo mismo hicieron, una vez completas las actas, con sus propias experiencias de “recuperación”.

II.III. “Yo doy las siguientes ideas”: testimonios de jóvenes oficiales y suboficiales

Las posiciones en las que vivieron el día a día en las islas, la presencia y características del combate llevado adelante, el tipo de trato recibido por los superiores y el acceso a elementos de higiene personal, armamento y correspondencia condicionaron el modo en que los argentinos enviados a combatir vivieron la guerra. Cómo interpretaron sus propias experiencias, asimismo, fue clave en el proceso de imaginar la posguerra y su lugar en ella. Si esto es cierto para todas las personas que participaron en la contienda, para los oficiales y suboficiales tuvo una connotación especial. Como militares profesionales habían recibido capacitación y entrenamiento relacionado a la participación en una contienda bélica, por lo que cuando llegaron al teatro de operaciones sus ideas sobre cómo debían desarrollarse este tipo de cuestiones logísticas y operaciones seguramente eran mucho más concretas e informadas que las de los soldados conscriptos. Quizás por eso, a su regreso el Ejército consideró que eran los únicos aptos para contestar el punto 18 del Acta de Recepción⁴³, también llamado “Anexo 4”, en que les pedían que agregaran aspectos que les resultaran de interés. A través de las palabras con las que oficiales y suboficiales hablaron de aquello que les resultaba de interés agregares posible percibir rastros de sus experiencias en las islas. Sobre ellas se hacían firmas para decodificar su propio presente y, sobre todo, proyectar su futuro.

Aún si luego de la guerra se mantuvo muy sólido el sentido de identidad corporativa asociada a su pertenencia, respectivamente, al cuerpo de oficiales y suboficiales, al regreso se expresaron fisuras y distinciones al interior de cada grupo asociadas a lo que ocurrió allá. Entre los oficiales, estas tensiones se expresaron en

⁴³ Anexo 6 “Modelo de Acta de Recepción de ex PG” a la OE 1/82, 7 junio 1982, CEM, SHE.

denuncias, enojos y reproches por parte de los miembros más jóvenes -que habían ingresado hacía menos tiempo al Ejército, tenían grados inferiores y compartieron experiencias con sus subalternos- hacia sus superiores. Los suboficiales expresaron sus diferencias a través de las caracterizaciones que hicieron sobre el desempeño de los soldados conscriptos durante la contienda y, en general, sobre el servicio militar obligatorio. En líneas generales es posible argüir que la guerra no fue lo que habían imaginado quienes eligieron completar en Anexo, aunque sí fue una experiencia límite que puso en cuestión tanto sus propias formas de percibirse como grupo -horizontal y verticalmente- como así también sus ideas generales sobre el Ejército al que habían elegido pertenecer.

Los oficiales del Ejército Argentino se organizan de acuerdo a la pertenencia a una promoción (de la que egresan del Colegio Militar de *La Nación*) y a un arma de formación -infantería, caballería, artillería, ingenieros o comunicaciones-, variables ambas que definen identidades y sociabilidades profesionales. Desde su ingreso al Colegio Militar hasta su retiro pasan por múltiples instancias de formación y evaluación que configuran el universo de jerarquías, rangos y características propias de esta institución. A partir del desempeño de cada oficial en estas evaluaciones a lo largo de la carrera castrense se construye un orden de mérito de cada promoción, sobre la cual se organizan los ascensos y, en general, la jerarquía dentro de la Fuerza (Soprano, 2018).

Los suboficiales del Ejército Argentino también se organizan de acuerdo a las distintas armas, especialidades y servicios de apoyo al combate. Su formación se inicia con la denominada educación básica, que los suboficiales que fueron a Malvinas realizaron en alguna de las escuelas de suboficiales del Ejército Argentino que funcionaba en 1982 -la Escuela de Suboficiales “Sargento Cabral”, para las armas, y la Escuela de Suboficiales “General Lemos”, para especialidades y servicios de apoyo al combate-, y continúa hasta el momento de su retiro en distintas instancias de perfeccionamiento y capacitación (Soprano, 2016).

El Regimiento de Infantería Mecanizado 3 viajó a Malvinas a cargo de su Jefe, el teniente coronel David Comini. Fueron con él dos mayores, seis capitanes, siete tenientes primeros, ocho tenientes y siete subtenientes. Ellos eran los oficiales. A partir de la información que dieron en las Actas de Recepción -que completaron todos menos el teniente coronel y los dos mayores, que se encontraban todavía en el territorio austral, por lo que no están incluidos en las presentes consideraciones- los oficiales del Regimiento eran de las provincias de Buenos Aires, Córdoba, Mendoza, Entre Ríos,

Chubut y Tucumán. Tenían entre 38 y 21 años en 1982 cuando fueron a la guerra. Como parte del mismo regimiento fueron a Malvinas suboficiales de todas las jerarquías: suboficial mayor, suboficial principal, sargento ayudante, sargento primero, sargento, cabo primero, cabo de reserva y cabo. Eran 132 varones de entre 50 y 20 años que provenían de las provincias de Jujuy, Salta, Tucumán, Chaco, Formosa, Misiones, Corrientes, Entre Ríos, Santa Fe, Córdoba, Mendoza y Buenos Aires.

En el último punto del Acta de Recepción [“Aspectos de interés para agregar (Ver Anexo 4)”] cada persona podía incorporar la información que quisiera o considerara relevante. A los oficiales y suboficiales que eligieran completar este ítem, optativo para ellos pero no disponible para los soldados conscriptos, se les entregaba una hoja en blanco aparte. El porcentaje de personas que decidieron contestar es relevante: el 55% de suboficiales y el 66% de los oficiales del Regimiento 3.

Aunque los porcentajes son parecidos, oficiales y suboficiales tomaron distintas decisiones, como grupo, frente a los formularios. Los ocho oficiales que decidieron no agregar información son los “más antiguos” del Regimiento⁴⁴, quienes coincidentemente tenían las jerarquías más altas. Salvo una excepción, ningún teniente primero ni capitán decidió incorporar datos en este anexo. Contrariamente, todos los tenientes y subtenientes eligieron escribir sus testimonios. Esta división tan precisa sugiere la posibilidad de que las decisiones no fueran individuales sino colectivas y, además, una primera línea de fisura entre personas de distintas promociones. Si bien no hay una relación estricta entre promoción y clase (Soprano 2018b), la existencia de cierta correlación nos permite aproximarnos a alguna información indicial: a excepción de la clase 52 (cuyos miembros no tuvieron la misma conducta, probablemente por pertenecer a distintas promociones) y de un teniente primero clase 44, todos los oficiales mayores de 30 años decidieron no contestar, mientras que los menores sí lo hicieron. Adicionalmente, es sugerente que el rol de combate de todos los oficiales fue Jefe de Sección (el más bajo entre los oficiales). Por su parte, setenta y tres de los ciento treinta y dos suboficiales decidieron escribir en el Anexo 4. A diferencia de los oficiales, no hay entre ellos una distinción de edad, jerarquía ni compañía de pertenencia que establezca diferencias claras entre quienes decidieron contestar.

⁴⁴Comparativamente se denomina “más antiguos” a quienes pertenecen a promociones anteriores. Aunque no existe un correlato estricto entre promoción y edad (cada año pueden ingresar a la educación militar personas dentro de un rango etario) generalmente las personas de promociones anteriores (“más antiguos”) tienen edades similares y son más grandes que “los modernos”, como se denomina a quienes pertenecen a promociones siguientes.

En líneas generales quienes dieron respuestas al Anexo 4 (oficiales y suboficiales) intentaron demostrar su correcto desempeño durante la guerra y distanciarse críticamente de los errores que llevaron a la derrota. A partir de sus propias experiencias, además, muchos se consideraron a sí mismos capaces de hacer propuestas y sugerencias. La declaración de un cabo primero de 25 años es especialmente elocuente:

Los soldados no nos sirvieron para la guerra, solamente pensaban en comer y dormir. Yo doy las siguientes ideas: la alimentación tiene que ser mejor y de mayor cantidad. Los elementos que llegaban tenían que ser repartidos, ya que el día que embarcamos en el pueblo vimos depósitos llenos de víveres, cigarrillos tirados en la calle, montones de ropa. Para ir a la guerra lo elemental es una buena comunicación, y el armamento nuevo. Los soldados tienen que ser mayores de 20 años y saber o tener un papel fijo en el grupo. El período de instrucción del soldado debe ser permanente (1 año) y sobre todo en lo que es el combate nocturno.

Mientras a la distancia es posible distinguir analíticamente distintos temas y problemas en este testimonio, la forma en la que aparecen expresados muestra en primer lugar que todas estas situaciones y reflexiones fueron vividas como parte de un mismo día a día durante la guerra. Si desagregamos los temas que el cabo señala, encontramos concentrado un primer núcleo de observaciones que son comunes entre oficiales y suboficiales: la cuestión del equipamiento. Al respecto, generalmente señalan que la ropa era inadecuada, insuficiente y poco impermeable, que el equipo en general era obsoleto, que hubo una falta generalizada de medios de movilidad así como también pocos medios de comunicación y falta de armamento. Como indicó un sargento de 28 años categóricamente: “lo que no estoy de acuerdo es tener soldados en primera línea armados únicamente con pistolas 9mm”. Oficiales y suboficiales también expresaron reclamos sobre la dificultad o imposibilidad de comunicarse con las familias, la insuficiencia de alimento y las dificultades para la atención y traslado de heridos y enfermos, que inclusive calificaron de “desastrosa”.

De los testimonios de los oficiales emerge una fuerte distinción que éstos hacían entre ellos mismos, que habían estado con o en contacto con sus subordinados - soportando “en los pozos” las inclemencias del clima y los efectos físicos y mentales de los constantes bombardeos- y aquellos que, desde su perspectiva, “ni siquiera los visitaban”. Esta diferenciación se expresó también en relación a las posiciones ocupadas y la calidad de vida en dichos lugares: “[Teníamos] conocimiento de que en los lugares poblados se vivía con excesiva comodidad, mientras que en las posiciones de primera

línea era todo lo contrario, provocando esta actitud el resquebrajamiento de la moral y la disciplina”, escribió un subteniente de 24 años.

Las divergencias entre oficiales “de primera línea” y oficiales que vivieron la guerra “con excesiva comodidad” constituyen una segunda línea de fisura que se monta sobre la de la promoción/edad. Tal como sintetizó un subteniente de 24 años:

Muchas veces me pregunté ¿Nuestros comandantes no ven el estado del personal? Nunca supe que algún soldado hubiera sido visitado en su pozo más que por su jefe de grupo, sección, Ca [compañía] y en algunos casos Jefe de Regimiento. Muchas veces me pregunté ¿No ven nuestros comandantes que esta tropa cada día que pasa es menos apta para combatir? (...) El primer enemigo fue el pozo, no los ingleses.

Esta clara intención de diferenciar, a partir de sus propias experiencias, las conductas de diferentes grupos de oficiales anticipa la lógica que regló una fuerte distinción que surgió y se instaló durante la posguerra al interior del Ejército Argentino entre los llamados peyorativamente “oficiales de escritorio” -quienes no habían concurrido a la guerra- y los “oficiales con mando de tropa” -que habían estado en el terreno de combate en 1982- (Lorenz, 2009). Como demuestran estos testimonios, durante el conflicto ya operaba la misma lógica de jerarquización pero entre quienes sí habían participado físicamente de la guerra. Entre ellos la distinción no era haber estado sino cómo se había estado, en qué espacios físicos, condiciones y haciendo qué.

Aunque estos jóvenes oficiales intentaron distinguirse de sus superiores, sus denuncias también se dirigieron hacia los suboficiales y soldados conscriptos. Sobre los suboficiales apuntaron la falta de disciplina y educación militar, y también cuestionaron sus valores y “sentido heroico”, tan caro a la institución castrense. En relación a los soldados conscriptos también manifestaron -salvo alguna excepción- caracterizaciones negativas. Se refirieron a su mal comportamiento y a su “falta de valores y espíritu”, que algunos asociaron a su edad -tema al que referiré más adelante- y otros a su (falta de) educación.

Aunque no faltaban las quejas y distanciamientos respecto de sus superiores, la operación de los oficiales era que mientras denunciaban a suboficiales y conscriptos se auto-afirmaban los valores e identidad propia de la oficialidad como colectivo. Algunos, de hecho, llevaron la operación de diferenciarse de sus subordinados al punto de referirse a ambos grupos a la vez, señalando indiferenciadamente faltas que califican como especialmente graves y deshonorosas -en las que ellos no habrían incurrido-. Esto es especialmente notorio en relación a la falta de alimentos, por la que responsabilizaron

tanto a suboficiales como a conscriptos. Al respecto, un oficial de 26 años declaró saber de “suboficiales que sustraían la ración que debía ser entregada en la sección [se los menciona por apellido y grado]” mientras que otro, de 25 años, escribió que [el subrayado es original]:

El soldado de 18 años pese a todo lo hablado por su jefe de sección [el testificante] y el ejemplo personal de este durante todo el tiempo, en los momentos críticos y de combate evidenció muy poco dominio de sí mismo(...) El único interés del soldado era la comida llegando al extremo de robar a sus camaradas y superiores.

Además de las denuncias por los problemas de equipamiento, en las que había acuerdo general y que suponían menos impericia de los superiores, los suboficiales incorporaron a sus testimonios denuncias sobre los oficiales como cuerpo de superiores. Aunque sólo unos pocos lo hicieron de forma tan explícita, hubo varias respuestas como la de un cabo primero de 20 años que “lamentó informar” que un oficial del Regimiento

no está capacitado para ser jefe (...) el mencionado oficial [escribe nombre y grado] les pegaba a los soldados (...) No tubo otra mejor idea este oficial que (...) hacerlo poner desnudo al soldado y obligarle a que se tire en una laguna de agua semi-congelada ya que el acusado tubo principio de hepatitis, y dejarlo sin comer por tres días.⁴⁵

A estas serias denuncias se sumaba el reclamo por la falta de información sobre “la situación general, de la propia tropa y del enemigo” con la que tanto ellos mismos como los soldados a su cargo transitaron la guerra. En sus elaboraciones ésta era una expresión más de la falta de interés por la tropa por parte de la superioridad.

La operación realizada por los suboficiales para representarse a sí mismos fue análoga a la realizada por los oficiales: los miembros de ambos grupos se auto describieron comparativamente como colectivo de características superiores. Suboficiales de todos los rangos y edades se distanciaron de los oficiales atribuyéndoles faltas especialmente serias en el imaginario castrense, como la falta de valentía (que se expresaba, por ejemplo, en su distancia de las trincheras).

⁴⁵ Algunos soldados conscriptos también refirieron y denunciaron estas situaciones en las entrevistas realizadas dentro del Centro de Recuperación. La serie se encuentra muy fragmentada: en la asociación Memoria Abierta, dentro del Fondo Luis Moreno Ocampo, se conservan fotocopias de algunos informes de entrevistas realizadas a soldados conscriptos de este regimiento. La justicia militar sancionó sólo a dos miembros del Regimiento, un oficial y un suboficial, con amonestaciones de 5 y 12 días respectivamente. Ver: Sanciones Disciplinarias a miembros de la Xma Brigada de Infantería, CEM, SHE.

Sin embargo, no todos los suboficiales testimoniantes se refirieron de la misma forma a los soldados conscriptos. La relevancia que la conscripción y las actitudes de los soldados adquirieron en las declaraciones de los suboficiales probablemente esté relacionada a dos cuestiones. En lo inmediato para la mayoría de los suboficiales la guerra había sido una experiencia prácticamente compartida con los soldados conscriptos y, por lo tanto, tenían más que decir sobre su actuación. En una duración más larga, los suboficiales eran quienes estaban en contacto cotidiano con los conscriptos mientras éstos realizaban el Servicio Militar Obligatorio en tiempos de paz, por lo que para ellos era una temática corriente.

Aunque los suboficiales no se denuncian entre sí, una diferencia notable con los testimonios de los oficiales, las diferencias en sus caracterizaciones sobre la actuación de los soldados conscriptos durante la guerra sugieren también fuertes líneas de tensión al interior del grupo. En líneas generales estos testimonios se dividen en tres grupos. En el primer grupo se encuentran quienes se quejaban, con mucha dureza, de la escasa edad, inmadurez, falta de patriotismo y prácticamente nulo conocimiento sobre el manejo de armamento de los soldados, y además los responsabilizaban a ellos mismos por su situación. Este es el caso por ejemplo del testimonio del cabo que inaugura el apartado, que declaró que los soldados sólo pensaban en comer y dormir. Un segundo grupo de suboficiales, quizás sabiendo que habría declaraciones negativas y contraponiéndose a esa interpretación, usaron el Anexo 4 para defender lo actuado y los “valores patrióticos” demostrados por los conscriptos. Entre ellos hay declaraciones como la de un cabo primero de 24 años que destaca la “absoluta responsabilidad de los s/c [soldados clase] 62 a pesar de ser muchachos jóvenes, donde a esa responsabilidad se le puede agregar todo su ímpetu y patriotismo para con su misión”.

Más allá de la percepción que pudieran tener sobre el valor o el desempeño de los soldados con los que les tocó compartir la guerra, un tercer grupo –compuesto mayoritariamente por los suboficiales más jóvenes- desplazó el problema y aprovechó este punto del formulario para transmitir reflexiones más amplias sobre el Servicio Militar Obligatorio. Sus experiencias bélicas y la interpretación que de ellas hicieron en la inmediata posguerra no sólo condujeron a estas personas a replantearse algunas de las características más tradicionales y aparentemente legitimadas que esta institución tenía. También los llevó a considerar que sus opiniones podían y debían ser escuchadas por sus superiores por provenir del campo de batalla, y por eso las escribieron con detalle. Un cabo primero de 23 años señalaba, por ejemplo, que

Cabe destacar que en conversaciones que he tenido con los soldados de mi sección llegue a la conclusión de que los s/c 62 de mi unidad no tendrían que haberlos llevado porque: la mayoría estaban licenciados hasta la baja y al resto le faltaban días para hacerlo, cosa que los llevó a cambiar de mentalidad, querían terminar pronto y aunque no lo decían creo que les importaba poco. Algunos soldados decían que les enseñe a usar el armamento que les fue previsto porque nunca lo habían visto o usado.

Pese a que muchos de los testimonios que se encuentran en este grupo se refieren a la insuficiente edad de los soldados conscriptos, lo cual los emparenta tanto al primer grupo de suboficiales como a los oficiales que hacían este tipo de observaciones, lo llamativo es que estos suboficiales no se refirieron a estas situaciones de una forma peyorativa sino reflexivamente. Un cabo primero de 24 años señaló, por ejemplo, que “fueron soldados clase 63 sin conocimientos(...) Observé en varias oportunidades que los soldados no fueron a defender nuestra soberanía como corresponde, sólo lo hicieron porque rige una ley”.

Lo que este tercer grupo de suboficiales se estabareplanteando era nada menos que la validez de destinar soldados conscriptos a la guerra, una idea que durante la guerra parecía fuertemente legitimada tanto entre los militares como en la sociedad civil en general (Guber, 2004), así como también si era válido convocar a ciudadanos que hubieran pasado por el Servicio Militar Obligatorio para defender la soberanía nacional, qué tipo de formación que se daba durante la conscripción, si cumplía la función de inculcar el deseo de defender la patria o no y cuál era su función en el presente o qué función debería tener⁴⁶. En cuestionamientos acerca de la eficacia con la que el Servicio Militar Obligatorio llevaba adelante algunos de los objetivos que tenía desde sus inicios: la formación de civilidad, el sentido de defensa de los valores nacionales y la masculinidad –asociada a la *argentinidad*- (Ablard, 2017).

Más de la mitad de oficiales y suboficiales del Regimiento de Infantería 3 consideraron, al llegar al Centro de Recuperación, que sus opiniones eran valiosas y merecían ser consideradas. También creyeron que la derrota y la posguerra eran un momento oportuno para introducir modificaciones y mejoras en la institución castrense, un escenario en que sus experiencias y las reflexiones que traían de la guerra tendrían

⁴⁶Durante la posguerra estos cuestionamientos (entre otros) aparecieron públicamente y circularon por distintos espacios. Probablemente su máxima expresión fue la conformación del Frente Opositor al Servicio Militar Obligatorio en movimiento de 1983 (Garaño, 2013). Es destacable, sin embargo, que el Frente no tenía el apoyo generalizado de las organizaciones de soldados ex combatientes de Malvinas ni de quienes habían regresado del frente de batalla.

un valor especial. Entre los oficiales prevalecieron las sugerencias que se refieren al Ejército en general, como la de un subteniente de 24 años que propuso “la necesidad de renovar la organización general del ejército, modernizar el material, equipo y armamento, reducir la cantidad de efectivos y profesionalizar a los mismos”. Aunque nadie puso en duda la necesidad e importancia de la conscripción, muchos suboficiales plantearon que sería mejor recibir varones más grandes e incluso algunos propusieron que durara menos tiempo. Considerando que la edad a la que debía realizarse el Servicio Militar Obligatorio había sido reducida de los 20 a los 18 años por la Ley 20428 de 1973 pero recién se había comenzado a aplicar en 1977, que una buena parte de los suboficiales -y también de los oficiales- se refirieran negativamente a la edad de los soldados era una explícita opinión negativa sobre una modificación que había sido implementada por la aún gobernante administración militar.

En estas primeras narraciones aparecen formas de identificación, solidaridades y disputas asociadas a las particularidades de las experiencias bélicas. Allí, también, hay marcas de rupturas tanto verticales como horizontales dentro de la unidad. Si por un lado hay elementos que permiten trazar horizontes claros entre oficiales y suboficiales, por otra parte es posible identificar indicios de otras diferenciaciones, que en algunos casos son sutiles pero no por eso menos potentes para minar las jerarquías al interior de la unidad. En cualquier caso, la guerra vivida por los oficiales y suboficiales del Regimiento de Infantería Mecanizado 3 parece haber sido distinta a la que habían imaginado, y por eso están pobladas de quejas y reproches. Su llegada al Centro de Recuperación, por ello mismo, está marcada por su propia agencia. Sus experiencias los habilitaban a realizar este tipo de declaraciones y les permitían extraer aprendizajes que les servían como insumo para elaborar e intentar transmitir no sólo ideas sobre sus propios futuros (personales y profesionales) sino también sobre el de la institución a la que habían elegido participar. En lugar de percibirse a sí mismos como quienes debían ser recuperados, estos oficiales y suboficiales se apropiaron desde su llegada al Centro del espacio y se consideraron quienes a partir de sus experiencias podían, en alguna medida, colaborar a recuperar a la institución castrense que los había formado y enviado no sólo al campo de batalla sino también a la derrota. Por eso sus opiniones, recomendaciones e ideas tenían lugar y valor.

II.IV. “Imaginar amenazas” o no cumplir “ninguna” misión: interpretar la guerra

Cuando llegaron al Centro de Recuperación y tuvieron que completar sus Actas, soldados conscriptos, oficiales y suboficiales del Regimiento de Infantería 3 se encontraron frente a un ítem, el 14.c, que les preguntaba por las “misiones de combate cumplidas”. Más allá de la intención de la pregunta –probablemente conocerlo actuado por la fuerza durante el conflicto–, algunos miembros del regimiento tomaron este espacio para expresar, incluso de forma provocativa, sus opiniones y emociones. Mientras algunos relataron sus experiencias de combate, otros declararon no haber cumplido ninguna misión, tacharon el espacio para respuesta o dejaron el ítem vacío. Un soldado conscripto de 19 años, por ejemplo, declaró que su misión había sido “imaginar amenazas”. Callar, para ellos, fue una decisión cargada de sentido. Sus palabras y sus silencios, vistos de cerca, insinúan las formas en las que ya en la más inmediata posguerra pensaban sus propias experiencias y proyectaban sus relaciones tanto entre sí como con sus superiores.

A diferencia del “Anexo 4”, sólo disponible para oficiales y suboficiales, todas las personas que ingresaban al Centro de Recuperación tenían que contestar el punto “14.c”. En sólo dos renglones y medio de espacio, era el único punto en que podían (y debían) expresarse sobre lo actuado durante la guerra. En este apartado propongo que los silencios aquí expresados fueron voluntarios y que su opacidad no sólo fue intencional sino que además probablemente estuvo dirigida hacia quienes leerían estas Actas, los más altos rangos del Ejército Argentino. Para demostrarlo intentaré restituir algunos de sus sentidos.

Entre las veinticuatro Actas de Recepción de oficiales, las ciento treinta y dos de suboficiales y las seiscientas treinta y tres de soldados conscriptos –todos ellos de entre 19 y 22 años–, hay cuatro grandes tipos de respuestas a la pregunta sobre las misiones cumplidas. En primer lugar, las que se concentran de forma “positiva” en lo realizado en las islas. En ellas declaran que la misión cumplida fue garantizar la defensa, ocupar las posiciones o desarrollar alguna tarea puntual como enfermeros, telefonistas o estafetas, entre otras. El segundo grupo de respuestas refiere exclusivamente a los combates de la última noche en las islas. En tercer y cuarto lugar, las “negativas” a responder: los silencios –la palabra “ninguna” como respuesta, el espacio previsto para responder tachado o simplemente el espacio vacío– y las respuestas que denominaremos provisoriamente “provocativas”, tales como la frase “nos imaginamos combates”.

El primer tipo de respuestas fue mayoritario entre los oficiales y preponderante entre los suboficiales y los conscriptos. En total, el 65% de los miembros del regimiento

dieron este tipo de respuestas. Dentro de este porcentaje se encuentran todos los miembros de la compañía A -de todos los rangos- que no sólo dieron respuestas “positivas” sino que éstas fueron del segundo tipo porque se refieren a los combates en los que participó el grupo. El 35% restante de los suboficiales y soldados conscriptos dieron respuestas del tercer tipo, y a ellos se les sumó sólo un oficial -uno de los más jóvenes del regimiento-. Todos ellos pertenecían a las compañías que no habían entrado en combate directo (la B, la C, la de Comando y la de Servicios). El cuarto tipo de respuestas sólo fue dado por soldados conscriptos de la Compañía B.

Aunque a partir de esta clasificación parecen muy diferentes, todas las respuestas tienen una finalidad común: auto eximirse de la responsabilidad de la derrota y la desposesión. Todas las respuestas, explícita o tácitamente, suponen un distanciamiento de la toma de decisiones y responsabilidades. Esto podría anticipar otro fenómeno que se vivió al interior del Ejército Argentino durante la posguerra, narrado como la “indiferencia” y “malos tratos” recibidos, al regreso, por parte de militares que no habían ido a la guerra y responsabilizaban a los que sí estuvieron allí por la derrota (Balza, 2013). Aunque no podemos fechar el inicio de este fenómeno, si era previsible para los recién llegados, ni tampoco si tenía algún tipo de antecedentes, la relación entre ambos es notable.

Por otra parte, aún si podemos intentar sistematizar las respuestas que dieron en cuatro grandes tipos, su variedad y múltiples escrituras son huellas de las distintas personas que, en esa situación, eligieron sus propias palabras. La presencia de grupos de respuestas especialmente similares entre personas de distintas jerarquías sugiere, en esta misma línea, o bien experiencias análogas o bien que hubo acuerdos sobre qué respuestas dar. Ambas posibilidades advierten sobre el activo rol que tomaron estas personas al momento de completar estos formularios y tensan, al mismo tiempo, la estricta división institucionalmente establecida entre rangos.

Las respuestas “negativas” y los silencios que produjeron alrededor de 280 personas –un poco más del 35% de miembros del regimiento- pueden ser interpretados de distintas formas. Aquí propongo cuatro: como enojo o decepción por no haber vivido situaciones de combate “cuerpo a cuerpo”, como ironía o provocativamente por el malestar vivido durante la guerra, como resultado de la genuina incapacidad para dar cuenta de lo vivido o incluso como expresión de una voluntad de olvido.

La primera opción considerada, un “ninguna” que expresaría enojo o decepción por la falta de combate, se funda en ideas y valores propios de la institución castrense. Al

interior del Ejército Argentino prevalecía, al menos en ése momento, una fuerte relación entre las ideas de guerra y combate “cuerpo a cuerpo”. Algunos trabajos ya identificaron este tipo de sensaciones de impotencia, molestia, decepción e incluso profundo enojo manifestadas por oficiales argentinos que durante el conflicto en Malvinas no tuvieron la posibilidad de combatir debido a que sus unidades se encontraron permanente asediadas, sin capacidad o sin posibilidad de responder a los ataques. Un caso paradigmático fue estudiado por Lorenz (2015): de acuerdo con los testimonios que él estudió, durante los primeros meses de la posguerra la deposición de las armas sin haber combatido era interpretada por los oficiales enviados a la Isla Gran Malvina como un grave compromiso de su honor militar. Dado que los miembros del Regimiento de Infantería Mecanizado 3 pertenecían a la misma institución durante el mismo período de tiempo y probablemente habían recibido formaciones análogas –y aun si se tiene en cuenta que la educación de oficiales, suboficiales y soldados conscriptos fuera distinta y ocurriera en distintos lugares-, considero que esta acepción de “ninguna” es factible. En esta línea declararon dos soldadosconscriptos de diferentes compañías. Uno anotó “ninguna, no hubo posibilidad de hacerlo”, y el otro redactó un breve “no tuve contacto con el enemigo”, asumiendo ambos que la misión de combate se vinculaba únicamente al enfrentamiento cara a cara. Parece reforzar esta hipótesis, asimismo, un testimonio del que sí disponemos, el del único oficial del Regimiento 3 que contestó “ninguna”: ese subteniente de 21 años también decidió agregar más información en su “Anexo 4” –el punto del anterior apartado- y allí declaró que “(había) espíritu de combate de nuestra tropa, pero pocas posibilidades de demostrarlo debido a que no se pudo combatir, por el frente en que nos encontramos”. Esta acepción del silencio supone, al menos parcialmente, la responsabilidad de los superiores. Ellos sí habrían tomado las decisiones acerca de la distribución de las unidades, su movimiento y eventualmente también de la rendición.

El silencio irónico y provocativo, la segunda acepción evaluada entre las respuestas negativas, podría constituir una forma de protesta –sorda, sutil- por lo vivido durante de la guerra. La profunda molestia no sólo por la falta de combate sino también -y acaso fundamentalmente- por las extremas condiciones de vida que habían tenido que soportar durante los meses que duró la guerra bien pudieron haberse expresado en la decisión de declarar no haber tenido ninguna misión encomendada o simplemente no haber hecho nada (más que soportar las inclemencias del clima, los bombardeos y los problemas logísticos). Probablemente a esto se sumara el enojo que muchos miembros del

regimiento traían por la ausencia de sus superiores en las posiciones “de primera línea”, como observamos en el apartado anterior. “Ninguna” también podía significar, en un sentido irónico, que habían tenido que hacer todo solos pues nadie les había apoyado ni ayudado durante esos meses. Quizás precisamente eran esas experiencias de guerra las quedaban motivos (y valor) para desafiar la orden de dar respuesta y optar por un silencio fuertemente cargado de sentido. Una posible variación de esta acepción se vincula al tono “burlón” que la negativa a responder podría implicar. En cualquier caso, estos “ninguna” encarnan al mismo tiempo la propia frustración y una provocación hacia los superiores.

Sobre el tercer y cuarto sentido que la evasiva a responder podría encarnar, que refieren a la dificultad para dar cuenta de lo vivido durante la guerra o bien a la expresa voluntad de no recordar, no podemos encontrar en esta documentación otros indicios. Esta imposibilidad, sin embargo, no es suficiente para descartar que hubiera personas que no podían en la más inmediata posguerra enunciar las misiones cumplidas justamente debido a lo vivido durante la guerra. La “voluntad de olvido”, una de las actitudes preponderantes descrita por Bourke (1999) entre quienes regresaron de la guerra durante el siglo XX, supondría también una postura activa de los testimoniados.

Quienes dijeron haber “imaginado combates” o “imaginarnos amenazas”, las declaraciones que aquí caracterizo como provocativas, podrían ser ubicadas en cualquiera de los dos primeros subgrupos y caracterizadas como expresión de enojos y/o frustraciones. Es llamativo, sin embargo, que sólo soldados conscriptos dieran estas respuestas en las que aparece la palabra “imaginar”. En la jerga militar se conoce como “imaginarias” a las guardias nocturnas realizadas por los conscriptos. Así se las llamaba porque son momentos de alta tensión, responsabilidad y soledad durante los cuales quien monta la guardia está susceptible a imaginarse peligros. Esta forma de referirse a la guerra, por ello, podría estar asociada a las guardias efectivamente realizadas en condiciones adversas y, además, traza firmes líneas de continuidad entre las experiencias bélicas de al menos algunos soldados conscriptos y sus experiencias de la conscripción en los regimientos. Es posible, finalmente, que como producto de del estrés de la guerra, la falta de comida y descanso y los incesantes bombardeos hubiera quienes realmente imaginaron amenazas o creyeron que comenzaban los combates.

Las formas en que oficiales, suboficiales y soldados conscriptos interpretaron sus propias experiencias se relacionan con las expectativas e ideas sobre la guerra con las que llegaron a Malvinas. Esto no sólo es válido en relación a las representaciones

culturales de larga duración sobre la guerra sino también a la formación castrense. En relación a lo primero se ha señalado que, al menos en occidente, luego de la Primera Guerra Mundial -y, más adelante, en relación a la Segunda Guerra Mundial y a la Guerra de Vietnam- una vasta cantidad de producciones literarias, films e imágenes fotográficas y pictóricas fueron modelando formas de representación de la guerra a nivel internacional. Las representaciones de los heridos y mutilados como símbolo del impacto de las guerras en el siglo XX llegó a la Argentina y, como demostró Lorenz (2017) fue fundamental a escala local para procesar a los propios heridos que retornaban de Malvinas. Tan es así que algunos miembros del regimiento que nos ocupa relataron que, en las contadas oportunidades que pudieron enviarles cartas a sus familiares, las únicas herramientas que tenían para describir lo que estaban viviendo era recurriendo al código compartido de las escenas o situaciones de películas bélicas internacionalmente famosas (Lorenz, 2017). Para evaluar el componente asociado a la formación castrense sería necesario un exhaustivo análisis tanto de los planes de estudio como de las experiencias de los miembros de (por lo menos) las cohortes de oficiales, suboficiales y soldados conscriptos enviados a las islas para aproximarnos con algún grado de precisión a las ideas de combate, defensa y guerra que se transmitían. Considerando el contexto altamente belicista en que se encontraba el Ejército Argentino en 1982 no es exagerado asumir, sin embargo, que la guerra y el combate tendrían un rol preponderante⁴⁷. Teniendo en cuenta que la mayoría de los miembros del Regimiento 3 no vivió situaciones de combate directo como las representadas por películas, novelas e imágenes, ¿podrían estas respuestas negativas sugerir que estas personas no estaban interpretando, durante la inmediata posguerra, su propia experiencia como bélica?

La relación entre la guerra y el así llamado “combate cuerpo a cuerpo” no sólo fue forjada por las representaciones culturales sobre la guerra y la circulación de testimonios de millones de ex combatientes de otras guerras del mundo. Para evaluar la propia experiencia también fue fundamental la comparación entre pares. Joanna Bourke, estudiando la Primera y Segunda Guerra Mundial y la de Vietnam, describió un “mito del guerrero” que, desde su perspectiva, condicionó el modo y momento a partir del cual los nuevos reclutas comenzaban a “sentirse como verdaderos soldados” (Bourke, 1999,

⁴⁷Dentro del campo de estudios socioculturales sobre la guerra en Argentina existen distintas posiciones acerca de la preparación que tenía el Ejército Argentino en 1982 para una guerra regular e internacional. Sobre la preponderancia de la hipótesis de conflicto centrada en la noción de “enemigo interno” ver Lorenz (2006, 2011). A propósito de la formación del Grupo de Artillería 3 en el período anterior a la guerra de Malvinas, ver Soprano (2018, 2019, 2020).

p42). Como parte de este “mito” Bourke ubica la experiencia de combate “cara a cara” y, además, las actividades que requieren un gran conocimiento técnico y/o implican alto riesgo, como el caso de los pilotos de guerra o los francotiradores. Andrea Belén Rodríguez, a propósito de la historia de los miembros del Apostadero Naval Malvinas durante la posguerra argentina, también describió una lógica de “jerarquización de vivencias a partir del dolor, el sufrimiento y la cercanía a la muerte” (Rodríguez, 2020, p.306). En esta línea, es especialmente llamativo que todos los silencios hayan sido producidos por miembros de compañías y secciones que no entraron en combate directo. A la inversa, todos los miembros de la Compañía A consideraron que las “misiones de combate cumplidas” por las que se les preguntaba se restringían al enfrentamiento cara a cara. Aunque sólo ocurrió durante los últimos días del conflicto fue juzgado como más relevante que todas las otras acciones que ellos mismos también habían realizado durante toda la contienda. En sus narraciones, su experiencia bélica se funde con el combate directo. Paradójicamente, éstas son también las respuestas más extensas aunque refieren a un lapso de tiempo considerablemente menor que el resto - días contra meses-. Si estas últimas respuestas se encuentran en un extremo de lo que el propio grupo en su conjunto parece valorizar, quizás quienes dieron respuestas negativas se veían a sí mismos en el otro.

Las Actas de Recepción del Regimiento 3 salieron del Centro de Recuperación divididas en tres carpetas diferentes que las clasificaban según su jerarquía (oficiales, suboficiales y soldados conscriptos). Las respuestas que estas personas elaboraron al regreso de la guerra, sin embargo, ponen a prueba los límites de esa burocrática división por carpetas y hacen evidente que las experiencias de guerra generaron solidaridades, disputas y jerarquías que en lugar de basarse en la compartimentalización formal de los rangos se fundaba en la comparación de sus experiencias y su valoración diferencial a partir de diversas nociones acerca de qué es la “verdadera” guerra y qué dolores tienen más valor. Las distintas formas que estas personas encontraron para responder negativamente a un punto obligatorio demuestran, asimismo, que al menos algunas de ellas no tomaron una actitud pasiva en su propio proceso de recepción ni aceptaron todas las imposiciones y/o propuestas oficiales. Por el contrario, hacen evidente que existieron grados variables de apropiación de este proceso y que la propia experiencia en el Centro de Recuperación tuvo un lugar relevante en él.

II.V. “No ponernos la ropa nueva”. Experiencias del Centro de Recuperación

Para los miembros del Regimiento 3 los días dentro del Centro de Recuperación no transcurrieron exactamente como se había planificado. El espacio diseñado por las mismas autoridades que habían dirigido la contienda bélica fue habitado, al menos por algunos de ellos, con fuertes tensiones y resistencias. El Centro no sólo fue un espacio intermedio entre los bombardeos y el “retorno” a sus vidas civiles y militares sino también un espacio de experimentación en el que elaboraron formas de actuar en base a cómo habían vivido en las islas, cómo los estaban recibiendo y cómo imaginaban que sería su vida luego. Por eso allí se expresaron tanto las disputas que las experiencias bélicas habían generalizado como también las solidaridades y fuertes vínculos emocionales que habían producido.

Un oficial que en 1982 era subteniente del Regimiento de Infantería Mecanizado 3 relata, en su propio libro editado sobre la guerra, que al llegar al continente la forma en que los trasladaban le recordaba a un traslado de prisioneros. En ése preciso momento recuerda haberse preguntado “¿Qué pasa? ¿Por qué no hay nadie? ¿Nos van a llevar a un campo de concentración por haber perdido?” (Forti, 2007, p. 177). Este oficial estaba pensando su propia experiencia como parte del contexto mayor en el que vivía antes de la contienda. En su recuerdo al ver que pese al secretismo alentado por la institución castrense alrededor de Campo de Mayo se había concentrado un gran número de personas que preguntaban por sus familiares que habían ido a combatir esa opción dejó de ser posible “aunque buscaron un equivalente: nos encerraron. La vieja Escuela Sargento Cabral fue la sede de 4000 hombres hambrientos de respuestas. Ahí, entre gritos y discursos que nadie escuchaba, trataron de organizarnos” (Forti, 2007, p. 182).

La sensación de ser prisioneros del Ejército al que pertenecían y el trato que recuerda Forti parece ser una clave de lectura relevante de sus propias experiencias, ya que también es referida por un capitán del mismo regimiento. Este oficial narró que, al llegar al aeropuerto de El Palomar -provincia de Buenos Aires-:

abrieron la puerta del avión y lo primero que veo es un reflector de la segunda guerra mundial, enfocándonos directamente a nosotros. La sensación, era de estar prisioneros. Nos recibió un jefe de la policía militar 201 -Campo de Mayo. A los gritos, con megáfono y nos ordenó marchar en columna. (Ceballos, 2012, p. 96)

Desde la perspectiva de Omar Olsiewich, que en 1982 era soldado conscripto, el momento preciso de la recepción en Campo de Mayo no sólo fue igual de árida sino que también inició disputas:

Nos recibió el director de...Campo de Mayo...y el chabón empezó a hablar...¡Y lo empezamos a putear todos! A chiflar, qué se yo, “eh, hijo de puta”, qué se yo, pum pum pum, y habló dos palabras más y dice “bueno, buenas noches”, y se fue. (Lorenz, 2006, p. 138)

Tal cual lo relatan algunos de sus protagonistas -aparentemente más allá de sus jerarquías-, al menos para algunas de las personas que se alojaron en el Centro de Recuperación la llegada no fue ni tan pacífica ni tan ordenada como se podría haber deducido de lo que indicaba la normativa que lo regulaba. Como durante la guerra, la falta de información pudo haber sido uno de los motivos de inconformidad generalizada que profundizó, además, la sensación de estar apesados: recién se enteraron que iban a Campo de Mayo una vez que aterrizaron en el aeropuerto de El Palomar y comenzó el traslado a ése destino. Antes, todo lo que se sabía era “que volvíamos a Buenos Aires, pero no a dónde nos llevaban”⁴⁸y, como era habitual, la poca información que circulaba lo hacía como “radiopasillo” y rumores.

El tipo de prácticas previstas y el trato recibido contribuyeron en el mismo sentido. Ángel Ceballos, un oficial que fue a la guerra como encargado de Personal, relata que después de llegar hubo un momento para bañarse tras el cual “nos llevaron al depósito de ropa en calzoncillos y camiseta (como presos). Pasamos por un gabinete para contestar algunas preguntas. Nos realizaron una revisión médica”(2012: p.97). Para quienes habían ido a combatir en defensa de la soberanía nacional el trato que estaban recibiendo se interpretaba como una “degradación” porque se percibía como “de prisioneros”. Esto, sumado a lo invasivo e incómodo que podía resultar que los hicieran trasladarse con poca ropa en pleno invierno –considerando la situación de la que venían- habla de la institución que los recibió pero también de cómo estas personas creían que merecían ser recibidas. Si sus experiencias bélicas los habilitaban a contestar a su gusto los formularios oficiales y a elaborar recomendaciones a la institución militar, también les permitían imaginar su propia recepción o, al menos, reaccionar frente a aquello que estaban viviendo. Más allá de la derrota (porque las experiencias que forjaron estas sensaciones van más allá del resultado de la contienda y tienen que ver con el día a día en las islas), estas prácticas y tratos evidentemente distaban de los que imaginaban o creían que les correspondía. Sus experiencias, en este sentido, también eran la base

⁴⁸Entrevista Miguel Ángel Trinidad, junio 2022.

sobre la cual ponderaban su propio presente y las prácticas del Ejército que los había mandado a la guerra hacía más de 70 días y ahora los recibía de vuelta.

La sensación de reclusión o de ser tratados como prisioneros se alterna con otra vivencia del Centro de Recepción que tiene que ver con los intersticios de libertad que muchos de ellos mismos creaban tanto individual como colectivamente. Para Miguel Ángel Trinidad, que fue a la guerra como soldado conscripto del Regimiento de Infantería Mecanizado 3, la llegada a la Escuela Sargento Cabral implicó un antes y un después:

Ahí la vida empezó a cambiar. Las rencillas pendientes de la guerra empezaron a aflorar, porque ahí es cuando empiezan algunos oficiales a darnos órdenes de una manera muy pero muy autoritaria y a vos te importaba un carajo (...) ahí aforaron los tipos que tenían un buen vínculo con los subalternos y los que tenían mal vínculo. Yo por ejemplo tenía un sargento que yo se la tenía jurada durante la guerra.⁴⁹

Estos espacios de libertad se asociaron a la posibilidad de hacer lo que ellos mismos eligieran hacer, aunque esto fuera desconocer órdenes de superiores e incluso insultarlos, actuar diferente a lo dispuesto, simplemente decidir no participar de las actividades propuestas o dirimir disputas que se habían forjado durante la contienda.

Durante la estadía en Campo de Mayo, en relación con lo anterior, se expresaron procesos de forma simultánea. Por un lado se consolidaron las diferencias y problemas que existían entre quienes habían ido a la guerra –disputas verticales y horizontales que se basaban precisamente en lo que había ocurrido allá-. Por otra parte, sin embargo y más allá de las disputas que trajeran del campo de batalla, se produjo una especie de complicidad o vínculo más o menos generalizado entre todas aquellas personas que habían estado en las islas. Esta sensación de cierto hermanamiento se forjó en oposición a los modos en que los trataban quienes no habían ido a la guerra (y se encargaban del proceso “de recuperación”). El primero de estos procesos se materializó en la resolución –por cualquier vía- de conflictos que habían quedado “pendientes” durante la contienda. Con esto se relacionan los relatos de peleas, de insultos u otros intercambios de distintos grados de violencia entre quienes regresaban

La única vez que me agarro a piñas durante la guerra fue en Campo de Mayo, habíamos discutido en el Canberra. Es decir, Campo de Mayo fue el momento de

⁴⁹Entrevista Miguel Ángel Trinidad, junio 2022.

catarsis, insultar a quien tenías que insultar, decir lo contenido, y también de reconocer lo que había que reconocer.⁵⁰

Al mismo tiempo, sin embargo, fue uno de los primeros momentos en que se hizo evidente que existían diferencias muy fuertes entre todos aquellos que habían ido a la guerra y quienes no habían pasado esa experiencia. Más allá de sus grados militares e incluso traspasando las diferencias entre las experiencias asociadas a cada posición o contingencias de la contienda, algunas de las personas que regresaron recuerdan las caras o expresiones de los “oficiales [que los recibían] de “qué hago con estos locos”, ahí se producen rispideces, incluso entre nosotros y nuestros oficiales y suboficiales con ellos.... Nos sentíamos como “los marcianos”⁵¹.

La sensación de que extrañeza e incompreensión por parte de quienes no habían ido a combatir en algunos casos también se emparenta con aquello que otros narran como sensación de ser “prisioneros” del propio ejército. Según estos testimonios, la diferenciación entre un “nosotros” y un “ellos” que separaba como por unabismo las diferencias entre quienes habían participado de la contienda y quienes no lo habían hecho estaba reforzada por las medidas de “seguridad” que se aplicaban sobre los regresados durante su estadía en el Centro de Recuperación:

El personal militar que no había ido a la guerra nos empieza a mirar raro, teníamos en las puertas de donde estábamos soldados con fusil, lo que te indica que éramos considerados personas con algún grado de peligrosidad⁵²

Más allá de si fueron o no tratados como una alteridad a la que había que mantener aislada, examinar y entrevistar para tratar de comprender, como se deduce de los testimonios, las personas que habían vuelto de la guerra sin importar su grado o condición de participación comenzaron a encontrar formas de resistirse a estos tratos y marcar, ellos también, su propia agencia. El mismo día de la llegada y en un salón en el que sólo había conscriptos –como se mencionó, de acuerdo a la normativa las personas de diferentes jerarquías permanecían en espacios separados- recuerda Olsiewich que

nos traen todos los uniformes nuevos...borceguí nuevo...Dijimos: ¡Pero estos son unos hijos de puta! Mi borceguí estaba abierto desde acá hasta acá, un mes estuve así, y te entraba agua, te entraba todo, ¿y ahora me dan este nuevo? Nos pusimos de acuerdo de no ponernos la ropa nueva. Y nos fuimos todos...hicimos la revisión con la ropa vieja, viste, la que tuvimos allá...Ellos ya, enseguida, cuando estuvimos en

⁵⁰Entrevista Miguel Ángel Trinidad, junio 2022.

⁵¹Entrevista Miguel Ángel Trinidad, junio 2022.

⁵²Entrevista César Trejo, junio 2022.

Campo de Mayo empezaron a hacerse otra vez los milicos. Tuvimos dos agarradas, y no jodieron más. (Lorenz, 2006, p. 139)

Frente a lo que interpretaban como un intento por silenciar o desdibujar la guerra y sus efectos, la negativa de por lo menos un grupo de soldados conscriptos del regimiento 3 a cambiarse la ropa de combate que traían desde las islas puede ser interpretada como una resistencia a que se borren las marcas físicas, exteriores y más visibles de la guerra. Si por un lado la provisión de ropa limpia y en buenas condiciones puede ser interpretado como un genuino ofrecimiento para que estas personas estén en condiciones dignas de higiene, por otra parte podría ser interpretado como un intento por ocultar las condiciones en las que habían combatido los argentinos enviados a la guerra y algunos de los problemas de equipamientos que tenían y el estado de sus vestimentas hacían explícito.

Entre lo que los miembros de la fuerza pretendían que se hiciera y lo que realmente se hacía estaban las experiencias bélicas, las conclusiones que quienes habían ido a la guerra comenzaban a sacar sobre el ejército y algunos de sus miembros y, también, los aprendizajes que habían hecho. En relación con eso, es notable el espacio que se reservaban de autonomía aún en este contexto, así como también de su propia autodeterminación e incipiente capacidad de actuar colectivamente.

Esta dimensión colectiva o de rudimentaria organización de sus respuestas ante las actitudes, requerimientos y características del dispositivo de recepción se expresó tanto frente a lo que se disponía (como el cambio de ropa) como así también frente al propio personal superior del Ejército. Un episodio condensa varias de las cuestiones mencionadas:

Yo recuerdo la etapa de Campo de Mayo como la primera insubordinación. Un día vino un tipo que era un oficial, que era de alta graduación, entró en la cuadra donde dormíamos. Algunos estaban en las camas y otros estábamos despiertos, volvíamos del comedor o de dar una vuelta por ahí. Y el tipo vino y nos quiso hacer formar...al principio nos formamos, sin mucha disciplina, pero nos pusimos a escucharlo. El tipo, no recuerdo bien los conceptos pero era en tono de arenga que nos empezó a hacer recomendaciones, como a querer disciplinarnos. Y el tipo no había estado, creo que él mismo había hecho mención de que no había ido a la guerra. Y entonces recuerdo que alguien lo puteó. Era una cosa rara, porque nunca hacíamos eso durante el año militar, eso tenía consecuencias graves. Pero uno lo puteó, y después otro y empezamos todos. Y el tipo se puso furioso a los gritos pero fue una insubordinación generalizada. Hasta lo empezamos a amenazar de que lo íbamos a cagar a trompadas si no se iba y al tipo

no le cupo otra cosa que tomárselas, porque ya alguno empezaba a acercarse físicamente. Así que el tipo se tuvo que ir. Eso lo recuerdo bien porque era una situación muy extraño. Y el comentario era “¿este tarado se la quiere venir a mandar, no estuvo en la guerra y nos quiere venir a decir lo que hacer? Pero que se vaya a la ...” eso nos sorprendía a nosotros mismos porque no era normal.⁵³

La “insubordinación” que recuerda y relata Trejo –que durante su estadía en el Centro de Recuperación era soldado conscripto- pone de manifiesto de varias formas el carácter experimental que tuvo el paso por Campo de Mayo. Allí, quienes volvían de la guerra pusieron a prueba su propia capacidad de actuar (individual y colectivamente) y de oponerse a (algunos de) los requerimientos oficiales aún pese a la posibilidad de que sus acciones pudieran ocasionarles “consecuencias graves”. En el camino, fueron redimensionando la posibilidad de que hubiera consecuencias que, paulatinamente y en comparación a lo vivido durante la contienda, ya no eran (tan) temidas. En relación con esto, el Centro de Recuperación también puede ser interpretado como uno de los primeros espacios en los que se “midieron fuerzas” y donde al menos algunos de quienes volvían de la guerra comenzaron a reconocer que, actuando juntos, podían correr los límites de lo permitido e incluso imponerse frente a los representantes de la institución militar.

Expresiones como “habló dos palabras más y se fue”, “tuvimos dos agarradas, y no jodieron más” o “al tipo no le cupo otra cosa que tomárselas” son testimonio de la degradación que por entonces (y como producto de lo vivido durante la guerra) operaba sobre los altos rangos de los miembros de la fuerza pero, a la vez, de cómo algunos de quienes volvían comenzaban a reconocer sus propias capacidades colectivas. Las experiencias de guerra tuvieron un lugar clave en este proceso porque, además, comenzaban a constituirse como un fuerte componente identitario que trazaba una frontera dentro de la cual se encontraban quienes estaban alojados en la Escuela de Suboficiales Sargento Cabral por aquellos días.

Si, como recuerda un conscripto, “mientras estás allá no pensás en cómo va a ser el futuro porque no sabés si vas a volver, si vas a sobrevivir”,⁵⁴ estos primeros episodios ponen de manifiesto que el Centro de Recuperación fue un espacio en el que los futuros posibles comenzaron a tener cada vez más lugar. En relación con esa dimensión de porvenir se estabilizaron los lazos forjados durante la contienda y se evidenció el valor y

⁵³Entrevista César Trejo, junio 2022.

⁵⁴Entrevista César Trejo, junio 2022.

potencial de estar organizados. Quienes durante algunos días dormían juntos en Campo de Mayo estaban empezando a interpretar la guerra a la luz de sus procesos de recepción y en relación a lo que comenzaban a ensayar, conocer e imaginar acerca de cómo sería su relación con el “después”.

Los límites y la seguridad del Centro establecidos por la normativa oficial también fueron parcialmente permeables. Si bien -como exploraré en el siguiente capítulo- la prensa se mantuvo alejada de lo que ocurría en Campo de Mayo por aquellos días, hubo quienes pudieron traspasar tanto las barreras físicas como el secretismo institucional de un espacio tradicionalmente cerrado para los civiles. Fue el caso de los familiares de algunos de los regresados que se agolparon en los alrededores de Campo de Mayo. En un contexto en el que los rumores circulaban más que la información, hacerse presentes en los alrededores del predio era, para ellos, la mejor oportunidad de saber sobre quienes habían marchado a la guerra. Aunque las puertas estaban cerradas y en la prensa no se hablara de ellos, eventualmente lograron traspasar las rejas para encontrarse con sus seres queridos.

Pero no todo fue resistencia. Mientras tanto, en el Centro también se sostenía la rutina y allí continuaban ocurriendo varias de las cuestiones que se habían planificado para la recepción. Por eso se les realizó, a todas las personas que llegaban, una entrevista personal en la que se esperaba que dieran respuesta sobre lo vivido durante el conflicto. Esa entrevista, sobre la cual la normativa no brinda ningún tipo de detalle, aparentemente daba como resultado una o varias hojas que el testificante debía firmar -documentos que, por otra parte, no se encuentran entre la documentación desclasificada-. De acuerdo a los testimonios recolectados, se trataba de entrevistas llevadas a cabo por tres o cuatro personas que se sentaban de frente al entrevistado (que ingresaba a la sala solo). Durante esa reunión que duraba alrededor de 10 minutos y en la que sí se esperaba que los testificantes dijeran todo lo que pudieran o quisieran, los representantes del Estado realizaban la “recomendación” de no hablar de sus experiencias fuera del ámbito militar. En sus palabras:

Entrábamos a una oficina y nos enfrentábamos a tres personas que no estaban identificadas, ahí nos hicieron una entrevista donde teníamos que responder. La recomendación verbal que nos hacían era que tuviéramos prudencia al hablar con los civiles, que no nos iban a entender, que nuestras palabras podían ser usadas o mal usadas por algunos sectores, como una advertencia de silencio. Yo no lo viví en absoluto como muy intimidatorio, lo viví como un trámite pero por adentro mía sentía

“si si si, andá a cagar, dónde hay que firmar y váyanse a cagar” lo recuerdo como un trámite y lo que ellos decían no me llegaba como una cosa intimidatoria. Pero algunos compañeros sí lo recuerdan como algo muy intimidatorio, era una situación evidentemente para intimidar⁵⁵

Tal como aparece en este y en otros relatos, la entrevista buscaba recopilar más información que la contenida en las Actas de Recepción. La recomendación de silencio expresaba un contrapunto radical entre la pretensión oficial de que los entrevistados dijeran con el máximo detalle posible todo lo que recordaban sobre la guerra para que la institución pueda conocerlo y la recomendación de no decir nada para con el resto de las personas. Este contrapunto se edificaba sobre otra diferenciación (también radical): aquella que existía entre el ámbito castrense y el civil –una diferenciación que, como mencionaré en el siguiente capítulo, también fue subrayada y explotada por los medios de comunicación- y colocaba a la experiencia bélica como solo comprensible dentro de uno de ellos (el castrense). Los conscriptos, en relación con esta contraposición, quedaban en un lugar intermedio e indefinido porque sin ser parte del ejército ni de las fuerzas habían vivido una experiencia que aparentemente sólo era aprehensible por el cuerpo de profesionales de la guerra. Si efectivamente esta era una instancia en la que además de conocer con el máximo detalle lo ocurrido durante la contienda quienes dirigían la institución militar pretendían contener o limitar la circulación de sus testimonios en otros espacios públicos y privados por fuera de su alcance, es evidente que como si en alguna medida este objetivo se logró dicho éxito no fue sino con fuertes limitaciones. Como indagaré en el próximo capítulo, tan pronto como los miembros de este regimiento salieron de Campo de Mayo hubo oficiales, suboficiales y soldados conscriptos dispuestos a hablar con la prensa (aunque, como también se verá, lo hicieron resguardando sus identidades).

Algo análogo ocurrió con el desarrollo de las actividades que habían sido planificadas y para las que día a día se recibían donaciones y mercadería: muchas de las personas que transitaban el Centro de Recuperación del Personal de la Fuerza (de todas las jerarquías) no consideraron que fueran ni obligatorias ni atractivas y ni siquiera interesantes, y por eso su decisión fue directamente no participar en ellas.

Había actividades de aire libre, yo creo que no eran obligatorias, la verdad que no recuerdo salas de lectura ni haberme agarrado un libro ni revista ni nada. Era en todo

⁵⁵Entrevista César Trejo, junio 2022.

caso dar vueltas por el predio, la unidad, y esperar ansiosamente el reencuentro con las familias⁵⁶

Más allá de la intención que el Estado y el Ejército tuvieran con las actividades que proponía, aparentemente quienes volvían de la guerra preferían “andar deambulando”⁵⁷ o “dar una vuelta por ahí”⁵⁸, en un tiempo que aparecía como intermedio y extraño. La intencionalidad oficial de gestionar el tiempo y el espacio de regreso evidentemente se vio fuertemente condicionada por lo que estaban dispuestos a hacer realmente quienes retornaban de la guerra, para quienes en ese momento “la ansiedad de volver a casa era lo principal, solamente queríamos estar en casa”⁵⁹. Y frente a esto parecía apoderarse de la mayoría la sensación de estar cumplimentando un período de “burocracia que lleva mucho tiempo resolver”⁶⁰ de “trámites” que producían fastidio, ansiedad y eran poco comprendidos.

Si las actividades detalladas en la normativa y en los documentos oficiales no parecen formar parte de los recuerdos más claros de los días en el Centro de Recepción, algo que sí es recordado con intensidad por quienes pasaron por allí curiosamente no formaba parte ni de lo planificado ni de lo documentado y es que

Era notoria la abundancia de comida. Fue un choque muy grande ese, recuerdo las bandejas llenas de comida, las grandes ensaladeras, era pantagruélico. En los comedores todo era abundancia. A la distancia uno lo recuerda y dice bueno, claro, nos querían engordar...yo lo recuerdo como “el engorde”, todos veníamos flacos, muy flacos...⁶¹

La idea de que el paso por el Centro de Recuperación tenía que ver con “el engorde” está bastante extendida entre quienes estuvieron algunos días por este lugar. En sus registros, sin embargo, esa “abundancia” de alimentos no se contrapone a la sensación que varios de ellos mismos refieren de sentirse “prisioneros” sino que, por el contrario, intensifica la sensación de ocultamiento. Similar al caso de la vestimenta, el secretismo en ese caso podría tener que ver con las condiciones en las que se dio la guerra y en sus efectos sobre los cuerpos de quienes habían regresado y entonces sí tendría como destinataria principal a la población civil. Al respecto es llamativo que, como mencionamos en el capítulo anterior, en ningún lugar de la normativa ni de lo

⁵⁶Entrevista César Trejo, junio 2022.

⁵⁷Entrevista Miguel Ángel Trinidad, junio 2022.

⁵⁸TrejoEntrevista César Trejo, junio 2022.

⁵⁹Entrevista Miguel Ángel Trinidad, junio 2022.

⁶⁰Entrevista César Trejo, junio 2022.

⁶¹Entrevista César Trejo, junio 2022.

documentado por el ejército aparece ninguna indicación sobre la comida, no hay registro de su procedencia, de quiénes la prepararían ni cómo. Su ausencia en los papeles contrasta con lo vívido del recuerdo que al respecto aún hoy tienen quienes allí se alojaron.

Aquellos dispositivos de seguridad, reclusión, esparcimiento y cronogramas que el Ejército Argentino había planificado para su “recuperación” no fueron sólo cuestionados y resistidos por algunos soldados conscriptos. Resaltando lo infructuoso de los intentos institucionales por restablecer los criterios de autoridad asociados al rango (y desarticular solidaridades el conflicto había forjado), el oficial Dardo Forti recuerda que desde que llegaron al Centro “rápidamente comenzamos a gestar un escape, pero organizado...Alguien de nuestro Regimiento, que tenía contactos en una línea de colectivos...”. (Forti, 2007, pp.182-183).

Aunque el escape nunca ocurrió, quizás porque finalmente su estadía en el Centro duró poco tiempo, el hecho de que lo hubiera quienes lo evaluaran como posibilidad resalta la capacidad de planificación y acción del grupo, así como también la fuerte necesidad por irse de ese lugar en el que muchos no entendían –porque nadie se los decía- qué estaban haciendo. La espera y la sensación de permanecer en una especie de limbo o espacio intermedio probablemente fue la norma:

Lo que nos preocupaba más que nada era cuándo nos íbamos a ir, se vivía ansiedad para que se termine eso que tampoco entendíamos para qué era ni nadie nos explicaba bien para qué era⁶²

Algunos de quienes pasaron por el Centro lo recuerdan como un espacio de catarsis, otros como un espacio de apresamiento, como una instancia de burocrática que no tenían fino como un momento destinado a engordar a quienes regresaban flacos del campo de batalla. Más allá de las múltiples caracterizaciones, en lo que parece haber acuerdo es en la percepción de que por los pasillos de la escuela reinaba la ansiedad y la necesidad de irse de ese lugar. Estas sensaciones que en algunos casos llegaban a vivirse como “desesperación por retornar” sugiere que había una intensa búsqueda e interés por ponerle ellos mismos, de manera práctica y al margen de la institución militar, fin a la situación de guerra. Esto que por aquellos días se expresaba en el (intento de) control militar sobre su tiempo, sus actividades y hasta sus alimentos.

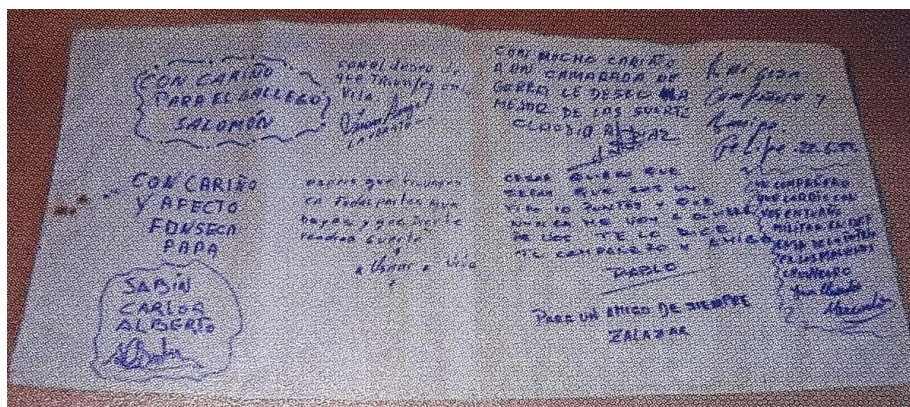
⁶²Entrevista César Trejo, junio 2022.

Como destellos, en estos testimonios aparecen indicios de que el transcurrir en el Centro estaba atravesado por distintas cuestiones. En primer lugar, por una historia del propio Ejército Argentino y de Campo de Mayo de más larga duración, que resitúa la recepción en campo de Mayo en un mapa más amplio en el que estaban cartografiadas (al menos para algunos de los llegados de la guerra) distintas prácticas ilegales de detención, tortura y exterminio. En ese sentido, cabe preguntarse si habrá vínculos entre lo que distintas personas recuerdan o reconstruyen desde hoy en día y las narrativas que durante los años de posguerra circularon sobre los mismos espacios en que ellos se alojaron durante algunos días. En segundo lugar, por solidaridades que eran transversales a las jerarquías y que se relacionaban directamente con las experiencias de quienes regresaban del campo de batalla, que por aquellos días comenzaron a transformarse en formas más o menos organizadas de responder a las circunstancias en las que se encontrarán. Sumado a su disposición a actuar de conjunto, es evidente que como producto de la guerra existía una fuerte deslegitimación de la institución militar que también habilitaba comportamientos “antes impensados” tanto respecto de sus superiores como de las actividades que se les proponían. Esto también se expresó en una fuerte diferenciación entre quienes habían vivido la guerra y quienes no conocían esa experiencia, tanto dentro como fuera de las fuerzas. Por otra parte, la necesidad de ponerle fin a la situación bélica, que se expresa en la ansiedad por retornar a sus casas, es sugerente respecto de la caracterización general del Centro de Recuperación del Personal de la Fuerza y del paso, por allí, de los miembros del regimiento 3. Si por un lado durante este tiempo es evidente que ya comenzaban a pensar en sus propios futuros –algo impensado en las trincheras-, el tiempo “de contienda” no parecía terminar hasta que no recuperaran la autonomía de gestión de su propio tiempo, espacio y opiniones.

II.VI. La servilleta de despedida. Objetos para recordar.

Las solidaridades, afectos y emociones que la guerra había generado también se expresaron en objetos y bienes materiales que escapaban al control de la autoridad militar. Frente a las pocas certezas que tenían acerca de qué les deparaba el futuro, un grupo de miembros del regimiento eligió despedirse dejando por escrito saludos y emociones en una servilleta o pañuelo de tela. Este ejemplar, del que circularon fotografías en un catálogo impreso y en una exhibición digital, pertenece a César Trejo, quien participó en la guerra como soldado conscripto. Fue confeccionado justo antes de la partida desde el Regimiento de Infantería 3 –lugar al que, como se verá en el

siguiente capítulo, llegaron directamente de Campo de Mayo-, en un momento en el que se despedían y no sabían si volverían a verse, cuándo ni cómo. Tiene alrededor de veinte dedicatorias y no es un objeto único sino que forma parte de una serie: antes de partir muchos agarraron sus pañuelos y se los hicieron firmar por quienes habían sido compañeros de guerra.



Servilleta manuscrita. Medidas 25*25 cm. Propiedad: Familia González Trejo.
 Catálogo de la Comisión de Familiares de Caídos den Malvinas e Islas del Atlántico Sur y Museo Virtual Malvinas de la Universidad de Lanús.

Quienes recién regresaron de la guerra construyeron esta servilleta colectivamente, sin modelos ni parámetros establecidos. La produjeron teniendo en cuenta que sería importante conservarla y hasta revisitarla individual y colectivamente en el futuro (y por eso, por ejemplo, fue importante escribir con delicadeza o respetar los dobleces). Que en el momento anterior a la tan intensamente esperada partida estuvieran dejando por escrito sus emociones y haciendo marcas de su presente refuerza la hipótesis de que los silencios en las Actas de Recepción fueron más producto de decisiones que resultado de la incapacidad de decir: cuando pudieron, optaron por dejarse sus propios registros y palabras en las que eran sus propias superficies. Así, pusieron en acto prácticas que iban

más allá de lo reglado por la institución. Cuando eligieron producir testimonios (escritos pero también materiales) crearon este objeto que -a diferencia de las Actas de recepción que entregaron y no vieron nunca más- eran para conservar ellos mismos, casi como una reliquia, recuerdos y emociones de esa experiencia compartida.

La confección de esta servilleta no fue una excepción. Por el contrario, firmar y hacer firmar servilletas fue una práctica colectiva del momento despedida “final” antes de la partida de cada persona a sus casas

Era una despedida con los compañeros. No sé cómo surgió la idea pero invitábamos a los compañeros a que nos los firmaras. Fue antes de despedirnos del regimiento, a modo de despedida.⁶³

Su valor emocional, presente desde el propio momento de producción, se infiere a partir de su contraposición con el carácter potencialmente público y altamente reglado de las otras producciones escritas realizadas durante esos días en el Centro de Recuperación del Personal de la Fuerza. Si las declaraciones requeridas por el Ejército Argentino eran indefectiblemente individuales, estaban totalmente estandarizadas, se producían en presencia de un superior que las controlaba y en ellas se requería información sobre la cual se perdía el control en el preciso momento de entregar el formulario, la producción de esta servilleta obedecía a lógicas inversas: es un objeto que no estuvo pensado para eso, se produjo colectiva y espontáneamente convocando a quienes ellos mismos elegían y en él no había nada pre-establecido. Al respecto, su dueño aclara que

Éramos colimbas los que firmaron el pañuelo, porque éramos los que estábamos ahí en ese momento, pero bien podríamos haber invitado a algunos suboficiales y oficiales con los que había mucho afecto⁶⁴

El momento de su producción es como una radiografía de la posguerra en la que se puede ver cómo se superponen lógicas propias de la institución castrense que preceden a la contienda con los efectos que la guerra había tenido entre quienes compartieron el día a día allá. Si el hecho de que no haya habido oficiales y suboficiales cerca de donde estaban los conscriptos evidencia que los mecanismos habituales de distanciamiento según jerarquía seguían vigentes, que haya quedado espacio en blanco en la servilleta, que las expresiones escritas sean de cariño y que su dueño recuerde que podrían haber firmado oficiales y suboficiales con los que se habían trabado vínculos “de afecto”

⁶³Entrevista César Trejo, junio 2022.

⁶⁴Entrevista César Trejo, junio 2022.

durante los últimos meses demuestra que ése distanciamiento después de la guerra no era estanco sino, muy por el contrario, permeable a todo tipo de intercambios, solidaridades y disputas tanto horizontales como verticales. La experiencia compartida había creado lazos y, como demuestra el pañuelo, un fuerte sentido de “comunidad” que formaban parte de la identidad de sus miembros y no se regía por los estándares ni las normas de los tiempos de paz pero que se extendía sobre ése tiempo futuro.

A través de sus palabras sabemos que esa despedida estuvo llena de emociones que querían conservar y que, en este espacio que se dieron a sí mismos, pudieron expresar con libertad. Ahí se deseaban las mejores suertes y deseos para sus futuros, se llamaban “amigos”, “amigo de siempre”, “camarada de guerra” o “compañero” y expresaban su “cariño” y “afecto”. Emociones que, desde entonces, los unirían.

La servilleta, entonces, conserva, produce y actualiza emociones individuales pero configura, sobre todo, sentires colectivos. Por eso su interrogación abre la posibilidad de abordar otras dimensiones que las proporcionadas por las fuentes oficiales. Estas personas evidentemente usaron lo que tenían a su alcance: unos trozos de tela que, para ser conservados, requerirían un especial cuidado (mantenerse seco, no ensuciarse, no exponerse excesivamente a la luz del sol, etc.). El “compromiso” de esfuerzo para cuidar la servilleta parecía valer la pena para todos los que hicieron firmar sus pañuelos y para quienes se acercaron a firmar los de otros: es evidente que preveían que, en el futuro, conservar un objeto que concentrara y evocara la cercanía de los afectos forjados durante la guerra sería importante. Lo cierto es que no tenían la certeza de que se volverían a encontrar y quizás no imaginaban, todavía, cómo sería su vida de allí en adelante. En cualquier caso, exactamente cuarenta años después de la guerra, su dueño señala que “yo no soy de aferrarme mucho a los objetos, pero la servilleta, el pañuelo ese, la verdad es que lo guardé”⁶⁵.

El carácter íntimo del de la servilleta, un objeto pequeño que se puede guardar (o esconder) en cualquier bolsillo, remite e intenta cristalizar el vínculo forjado a partir de las experiencias de guerra y de regreso. El objeto, más allá de su textualidad, modeló y marcó las relaciones entre estos varones tanto en el momento en que fue producido como posiblemente también tiempo después, cada vez que era recordado, vuelto a observar, a tocar, a oler. Evoca a las redes tejidas más allá de las reglas y recomendaciones institucionales explícitas e implícitamente impuestas durante los días

⁶⁵Entrevista César Trejo, junio 2022.

de permanencia en el Centro, y expresa precisamente formas de autonomía tanto individual como grupal: ellos eligieron qué escribir, dónde, a quién pedirle la firma, etc.

En relación con esto, sin embargo, es pertinente otra consideración: en un contexto de fuerte ocultamiento y secretización de lo ocurrido durante la guerra por parte del Ejército Argentino, la producción independiente de una serie de objetos donde había estrictas normas de seguridad muestra también las limitaciones de control de una institución militar que no pudo (o quizás no quiso) regular la producción de este tipo de objetos emocionales. La considerable limpieza y el estado de conservación de la servilleta ponen en evidencia, en relación con esto, que incluso en un contexto en el que algunas de estas personas aún conservaban hasta la ropa con la que habían permanecido durante meses en las islas (Lorenz, 2006), este objeto evidentemente fue considerado como especialmente valioso desde el propio momento de su confección y por eso sus dueños dedicaron especiales cuidados para su conservación y preservación.

La servilleta, por otra parte, es elocuente sobre la inestabilidad de la situación en la que se encontraban quienes volvían de combatir: la precariedad y lo improvisado del soporte se combina con la potente estabilidad de (al menos algunas) de sus certezas.

En uno de sus más recientes trabajos sobre objetos e historia de las emociones María Bjerg (2019) se pregunta cómo el mundo inanimado afecta a las dinámicas emocionales, cómo los objetos “activan” las emociones y cómo los sujetos responden emocionalmente a ellos (p. 142). Probablemente todas estas preguntas hallen diferentes respuestas según el momento en que estas relaciones ocurran: cada vez que el mundo inanimado, y sobre todo estos objetos de especial valor emocional, irrumpe en las vidas de las personas produce dinámicas emocionales nuevas. Para el caso de esta servilleta hay al menos cuatro momentos hacia los que se podría dirigir la mirada. En primer lugar, como propongo en este caso, el momento de su producción como objeto de “despedida” que, al mismo tiempo, hacía de esa “despedida” algo transitorio o por lo menos no total porque estrechaba a las personas y garantizaba la continuidad del vínculo más allá de la incertidumbre y las previsibles distancias físicas. En segundo lugar, el momento de la conservación de la servilleta en un contexto en el que era particularmente difícil conservar objetos propios/personales, mantenerlos limpios, etc. El esfuerzo que esta tarea seguramente implicó expresa la importancia que este objeto tenía para quien lo guardó y el poderoso efecto que este objeto tuvo sobre esta/s persona/s. En tercer lugar, el o los momentos de “visita” al objeto por parte de quien lo conservó (¿y quizás también de otros de estos varones que lo produjeron?), con los

efectos que se ejercieron mutuamente. Por último, el momento en que se decide “musealizar” el objeto a través de su publicación física en un catálogo y digital en la página web de un museo. Esta última dimensión excede a los límites de este trabajo.

Tan pronto como llegaron al Regimiento de Infantería 3 de La Tablada, directo del Centro de Recuperación del Personal de la Fuerza, algunos de sus miembros quisieron y pudieron poner en acto y en palabras algunas de las emociones y afectos que la vida en la guerra les había producido. Por eso eligieron producir colectivamente, entre sí y para sí, un objeto con el que cristalizar algunos de esos sentimientos: la servilleta como cartografía de las despedida pero también del cariño y la amistad para recordar. Tal como intenté mostrar, incluso sin prestar demasiada atención a su dimensión textual, distintos indicios en su materialidad dan cuenta tanto de los fuertes vínculos construidos a partir de la experiencia bélica por estas personas como del muy alto valor emocional y cariño que se guardaban los hombres que la produjeron entre sí. El espacio en blanco que se conserva en su cara escrita, sin embargo, podría sugerir que esos sentimientos no eran generalizados sino que, por el contrario, se restringían selectivamente al grupo de personas con el que se había compartido la guerra y –por ello mismo- se habían trabado solidaridades que iban más allá de las jerarquías y limitaciones formales.

II.VII. Conclusiones

El día a día en el Centro de Recuperación del Personal de la Fuerza no transcurrió, al menos para algunos de los miembros del Regimiento de Infantería Mecanizado 3, como el Ejército había planificado. Sus regresos y recepciones, sin embargo, tampoco fueron lo que ellos habían imaginado o creían que sería. Sus experiencias en común eran las que hacían posible que, en el mismo momento de llegada, un oficial se sintiera autorizado a no escuchar a quien les gritaba y un grupo de conscriptos le chiflaran. Sin embargo, estos hombres se veían a sí mismos en un espacio intermedio, próximo a terminar. Por eso esperaban ansiosos la salida del Centro y, a la vez, se tomaban el tiempo de despedirse por escrito y producir objetos para recordar. Aunque ya no estaban en las islas aún estaban juntos, y aunque se les imponían las lógicas y prácticas castrenses habituales lo cierto era que sus relaciones, muchas veces incluso a través de las jerarquías institucionales, habían cambiado como producto de la guerra. Los mecanismos estatales producidos para mediatizar, regular y modelar estos “regresos” -y a las personas que regresaban- encontraron límites en los modos en que estos hombres

interpretaban sus recientes experiencias bélicas y las relaciones que habían emergido de la guerra pero se mantenían al regreso.

Debido a sus propias prácticas los regresos fueron mucho más que lo planificado por la institución militar. Muchos de los oficiales, suboficiales y soldados conscriptos que volvían de la guerra se apropiaron de lo que se les propuso y eligieron expresarse por escrito tan pronto como tuvieron oportunidad. Los testimonios que escribieron en unos áridos formularios que les entregaron en el Centro de Recuperación del Personal de la Fuerza, en Campo de Mayo, permiten entrever enojos, frustraciones y decepciones que son elocuentes respecto de las expectativas con las que habían llegado a Malvinas. Sus palabras también transmiten ideas, concepciones y sensaciones que trajeron de las islas, así como también aprendizajes y nuevas formas de relacionarse entre sí. Oficiales, suboficiales y soldados conscriptos encontraron formas de representarse a sí mismos tanto individual como colectivamente y dejaron marcas sobre sus propias interpretaciones, emociones y experiencias en el preciso momento de regreso.

Los formularios que completaron al llegar al Centro fueron, por ello, terreno de disputas. Allí los integrantes más jóvenes del regimiento -tanto quienes habían elegido pertenecer a la fuerza como quienes habían ido a la guerra como conscriptos- mostraron cómo sus propias experiencias bélicas habían puesto a prueba las estrictas jerarquías formales. Aunque esta situación no fue absoluta y las formas de identificación propias de cada grupo se mantuvieron vigentes, las experiencias del día a día durante la contienda marcaron fuertes las solidaridades y disputas que iban atravesaban los grados y jerarquías formales de la institución. Simultáneamente, sin embargo, en la más inmediata posguerra comenzó a delinearse y marcarse con intensidad una delimitación entre quienes habían y quienes no habían participado en la guerra, diferenciación que sumada a las rupturas horizontales y verticales entre los miembros de la fuerza sugieren que durante la posguerra había múltiples vías de conflicto que se superponían y entramaban en las cuales la guerra tenía un lugar privilegiado.

La inmediata posguerra también representó, para oficiales y suboficiales, una oportunidad para posicionarse a sí mismos como sujetos activos cuyas opiniones y reflexiones eran valiosas. Por eso intentaron transmitir a sus superiores las impresiones y opiniones que traían de la guerra acerca de cómo mejorar la situación general de la fuerza. La pertinencia de enviar soldados conscriptos a la batalla, el tipo de instrucción otorgada y la edad a la que debía cumplirse el servicio militar obligatorio fueron algunos de los temas más presentes en los testimonios de esta unidad.

Más allá de las intenciones oficiales de limitar la circulación de información sobre las experiencias bélicas al ámbito castrense y de las recomendaciones de silencio que se hayan hecho durante la estadía en el Centro de Recuperación, al menos algunas de las personas que volvieron de la guerra demostraron muy pronto que habrían circular sus voces en los ámbitos en que ellos mismos (individual y colectivamente) eligieran y pudieran hacerlo. Tan pronto como regresaron eligieron tanto qué decir como qué callar cuando escribieron en los formularios oficiales y declararon en las entrevistas orales dentro del ámbito militar. Al mismo tiempo, también avanzaron sobre otros espacios. Para su propia privacidad y en el ámbito de la intimidad, produjeron objetos emocionales en los que plasmaron no sólo sus voces sino también los sentimientos que traían de la guerra –objetos que, con el paso del tiempo, comenzaron a hacerse públicos-. Hacia afuera, en el espacio público, también pusieron a circular tanto relatos como opiniones que elaboraban a partir de sus propias experiencias. La circulación pública de sus voces al regreso es el tema del siguiente capítulo.

Capítulo III - “En nombre de nuestros soldados, de nuestros jóvenes, de nuestro futuro”

III.I. Introducción

El 15 de julio de 1982, un mes después de la rendición, la revista *Gente* publicó una nota de doble página: sobre una foto de cuatro jóvenes caminando en Plaza de Mayo se leía

Tienen 18, 19, 20 años. Pelearon en Malvinas, arriesgaron su vida. Unos volvieron, otros se murieron, desaparecieron o están mutilados. El 9 de julio se celebró otro aniversario de nuestra independencia pero nadie se acordó de ellos. Para ellos no hubo ningún desfile, ningún homenaje, ningún regreso con gloria. A ellos les pedimos: PERDON. (...) Perdón, muchachos, por el gran homenaje que nadie les dio. Perdón por esas caras ocultas. Perdón por este regreso frío, nublado, silencioso, impotente.⁶⁶

Había pasado un mes desde la rendición argentina y era una de las primeras veces que un medio gráfico de gran tirada se refería de esta forma a la guerra, a sus protagonistas y, sobre todo, a la forma en que se produjeron sus regresos. Los desfiles y homenajes que imaginaban quienes editorializaban *Gente* nunca habían ocurrido, y la revista parecía disculparse con ellos por la que asumía como parte de responsabilidad. La guerra, que tan poco tiempo anteshabía sido motivo de tantas noticias y expresiones de apoyo, efectivamente había pasado a ser motivo de ciertos silencios públicos. Pero no todo fue ausencia: pese a existir múltiples limitaciones, durante los días posteriores a la derrota circularon diversas noticias sobre la guerra y algunas de sus características.

Se ha vuelto de cierto sentido común en la historiografía (y fuera de ella también) la idea de que tras la finalización de la contienda bélica en el territorio austral la sociedad argentina se sumió en una especie de silencio espectral respecto de la guerra, la derrota y sus protagonistas (Lorenz, 2006). Tanto la editorialización de esta nota en la revista *Gente* como las múltiples apariciones de la guerra y sus protagonistas en la prensa escrita durante las semanas posteriores a la rendición, sin embargo, invitan a poner a prueba dicha idea y, si no revisarla, al menos proponerle algunas precisiones. El seguimiento de las noticias sobre los jóvenes del Regimiento de Infantería Mecanizado 3 en los diarios de tirada nacional y de aquello que ellos mismos dijeron en esos medios sugiere, al respecto, al menos tres hipótesis específicas. En primer lugar, que tras la

⁶⁶Revista *Gente*, 15 de julio 1982.

derrota en la prensa gráfica no dejó de hablarse sobre la guerra. En segundo lugar, que hubo algunos temas muy específicos sobre los cuales sí que prácticamente no se hicieron comentarios, y que entre ellos es especialmente destacable la ausencia de noticias sobre la estadía en Campo de Mayo de quienes retornaban de la guerra. En tercer lugar, que las declaraciones de quienes regresaban de la guerra, su relación con las opiniones de otros jóvenes de la época y el modo en que ambas aparecían editorializadas en los medios gráficos pudieron haber contribuido a la circulación o estabilización de un clima antimilitar y antidictatorial que ya se venía configurando incluso desde antes de la guerra (Franco, 2017).

Estas observaciones a propósito de los regresos parten de una de las consideraciones que sistemáticamente vienen haciendo quienes estudian la guerra y posguerra de Malvinas desde una perspectiva sociocultural (Guber, 2004; Lorenz, 2011; Rodríguez, 2017): que no es ni posible ni deseable pensar la guerra fuera del contexto social y político en la que se produjo, es decir la todavía gobernante dictadura militar. En ese sentido, las políticas y prácticas institucionales asociadas al control por parte del Estado (y en particular su ejército) sobre lo que circulara en los medios de comunicación (Feld, 2015) formaban parte, todavía y por un tiempo más, de la realidad argentina a mediados de 1982. Asimismo, y quizás porque su publicación formó parte del programa de unos medios de comunicación que se encontraban reacomodando las lealtades que les habían regido durante los últimos años (Franco, 2017), durante las semanas posteriores a la derrota progresivamente fueron apareciendo en las páginas de los medios antes oficiosos, testimonios –mayoritariamente juveniles- acerca de cómo había sido la guerra, los motivos de la derrota y otras reflexiones. Aunque no es el objetivo del capítulo evaluar ni las políticas ni los mecanismos que organizaron la publicación de noticias durante la posguerra, tener en cuenta su existencia permite explicar por qué mientras algunos temas y personajes permanecieron en las sombras otros se hicieron visibles. Si por un lado la propia existencia del Centro de Recuperación del Personal de la Fuerza y las características de este tiempo-espacio fueron exitosamente mantenidas en secreto por quienes gestionaron dicho dispositivo de recepción, por otra parte el momento que parece abrirse tras el fin de la guerra estuvo fuertemente marcado por la presencia juvenil en el espacio público.

Efectivamente durante la posguerra de Malvinas las juventudes se volvieron protagonistas de la escena pública. Sus formas de organización e intervención en la realidad local eran variadas. Por entonces algunos ya participaban de partidos políticos

tradicionales, dentro de los cuales conformaban sus “ramas juveniles”. Desde allí continuaron organizando actividades y vinculándose con otros jóvenes, agrupados o no. Otros, que no formaban parte de partidos formales, encontraban espacios de participación en actividades sociales, culturales y políticas que generalmente se organizaban en espacios públicos. Entre quienes recién retornaban de la guerra también surgió la necesidad de organizarse y mantenerse vinculados. Así se fueron creando la llamadas “organizaciones de ex combatientes” que nucleaban jóvenes (mayoritariamente ex conscriptos, pero también con participación de algunos oficiales y suboficiales jóvenes) de distintas unidades militares. Los jóvenes miembros del Regimiento de Infantería Mecanizado 3 tuvieron un lugar preponderante en la conformación de la primera de estas organizaciones, el Centro de Ex Soldados Combatientes en Malvinas de la Ciudad de Buenos Aires. Desde allí elaboraron, a partir de sus experiencias de guerra y del modo en que procesaban e interpretaban lo que habían vivido, sus propias ideas de futuro y formas de intervención en el presente.

Quizás por la potencia o el impacto que se preveía que sus acciones podían alcanzar, el Estado (y, en particular, el ejército que los condujo a la guerra) le dedicó especial esfuerzo a conocer las características y miembros de estas organizaciones, así como también a monitorear qué opiniones tenían respecto de las fuerzas y, sobre todo, con qué organizaciones políticas y partidos se reunían o tenían relaciones. En esa misma línea, el ejército intentó contener y modelar qué aparecía sobre ellos en la prensa. Esto no se justifica sólo porque, como se repetía por entonces sistemáticamente, quienes votarían por primera vez en las próximas elecciones nacionales representarían un poco más de un cuarto del padrón electoral. En ellos y sus actividades parecía depositarse algo del porvenir: en tanto jóvenes encarnaban la esperanza un futuro mejor, pero también la amenaza al orden establecido (Manzano, 2017).

Como en otras épocas de la historia argentina, después de la guerra hubo voces adultas que se consideraron a sí mismas en condiciones de hablar por los jóvenes y sus acciones. Sus prácticas y proyectos, en ese sentido, no estaban exentas de críticas y acusaciones de lo más variadas. Quizás por eso mientras éstos ocupaban lugares cada vez más relevantes en los espacios públicos comenzaron a circular sobre ellos discursos victimizantes e infantilizadores que reconocían su presencia pero al mismo tiempo los desacreditaba como sujetos políticos y les restaba margen de agencia (no sólo sobre el futuro del país sino, en algunos casos, sobre sí mismos). Si esto se aplica a las juventudes políticamente activas en general, fue particularmente notable con un grupo

específico de varones: los que volvieron de la guerra. Acaso ese sea uno de los motivos por el que, aunque sin renunciar al intento por aparecer en los medios más masivos de tirada nacional, sus voces también empezaron a circular en otros espacios donde podían hacer eco.

Como cuando se abre una lente de fotografía y se pasa de una toma con zoom a una imagen más amplia, este capítulo intenta abrir la escala de análisis. Hacerlo tiene un doble propósito. Si en el primer capítulo analicé la recepción desde el punto de vista del Estado y Ejército Argentino y en el segundo intenté acercarme a la perspectiva de quienes desde las islas llegaron a Campo de Mayo, el primer objetivo de este capítulo es explorar una tercera perspectiva sobre los regresos de la guerra. Aquí me propongo indagar cómo apareció en la prensa gráfica de tirada nacional y, por lo tanto, de qué modos probablemente llegó o circuló entre otros grupos de población argentina. Además, abrir la lente a la escala pública es una oportunidad para abordar el segundo de los objetivos, que es comenzar a sintonizar, hacer audibles y ponderar los ecos de las alianzas y vínculos que fueron tramando quienes volvieron de la guerra con otros jóvenes durante la posguerra de Malvinas.

Para acercarse a los objetivos que se propone, este capítulo está dividido en cuatro partes. En la primera me dedico a explorar cómo entre el 14 y el 24 de junio las recepciones –y, en particular, la de los miembros del Regimiento de Infantería Mecanizado 3- fueron (o no) transmitidas en la prensa nacional y de qué modo comenzaron a aparecer, allí, las voces de quienes habían regresado de la guerra. En la segunda parte, me concentro en la circulación pública del regreso de los miembros de dicho regimiento a su asiento de paz en La Tablada, donde el intendente organizó una recepción popular, prestando especial atención a sus declaraciones en los medios de prensa. La tercera parte está dedicada a indagar cómo las voces de quienes regresaron de las islas continuaron circulando (durante los meses posteriores) en los medios de comunicación gráficos de gran alcance, así como también a interpretar cómo fue cambiando el lugar que allí tuvieron en relación a sus formas de organización. En la cuarta parte, finalmente, intento abrir preguntas sobre el lugar que tuvieron la guerra y sus protagonistas en las preocupaciones de las y los jóvenes que durante los meses de posguerra se acercaban por primera vez a la política electoral.

III.II. Antes de salir: del alto al fuego al egreso del CRPF

El 18 de junio de 1982, tan solo 4 días después del alto al fuego, el diario *Clarín*

publicó una nota sobre las experiencias de quienes habían vuelto de la guerra. La nota montaba un juego de luces y sombras porque pretendía adelantar un proceso que aún no había ocurrido: mientras los miles de oficiales, suboficiales y soldados conscriptos que habían ido a combatir todavía estaban en Malvinas como prisioneros de guerra, un grupode militares muy bien presentados representaban los regresos. La aparición contrasta con el absoluto secreto que ya se estipulaba en la normativa a propósito de las recepciones y que al día siguiente se reforzaría en una nueva normativa que contemplaba la masiva llegada y recepción de quienes aún permanecían en las islas.



Ex combatientes de la guerra de Malvinas en la guarnición militar Campo de Mayo. Campo de Mayo, Pcia. de Buenos Aires, Argentina. Fototeca ARGRA.

La situación era una puesta en escena que reforzaba la idea de heroicidad: delante de un cuadro de San Martín “fueron presentados al periodismo” –como reconocía la nota del diario *La Prensa*- un seleccionado grupo de oficiales, suboficiales y soldados conscriptos. El oficial que con su gesto evocaba al del prócer del cuadro llevó la palabra durante la mayor parte del evento: su nombre es Carlos Daniel Esteban, había sido jefe de la compañía “C” del Regimiento 25 de Infantería y, además, jefe del batallón “Güemes” en el combate de San Carlos –episodio por el cual tiempo después comenzó a ser conocido como “el héroe de San Carlos”-. El que se encuentra al lado suyo, de brazos cruzados, es Juan Gómez Centurión, hijo del ex comandante del II Cuerpo de Ejército –quien, con el correr de los años, tendría un lugar destacado en la política tanto dentro como fuera de la institución castrense-. Esteban expresó opiniones positivas sobre lo vivido en las islas, así como también sobre el trato recibido por los británicos durante el breve lapso de tiempo que vivieron como prisioneros.

Para los oficiales y suboficiales que declararon durante esta puesta en escena, los motivos de la derrota podían encontrarse fundamentalmente la superioridad numérica y lo moderno del armamento de las fuerzas británicas (sobre todo para el combate nocturno), así como también el hecho de que las tropas argentinas se hubieran quedado sin municiones (tema sobre el que ninguno profundizó). Ellos, asimismo, “se manifestaron deseosos de volver a combatir para recuperar las islas para Argentina”⁶⁷. Al encuentro con la prensa y la entrevista siguió una sesión de fotos para la cual se formaron con rigurosidad. Además de los oficiales, tomó la palabra un suboficial. Éste se presentó ante la prensa con una curación en la cara que, como explicó, era producto de una herida que le había hecho el impacto de una esquirla. Su testimonio tendió a desmitificar la idea de que a los argentinos se les hubiera hecho desenterrar minas después de la derrota. Aunque ni *Clarín* ni *La Nación* los mencionan en sus notas, los conscriptos presentes en la rueda de prensa también tomaron la palabra y, como señala *La Prensa* —que publicó la entrevista un día después que el resto de los diarios de tirada nacional—, “expresaron unánimemente su admiración por los oficiales que los comandaron”⁶⁸.

El episodio ocurrió en la Escuela de Suboficiales Sargento Cabral de Campo de Mayo, a donde los miembros de esta unidad habían llegado luego de ser tomados como prisioneros de guerra por los ingleses. Su regreso había estado regulado por la normativa aprobada antes de la derrota que estudié en el primer capítulo, pero sobre el lugar en el que ocurrió este encuentro con la prensa o sobre las circunstancias por las que estaban allí casi no se daba ninguna precisión: sólo se explicitaba que los entrevistados “cumplen con un período de readaptación luego de su participación en la guerra”⁶⁹. Ni se aclaraba de qué se trataba esa “readaptación”, cuánto tiempo duraría ese período ni si todas las personas que retornaran de la guerra lo atravesarían. Tampoco se hacía mención, ni en la nota ni en la conferencia, al regreso de los miles de soldados que todavía esperaban sus traslados en las islas.

Dos días después, el 20 de junio, la llegada a Puerto Madryn del buque de bandera británica Canberra fue portada en prácticamente todos los diarios de tirada nacional (en los que no fue tapa igualmente tuvo espacios muy importantes la noticia). Lo significativo era que el barco traía a casi cinco mil varones enviados a las islas a combatir.

⁶⁷ *La Razón*, 18 de junio 1982.

⁶⁸ *La Prensa*, 19 de junio de 1982.

⁶⁹ *Clarín*, 18 de junio de 1982.

Mientras se ponía a circular la noticia de su llegada, las mismas publicaciones (de todos los medios) daban lugar a una queja, más o menos limitada pero explícita, respecto de la prohibición de que tanto los civiles como los medios de comunicación se acercaran al lugar. Aunque prácticamente no se había dado información sobre lo que pasaría con quienes regresaban, *La Prensa* aseguraba que “los soldados permanecerán un período no determinado en observación para ser sometidos a un control psico-físico, luego del cual serán derivados en tandas hacia sus respectivos destinos”,⁷⁰. Precisamente porque la información que había era, además de escasa, confusa, el diario luego ponía a circular ideas sobre de cómo sería dicho proceso que no eran verdaderas. Este fue el contexto identificado como “favorable para la emergencia de rumores” (Lorenz, 2017, p. 137).

La cobertura que el diario *Clarín* dio al mismo evento sugiere muy tempranas cuestiones. Por un lado, que la derrota en el territorio austral fue tomada por los medios de comunicación como oportunidad para explicitar opiniones relativamente contrarias al gobierno militar—o, por lo menos, a algunas de sus decisiones—. Por el otro, que la aparición de los protagonistas de la guerra en sus páginas fue crucial en ése proceso. La imposibilidad o dificultad para acercarse a quienes volvían de la guerra, en ese sentido, fue motivo para que circule la crítica a la decisión oficial de distanciamiento entre civiles y regresados. Al mismo tiempo, a través de la narración del episodio se explicitó que había (muchas) otras personas que, más allá de la disposición oficial, habían salido a las calles australes a recibirlos y que ése recibimiento popular era fuertemente necesitado y agradecido por quienes retornaban:

“ellos [por los soldados] desde los vehículos que los transportaban, **a pesar de las rígidas medidas de seguridad que habían articulado las Fuerzas Armadas y que comprendieron a los periodistas**, agradecían conmovidos del recibimiento **saludando con las manos y sonriendo**. Presentaban **buen aspecto**, aunque algunos estaban evidentemente **desnutridos y exhaustos** por las crudas horas vividas en la última batalla de Puerto Argentino”⁷¹. (las negritas son originales)

El párrafo hace evidente, asimismo, que había una necesidad por conocer cómo estaban las personas que volvían de combatir, los mismos a quienes el Ejército (en vez de mostrar) parecía querer ocultar. Fue entonces cuando las voces de estas personas, en tanto protagonistas de lo que había ocurrido en la guerra, comenzaron a tornarse

⁷⁰*La Prensa*, 19 de junio 1982.

⁷¹*Clarín*, 18 de junio 1982.

vehículos legítimos para realizar críticas o contar cosas que no estaban en otros lugares. El diario *Crónica* fue uno de los pocos y de los primeros que publicó declaraciones que hacían quienes desembarcaron del Canberra, aunque no cuenta cuándo pudieron tomar los testimonios. Lo que estas personas dijeron fue, precisamente, sobre “una arista sobre la que no se conocían detalles, o se los conocía mal”: la escasez de alimentos y la inadecuada vestimenta para el clima hostil de las islas⁷².

Entre estos comentarios elaborados en las calles patagónicas y las declaraciones que oficiales, suboficiales y conscriptos dieron una vez llegados a sus regimientos u hogares no hubo noticias públicas sobre ellos. Sólo el diario *Clarín* publicó, en un pequeño recuadro, que habían llegado soldados que venían desde Malvinas al aeropuerto de El Palomar, pero no especificaba a dónde se dirigirían luego o desde allí⁷³. Respetando las directivas que la normativa oficial imponía, durante los días posteriores a la rendición la prensa se mantuvo particularmente ausente y silenciosa respecto de los mecanismos de recepción de quienes volvían de las islas.

Mientras tanto, sin embargo, sí hubo voces que tan pronto como se conoció el alto al fuego empezaron a hablar sobre la guerra, sus efectos y qué imaginaban para el futuro de *La Nación* y de las personas que habían ido a defender su soberanía. En la sección “Cartas al país” del diario *Clarín*, por ejemplo, casi tan pronto como se supo de la rendición aparecieron personas (tanto hombres como mujeres) advirtiendo que sería necesario reconocer de algún modo a quienes habían marchado a combatir por todos los argentinos y que aquellos que habían regresado necesitarían espacios donde trabajar. La Universidad de Buenos Aires, asimismo, no tardó en anunciar una reglamentación especial que garantizaba algunas facilidades para el ingreso y permanencia de ex soldados en estudios universitarios: esa disposición circuló en todos los diarios de gran tirada y a ella se sumaron, pocos días después, distintas universidades nacionales como la Universidad Nacional de La Plata. A esto se sumaban las palabras del ministro de educación, Cayetano Licciardo, que en una entrevista con un periodista de *La Nación* explicitó que en su opinión “era digno y conveniente adoptar alguna medida especial de reconocimiento y gratitud del mérito a favor de nuestros combatientes, que merecen el trato que se les debe a los héroes”⁷⁴ (la medida fue un reconocimiento honorífico y una serie de facilidades para el ingreso y permanencia de los jóvenes que volvieran de las

⁷²*Crónica*, 20 de junio de 1982.

⁷³*Crónica*, 21 de junio 1982.

⁷⁴*La Nación*, 22 de junio 1982.

trincheras a las aulas).

Simultáneamente aparecieron avisos de asociaciones de psicólogos que se ofrecían parabrindar atención gratuita, y abundaron notas en que se encuestaba a líderes o dirigentes políticos, sindicales y empresario sobre “la situación nacional” y “las tareas que deben realizarse durante la posguerra”⁷⁵. *La Razón*, por su parte, publicó una serie de notas en las que se indagaba acerca de qué pasaría con lo recaudado durante la guerra para el “Fondo Patriótico Malvinas Argentinas”⁷⁶ –nombre con el que se conocía la cuenta bancaria en la que se recibían las donaciones que millones de personas habían hecho durante el conflicto para contribuir con el esfuerzo de guerra-. También hubo notas en las que se relataba la llegada de heridos a distintos puertos australes, así como relatos y testimonios que daban o bien los propios heridos o bien otras personas que iban regresando. Ese fue, por ejemplo, el caso de un capellán que al ser entrevistado por el diario *La Razón* narró con detalle cómo se vivía dentro del hospital militar montado en Puerto Argentino⁷⁷. Asimismo, no faltó alguna editorial que muy pronto se preguntara sobre “la suerte de los prisioneros” que todavía se encontraban en las islas, como la de *Clarín* de 17 de Junio, que reclamaba que ellos “merecen acciones rápidas y decisivas para decidir y mejorar su suerte”. Aunque la editorial se refería al modo en que regresarían quienes por entonces todavía eran prisioneros del enemigo, el contenido de sus palabras se deslizaba con claridad hacia un futuro que imaginaba: “no queremos decir más. Sólo alertar. Solo mover a la conciencia, a la conciencia de los contendientes y a la conciencia universal. En nombre de nuestros soldados, de nuestros jóvenes, de nuestro futuro, de nuestra paz interior.”

El vínculo que la nota editorial de *Clarín* establece entre soldados, jóvenes (nuestros), futuro y paz interior no es aleatorio sino un fuerte indicador de cómo estos conceptos comenzaban a hilvanarse por aquellos días mientras circulaba, también, su imagen como “héroes”. En primer lugar, quienes habían ido a combatir ya comenzaban a representarse fundamentalmente como soldados. Eso producía (o era testimonio de) dos efectos: por un lado se desdibujaba la participación de militares profesionales en la contienda (o, al menos, se diluía su presencia) y por el otro se distanciaba al grupo de soldados representados de las responsabilidades de la derrota, que por lo tanto recaía de forma tácita y vaga o bien en los militares profesionales o bien en su gobierno de forma

⁷⁵ *Clarín*, 16 de junio de 1982.

⁷⁶ *La Razón*, 17 de junio 1982 y días siguientes.

⁷⁷ *La Razón* 19 de junio de 1982.

generalizada. Los soldados representados no eran, entonces, sólo un colectivo juvenil (el siguiente término de la construcción) sinofundamentalmente un grupo de inexpertos e inocentes que eran, además, “nuestros”. Es decir de los no-jóvenes que, encontrados entre las páginas de *Clarín*, depositaban en ellos sus expectativas de futuro que eran— nada más y nada menos— la paz interior de todos. Todavía no habían llegado ni habían comenzado a expresarse, pero sobre ellos ya comenzaba a recaer una combinación de inocencia (por la derrota) con responsabilidad (por el futuro) pero condicionado (el que imaginaban otros).

Durante esos primeros días también se habló sobre los muertos y desaparecidos en combate, aunque se trató más de notas de opinión que de información cuantitativamente certera: por entonces no había listados oficiales, o al menos no eran públicos, y nadie tenía muchas noticias. El tono general de las notas desde entonces y en adelante, por eso mismo, fue de explícito reclamo. A las quejas por la falta de información se sumaban los relatos de las familias que buscaban desesperadamente a sus seres queridos, sobre los que nadie parecía dar precisiones: “hace cinco días que voy al regimiento pero allí nos hacen esperar en la puerta y luego no nos dan ninguna información”, reclamaba la madre de uno de los “más de 3300 soldados y oficiales sobre los que se desconoce la suerte corrida”⁷⁸.

En contraste, poco se habló sobre las miles de personas que habían sobrevivido a la guerra y ya estaban en Buenos Aires. Sus presencias fueron desdibujadas y sólo fueron excepcionales las menciones al proceso de recepción: no más que alguna línea en alguna nota en la que se mencionaba (al pasar) que había algunas personas —pero no se aclaraba quiénes— que pasaban un período —indeterminado— en Campo de Mayo. Por supuesto, la información nunca era sobre los miembros de cada unidad sino tan general como que se refería a quienes se encontraban en las islas.

“Caldo de cultivo para la dispersión de rumores” (Lorenz, 2017, p. 168), los huecos que producía la escasa información oficial —situación que se remontaba, por lo menos, a los últimos años— y la fuerte necesidad social por comprender la muy reciente derrota eran cubiertos por lo que se podía reponer a partir de testimonios pero también por conjeturas y por rumores. Así se explica la amplísima circulación en los medios de información que no era verdadera, aunque se basara en (supuestos) testimonios: tal es el caso de la actuación de los llamados “Gurkhas”, los soldados nepalíes al servicio de

⁷⁸*Crónica*, 25 de junio de 1982.

Gran Bretaña sobre los cuales se contaron historias dramáticas de asesinatos y suicidios pero que en realidad casi no entraron en combate directo contra los argentinos, o sobre los supuestos fusilamientos de prisioneros por parte de las fuerzas británicas.

Pese a esta voracidad de noticias sobre la guerra, la prensa escrita prácticamente no publicó noticias acerca de las personas que regresaban de combatir tras su paso por Madryn, Rio Gallegos o las otras ciudades australes a los que hubieran llegado desde las islas. Por entonces sólo se anunciaba la llegada de los diferentes contingentes de oficiales, suboficiales y concriptos que arribaban a las ciudades australes, pero muy poco o nada se decía sobre lo que pasaba con ellos después. ¿A dónde iban? ¿Cómo estaban? ¿Qué pasaría con ellos? Quizás este sea de los pocos momentos en que parecería que hubo mecanismos de control de la información efectivos: tal cual lo indicaba la normativa que analicé en el primer capítulo, lo que ocurrió día a día adentro del Centro de Recuperación del Personal de la Fuerza no traspasó los límites de la Escuela de Suboficiales “Sargento Cabral”. No hubo fotografías de la estadía de miles de personas en sus instalaciones, informes sobre las actividades que se planificaron/realizaron allí ni *Crónicas* sobre ningún tema. Tampoco se dijo ninguna palabra acerca de qué era para el Ejército lo que estas miles de personas necesitaban, ni cómo proyectaba sus futuros –un tema que, como mencioné, ya era de interés público y hasta convocaba a funcionarios de gobierno-. La única excepción –además de la puesta en escena publicada por todos los medios el 18 de junio- parece ser el diario *La Nación*, para el cual las fronteras de la guarnición sí fueron al menos parcialmente permeables. El 23 de junio el periódico publicó que en Campo de Mayo se recibía “a oficiales, suboficiales y soldados que regresan de las Malvinas para su examen” y que reporteros del medio habían podido hablar con algunos de ellos. En sus testimonios estas personas (de las cuales se publicó el nombre, apellido y unidad militar de pertenencia) comentaban las características de los combates, los estados de ánimo durante los meses en las islas y las condiciones climáticas y topográficas de las islas⁷⁹. En ningún caso se referían de forma negativa a las fuerzas ni a ninguno de sus miembros, lo cual llama la atención en su contexto: ese mismo día comenzaron a salir regimientos de Campo de Mayo y en los testimonios de las personas que salían del Centro empezaron a aparecer fuertes críticas a las fuerzas y narraciones dramáticas sobre cómo habían sido los meses en las islas. Aunque no es posible saber si fue deliberado o explícito, es evidente que

⁷⁹*La Nación*, 23 de junio de 1982.

hubo algún tipo de mecanismo de control o regulación en relación a quiénes podían hacer qué declaraciones mientras se encontraban en el Centro o bien en relación a qué se publicaba.

El alto al fuego no significó el cese de noticias sobre la guerra. Al contrario, durante los días siguientes a la derrota en los periódicos de tirada nacional abundaron las notas sobre cuestiones bélicas y posbélicas. Como muchos medios se encontraban, incluso desde antes del inicio de la contienda, en un proceso de cierto distanciamiento respecto del gobierno, elaboraron una postura ambivalente respecto de qué comunicar. Por un lado, en sus páginas se hizo lugar a la circulación de los relatos oficiales sobre lo que había ocurrido en las islas, los motivos de la derrota y los personajes que el Ejército Argentino presentó como “cara pública” de los retornos. En esa misma línea, se guardó estricto silencio sobre aquello que la institución castrense decidió no mostrar: el dispositivo elaborado en Campo de Mayo para la recepción de oficiales, suboficiales y soldados conscriptos que regresaban de combatir se mantuvo –tanto como sus protagonistas– exitosamente bajo gestión y exclusivo control de quienes lo administraban. Por otra parte, sin embargo, La Prensa escrita efectivamente puso a circular tanto algunas críticas (más o menos explícitas) respecto de decisiones oficiales sobre el manejo de quienes regresaban de combatir como así también algunos incipientes testimonios que no estaban completamente alineados con los que se producían dentro de los edificios militares. Fue también a través de los diarios que durante los días siguientes a la derrota y desde antes de que sus combatientes regresaran se empezaron a elaborar fuertes ideas sobre sus identidades, responsabilidades y futuros. Entonces empezaron a circular discursos que por un lado los heroizaban pero, al mismo tiempo, los asociaban a las carencias y les achicaban el margen de la agencia: entonces se los comenzó a configurar ya no como guerreros sino como sujetos faltos de edad, experiencia y profesionalismo, por lo que se los caracterizó como esencialmente inocentes. Aún así, sobre ellos también se comenzó a depositar la expectativa de un futuro mejor. Estas ideas entraron en tensión con las actitudes y declaraciones que, tan pronto como pudieron, empezaron a elaborar quienes, recién vueltos de la guerra, comenzaban a dejar atrás su paso por Campo de Mayo.

III.III. “El regreso fue ése en realidad: La Tablada”

Los miembros del Regimiento de Infantería Mecanizado 3 salieron desde el Centro de Recuperación del Personal de la Fuerza hacia La Tablada sin saber que en los

alrededores del predio desde el que habían salido a la guerra los esperaban miles de personas: familiares, amigos, vecinos del barrio y hasta la prensa se habían reunido para recibirlos. Además de ser uno de los primeros regimientos en salir de Campo de Mayo, la masividad se basó en que fue el intendente de La Matanza quien organizó una especie de evento callejero para la ocasión. Llegaron junto a los miembros del escuadrón de Exploración de Caballería N° 10, que también tenía asiento de paz en La Tablada. El episodio condensa una serie de características que llaman la atención sobre cómo se vivieron sus recepciones tanto al interior del regimiento como en el espacio público. Para quienes volvían después de más de 80 días la llegada no sólo fue la oportunidad de ver a quienes los esperaban abajo de los colectivos sino que fue el momento en que sus experiencias bélicas se tradujeron en actitudes y formas de vincularse entre sí, con los superiores de la unidad y con aquellos que no habían ido a Malvinas. Además, se trató del primer contacto directo con periodistas y, por lo tanto, la primera vez que tenían la oportunidad de hacer públicas sus voces. En sus testimonios, porque tan pronto como pudieron muchos de ellos tomaron un rol activo y decidieron hablar con la prensa, se repiten muchas de las aseveraciones (y silencios) que produjeron días antes en sus Actas de Recepción. La recepción pública de estas personas en La Tablada, por otra parte, sugiere que existían diferencias de criterios dentro del gobierno: mientras quienes se encargaban de la recepción oficial habían hecho lo posible por mantener alejados a los combatientes del espacio público, un intendente del conurbano bonaerense alentaba una recepción popular. Pero que fuera organizada por un funcionario no significa que haya estado exenta de conflictos. Por el contrario, hubo al menos un episodio en el que la lógica de secretismo -propia de la institución castrense por aquellos años (Canelo, 2016)- entró en tensión con la intención de los trabajadores de los medios de comunicación de acercarse y tomar declaraciones a quienes allí ingresaban. Traspasando los límites del predio militar, sin embargo, finalmente miles de personas “desbordaron los controles e invadieron virtualmente los jardines del cuartel”⁸⁰.

Cada vez que un grupo de personas volvían desde las Malvinas hasta una ciudad austral la prensa escrita publicaba la noticia y algunos detalles del traslado. Después de esos arribos recién se volvía a saber algo sobre ellos a medida que iban llegando a sus respectivos asientos de paz. Los regresos a Corrientes o Mar del Plata, por ejemplo, fueron seguidos por la prensa con bastante de detalle, aunque en estos casos no se

⁸⁰ *La Razón*, 23 junio 1983.

publicaban muchas declaraciones sobre lo que habían vivido durante la guerra – cuanto mucho se reproducían palabras de los jefes o a lo sumo algún testimonio muy puntual-. Este fue el caso del Regimiento de Infantería 7, que llegó a La Plata un día antes que el Regimiento de Infantería 3. Su llegada recibió enorme atención por parte de la prensa al punto de que el *Diario Popular* hizo una cobertura especial de fotografías⁸¹ pero-como en las notas que se habían hecho hasta entonces-no se dio tampoco a sus miembros mucho lugar para testimonios. Como se trató de un regimiento con una importante cantidad de bajas, lo (tristemente) peculiar del caso fue que cuando la prensa sí habló con quienes regresaban lo hizo preguntando fundamentalmente por los muertos durante la contienda. En relación con esos otros casos, la recepción del Regimiento de Infantería Mecanizado 3 podría caracterizarse como algo excepcional. Además de ser uno de los primeros en salir desde Campo de Mayo hacia sus asientos de paz, toda la llegada fue un masivo evento en el que los periodistas pudieron hablar directamente con quienes volvían de la guerra. Probablemente ese sea el motivo por el cual las declaraciones de sus miembros fueron de las primeras en circular en los medios de comunicación.

Sobre su llegada a La Tablada se publicaron noticias en varios de los diarios de mayor tirada a nivel nacional, probablemente porque el coronel Alberto Horacio Calloni, por entonces intendente de La Matanza, había aprovechado el regreso del regimiento organizar un evento de recepción público. Se alentó que durante varias cuadras que rodeaban el predio –y, especialmente, a lo largo de la avenida Crovara- se amontonaran familiares, amigos y vecinos para recibir a quienes varios meses antes habían marchado a las islas australes a combatir. Todos los grandes medios habían sido convocados, y la mayoría acudió a la cita con sus fotógrafos y periodistas listos para registrar la llegada y, al mismo tiempo, acercarse a buscar testimonios de sus protagonistas: quienes regresaban de la guerra y sus familiares. Esa actitud por parte del intendente, quien no cobró un lugar de especial relevancia en las notas publicadas sobre la recepción, es llamativa si se la compara con las prácticas del mismo gobierno en otras escalas: no hubo otras recepciones de estas características y en general la línea oficial fue mantener la distancia entre quienes volvían de la guerra y la esfera pública o al menos no alentar este tipo de eventos populares.

⁸¹*Diario Popular*, 22 de junio de 1982.



Un contingente de soldados argentinos que combatieron en las islas Malvinas llega al Regimiento 3 de Infantería, con asiento en La Tablada, donde era aguardado por sus camaradas y aproximadamente 3000 personas, entre parientes y amigos

Diario *La Nación*, 23 de junio de 1982.

Aunque los colectivos de la línea 55 que los traían venían directamente desde Campo de Mayo, ninguno de los diarios mencionó ni comentó esa estadía. Es curioso, de hecho, porque la noticia del arribo de los miembros de este regimiento fue acompañada en el diario *Clarín* por la publicación de un comunicado oficial del Comando en Jefe del Ejército en que se confirmaba que desde el día 19 estaban llegando contingentes de personas desde las islas, que aquellas que no pertenecieran al Comando del V Cuerpo eran “enviados directamente a sus unidades de origen” y que los demás “serán conducidos por modo aéreo a la guarnición de Campo de Mayo, donde permanecerán el tiempo mínimo indispensable para completamiento de trámites administrativos”. ¿Por qué nadie preguntó ni comentó nada sobre este momento? El comunicado difundido también se refería a la situación de las personas que buscaban información sobre personas que habían partido a la guerra pero de las que aún no había noticias, tema al cual –como vimos- desde muy temprano la prensa dedicaba constante atención. Para estas personas se disponía en el Instituto Geográfico Militar en la Capital Federal una oficina de infirmes.

La falta de comentarios sobre supaso por Campo de Mayo o sobre cómo había sido esa recepción oficial no se puede interpretar como falta de interés por las experiencias de quienes habían ido a la guerra. Muy por el contrario, ese día la primicia no la tuvieron los altos rangos militares ni los funcionarios de gobierno que se hicieron presentes sino las palabras de quienes bajaban de los micros a reencontrarse con familiares y amigos. Hablaron suboficiales, oficiales y también soldados conscriptos, y

sus testimonios fueron variados. En *La Nación* se priorizaron los comentarios sobre “la faceta dolorosa de la gesta vivida”: la falta de alimento, el hambre que se había pasado durante los días en las trincheras, a las malas condiciones sanitarias “pues en sesenta y dos días nos bañamos sólo dos veces” y a la escasez de municiones que había provocado que “no hubiera con qué darles” a los ingleses⁸². *Clarín* también hizo foco en testimonios de esta índole, que implicaban distintos grados de críticas hacia la conducción de la guerra porque narraban experiencias dolorosas. “Pese a las evidentes directivas para que “atenuaran” sus relatos”⁸³ *Crónica* hizo hincapié, también, en los comentarios sobre la mala alimentación y fue el único en señalar que a partir de lo que se escuchaba era evidente que habían existido “problemas entre mandos y tropas”, aunque no se especificaba más.

Más allá del comentario de *Crónica* no hay otros indicios de que haya habido ningún tipo de supervisión en el momento de las entrevistas. Sin embargo, quienes declaraban ante la prensa parecían saber que podía haber formas de control sobre lo que dijeran o, al menos, que se podían prever repercusiones por sus comentarios si eran negativos respecto de lo actuado por las fuerzas. Las palabras de un subteniente del regimiento, al respecto, contrastan en dos sentidos con otras publicadas ése mismo día. El caso es que su testimonio –publicado en prácticamente todos los periódicos- no se concentra en los aspectos negativos de la contienda ni en lo actuado por el ejército y, además, es el único que se publica junto al nombre de su autor. En el resto de los casos se habla de quienes dieron sus opiniones a *La Prensa* de forma genérica: “un oficial”, “un subteniente”, “un soldado”, “el joven” o más ampliamente aún “un grupo de jóvenes comentaba”. Sobre el tema *La Nación* hizo un comentario que, puesto en diálogo con lo explícito y detallado de la información que el mismo diario había dado unos días antes sobre las personas entrevistadas en Campo de Mayo, hace suponer que no publicar los nombres de los testimoniantes no era una decisión editorial sino, por el contrario, de las personas que hablaban con *La Prensa*. En la nota en cuestión, también a propósito de la llegada de los miembros del Regimiento 3 a La Tablada, *La Nación* aclaraba que “los soldados -que no suministraron sus nombres “por razones previsibles””, habían puesto como condición no identificarse para hablar. Este, sin embargo, no fue el único periódico que mencionó explícitamente el tema de las identificaciones. En otro diario se publicó que, después de que un grupo de jóvenes

⁸²*La Nación*, 23 de junio de 1982

⁸³*Crónica*, 23 de junio de 1982.

diera sus testimonios a *La Prensa* “otro grupo de soldados se acercó para solicitar que no se den los nombres de los soldados que hicieron declaraciones, temiendo que tengan “algún tipo de problemas””⁸⁴. Ambos casos resaltan lo colectivo de la decisión de no dar sus nombres por la presunción de represalias pero, sobre todo, hacen evidente la pervivencia de la dinámica –adquirida probablemente durante la contienda- de actuar en grupo y de cuidarse entre sí.

Aunque recién comenzaba circular las voces de quienes habían vivido la guerra, la decisión de contar sus opiniones y experiencias sin dar nombres no era una novedad. El día anterior *Clarín* había publicado una nota sobre los testimonios de quienes aún se encontraban en Madryn. Allí el periódico explicaba que “los oficiales, preparados psicológicamente durante años, se rehúsan a revelar los detalles negativos de la contienda y los que hablan, de cualquier jerarquía, coinciden en no querer identificarse”⁸⁵. El comentario, además de mostrar lo generalizado de la decisión, tiende a reforzar la división entre quienes habían ido a la guerra como profesionales y quienes habían ido “bajo bandera”. Aunque por entonces el espacio público se fortalecía la diferenciación entre miembros regulares de la fuerza y conscriptos, entre quienes habían ido a la guerra la distancia no pasaba por los grados formales sino por la propia experiencia bélica. Para Miguel Ángel Trinidad, que en 1982 volvió de la guerra como soldado conscripto, una de las impresiones del día que llegaron a La Tablada fue que “los oficiales, suboficiales y soldados estábamos igualados por primera vez, éramos objeto por primera vez de una mirada distinta por parte de la gente que se quedó [en el continente]”⁸⁶.

Quizás como efecto de la propia experiencia bélica, al menos alguno de los miembros del regimiento no se sintieron amedrentados por las posibles represalias y decidieron hablar con los medios igual. En general, entre las cosas que dijeron y que se publicaron se repitieron las observaciones que (quizás ellos mismos) ya habían hecho en sus Actas de Recepción: que el armamento no estaba en condiciones, que no era del tipo de armamento requerido para ese tipo de enfrentamiento y que no tenían elementos para hacerles el mantenimiento que requerían, que no había información sobre lo que estaba pasando, que pasaron frío porque el equipamiento no era el adecuado para las condiciones climáticas y que la comida era insuficiente. Asimismo, quienes

⁸⁴ *Diario Popular*, 23 de junio 1982.

⁸⁵ *Clarín*, 22 de junio 1982.

⁸⁶ Entrevista Miguel Ángel Trinidad, junio 2022.

evidentemente pertenecían a la compañía que entró en combate cuerpo a cuerpo se refirieron con detalle a la crudeza de ése enfrentamiento, aunque nadie se refirió (o al menos no se publicó) cómo fue vivir bajo los constantes bombardeos del enemigo. En los comentarios tampoco aparecen sugeridas las fisuras al interior del cuerpo de oficiales ni suboficiales, quizás porque -como señalaba *Clarín*- quienes pertenecían a la institución castrense consideraran que la vía interna era la legítima para la solución de los conflictos internos de la fuerza.

Pese a ser organizado por un funcionario del propio gobierno militar (que era él mismo, además, militar) la masividad del evento y su carácter público entró en tensión con las prácticas habituales del regimiento, en donde probablemente no era habitual ver miembros de los medios de comunicación. Una de las personas encargadas de la seguridad del predio, en ese contexto, comunicó a un cronista de *Diario Popular* “**la prohibición de hacer preguntas o notas a los soldados o a los padres de estos que se encontraran en el lugar**” (las negritas son originales). Esta prohibición –de acuerdo al diario- fue levantada de hecho cuando “el hombre de prensa, rodeado por padres de soldados que querían hacer conocer sus opiniones” mantuvo la “firme actitud” de averiguar la procedencia de dicha orden y cuestionarla porque “se contradecía con la libertad de que se había gozado para trabajar en el lugar” aún cuando el hombre encargado de la seguridad había aseverado que “**Ud. no hace ninguna pregunta aquí. Eso es una disposición mía**”⁸⁷.

Los propios medios y sus trabajadores comenzaban a cambiar su actitud frente a la institución castrense. Frente a cierta inaccesibilidad a las noticias que estaban buscando en ese momento aparecían respuestas explícitas y públicas. El episodio y el modo en que fue narrado, además, demuestra que conocer las palabras de quienes regresaban de la guerra –y en este caso sus familiares- eran un vehículo (y motivo) legítimo para sostener intercambios antes impensados. Así, el retorno de miles de personas que habían sido enviadas a la guerra también fue ocasión para cuestionar públicamente una medida que se presentaba como injustificada y autoritaria que, además, se construía como explícitamente contraria a la voluntad popular de quienes se hallaban en el lugar (y que, en su defensa pero también para hacer públicas sus voces, rodeaban al cronista en las puertas del regimiento). Esto, sin embargo, tampoco puede ser exagerado: esta no es una crítica masiva, generalizada ni sistemática al gobierno ni sus mediadas. Por el contrario,

⁸⁷*Diario Popular*, 23 de junio de 1982.

forma parte de un proceso con marchas y contramarchas en el que los medios se encontraban a mediados de 1982: se lo narra como episodio aislado mientras el mismo diario destaca, como se mencionó, las bondadosas características del evento y quienes lo habían puesto en marcha.

Entre los recuerdos de quienes llegaron en los colectivos a La Tablada también aparecen, entremezclados, momentos de alegría con situaciones de tensión. Según Miguel Ángel Trinidad “el regreso fue ése en realidad: La Tablada. Abrazar a tu vieja”, aunque para César Trejo (que también había ido a la guerra como conscripto) algo que distinguió la llegada a la tablada era que “la gente estaba un poco más triste y angustiada, diferencia a lo que se había vivido en Madryn, donde nos recibieron como si hubiéramos regresado con la victoria”⁸⁸. Para ese entonces y más allá de lo que dispusieran los jefes, según Trinidad, “todos estábamos totalmente insubordinados”. Ya habían estado en Campo de Mayo y por eso “nadie tenía intención de quedarse a dormir en el cuartel y la sensación, por otra parte, era la de la inminente salida. No sabíamos bien qué iba a pasar pero nadie se quería quedar ese día”⁸⁹. Esto se mantenía tanto entre los soldados reincorporados que sabían que “automáticamente llegábamos a la unidad y nos íbamos, por eso estábamos muy ansiosos”⁹⁰ (porque eran quienes habían terminado el período de servicio militar obligatorio y sólo habían sido convocados para la contienda) como para los “clase 63”, para quienes la conscripción formalmente aún no había finalizado y no sabían todavía cómo sería el futuro⁹¹.

La emoción de encontrarse con las personas que los esperaban se entremezclaba, según recuerdan sus protagonistas, con la posibilidad de encontrarse con las familias de los caídos y tener que comunicarles ellos la novedad. Esto –que, por otra parte, era lo que había ocurrido y ocurriría en las llegadas de otros regimientos- generaba “una sensación ambivalente: por un lado de la enorme alegría de ver y tranquilizar a la familia, pero por el otro la angustia de los que no habían regresado, ver a la gente desesperada indagando, a los familiares, y en algunos casos tener que decirles lo que había pasado”⁹². Se trataba de situaciones que los ponían en contacto directo con la

⁸⁸Entrevista César Trejo, junio 2022.

⁸⁹Entrevista Miguel Ángel Trinidad, junio 2022.

⁹⁰Entrevista Cesar Trejo, junio 2022.

⁹¹Finalmente se resolvió que todas las personas que retornaban de la guerra se podían ir unos días a sus casas para presentarse luego en el regimiento. La única excepción fue el caso de algunos miembros del área de Personal de la unidad a las que se les requirió que permanezcan en el cuartel por su conocimiento específico de la situación del regimiento.

⁹²Entrevista Cesar Trejo, junio 2022

propia experiencia bélica: en el recuerdo de la llegada a La Tablada de Trinidad, por ejemplo, tiene un lugar importante su “*temor* de encontrarme con la mamá de Cao, porque era durísimo contarle en ése momento que Julio murió”. En líneas generales y aunque no lo habían coordinado ni hablado previamente, ese día “todos evitábamos hablar con los familiares, era muy cruel y le correspondía al Ejército y no a nosotros”⁹³.

El contexto generalizado era de poca información y confusión. Un oficial de personal que regresaba, él mismo también, de Campo de Mayo ese día recuerda que “después de la misa veo un joven que se dirigía directamente hacia donde estaba yo (...) le pregunto ¿pero usted no está muerto? (mi pregunta es porque sabíamos de su deceso) De la alegría nos reímos los dos, comienzo a tocarlo y otra vez pregunto ¿qué hace acá? (...) lo volví a tocar nos abrazamos y nos pusimos a llorar los dos” (Ceballos, 2012, p.98). El subteniente en cuestión había recibido una herida por la que había llegado en el barco hospital a Comodoro Rivadavia. Sin embargo, desde ahí se había dirigido por sus propios medios al aeropuerto donde unos pilotos decidieron llevarlo hasta la Capital Federal para regresar hasta su regimiento. El mismo oficial de personal que se acababa de encontrar con uno de sus subtenientes al que creía muerto fue al que le tocó enfrentar a algunas de las familias. Con información todavía confusa, su recuerdo es que tampoco había miembros del Ejército que los acompañasen: “nos sentimos solos, para enfrentar a los familiares, debiendo los efes de Compañía comunicarles la triste noticia del fallecimiento a sus seres queridos” (Ceballos, 2012, p. 98).

Aunque no está muy claro si fue una decisión de los jefes de la unidad o resultado de un reclamo colectivo, en algún momento se decidió que quienes así lo prefirieran podían retirarse del cuartel con la ropa de combate. Quizás como una continuidad del episodio de algunos días antes en Campo de Mayo, cuando algunos de los miembros del regimiento no quisieron cambiar su ropa por la que es daban en el Centro de Recuperación, la mayoría de los jóvenes que se retiraban del cuartel después de la misa que se ofició lo hicieron vestidos como habían vivido la guerra. Distintos entrevistados recuerdan que les resultó especialmente impactante el viaje desde el cuartel a sus casas –en muchos casos en transporte público- porque fue un reencuentro ya no con quienes habían ido a recibirlos sino con el resto de la población:

Recuerdo el tránsito de La Tablada a mi casa, solo, como un tránsito de mundos (...) ahí descubrí como tres argentinas: la de Madryn, la de La Tablada y la de la Capital. Ahí, como suele ocurrir en las grandes ciudades, yo pasaba con ropa de combate y ni

⁹³ Entrevista Miguel Ángel Trinidad, junio 2022.

me miraban. Fue la frialdad, yo me sentía como una sombra⁹⁴

Las personas para las que un soldado vestido de combate pudo resultar inadvertido en el transporte público pueden haber sido las mismas que, al día siguiente, tuvieron la posibilidad de leer en los periódicos sus declaraciones. La presencia en los diarios de estas voces hace evidente que al menos algunas de las personas que volvieron de la guerra eligieron, tan pronto como pudieron, hablar sobre sus experiencias bélicas y hacer públicas sus opiniones. Aunque fueron de los primeros en hablar, sus voces hacen eco con otros relatos que por los mismos días circulaban en los diarios y provenían de miembros de otros regimientos y unidades. Qué dijeron muestra que las críticas generales que se elaboraron en las Actas de Recepción fueron hechas públicas, aunque no se explicitaron –o no se publicaron– aquellas vinculadas a las fisuras al interior de los grupos de oficiales y suboficiales, que sí se pueden entrever en sus respuestas al llamado “Anexo 4” de las Actas de Recepción.

Es notorio que estas personas no sólo hicieron uso de la palabra sino también de una incipiente capacidad organizativa o, al menos, de dimensiones colectivas que se habían configurado durante los meses en las islas. Esto se expresó en dos sentidos; por un lado, en lo que uno de los entrevistados recuerda como “la insubordinación” generalizada asociada a la necesidad de irse del cuartel ese mismo día. Por el otro, en la actitud de cuidarse entre sí y preservar la identidad de los compañeros frente a posibles represalias por sus declaraciones a la prensa que uno de los periódicos detectó y publicó.

III.IV. Voces públicas después del regimiento

El día siguiente a que se publicara la noticia sobre la llegada de los miembros del Regimiento 3 a La Tablada el diario *La Razón* publicó en su tapa que “varios generales de brigada habrían exigido una investigación tras conocer declaraciones de soldados que retornaron de combatir en las Malvinas”⁹⁵. El caso es que se habían distribuido, en los despachos de los altos oficiales del Comando en Jefe del Ejército, fotocopias de *Crónicas* periodísticas en las que aparecían declaraciones de quienes habían vuelto de la guerra. Entre los testimonios que habían llegado a la plana mayor se resaltaba uno que el día anterior había hecho alguien del Regimiento de Infantería Mecanizado 3: “seguro que sí [volvería a pelear por las Malvinas], pero si hay una política lógica y si me dan un fusil que funcione”. Durante los días siguientes varios periódicos publicaron notas en

⁹⁴Entrevista César Trejo, junio 2022.

⁹⁵*La Razón*, 24 de junio de 1982.

las cuales representantes del Ejército Argentino “desmentían” algunos de los testimonios publicados los días anteriores.

Las repercusiones de las palabras en los periódicos de quienes volvieron de la guerra no se hicieron esperar. Sus voces hicieron eco tanto fuera como dentro del Ejército porque apelaron a una sociedad ya sensibilizada por la guerra. Por eso mismo, sus experiencias los convirtieron en sujetos autorizados para evaluar públicamente la cara más legítima del gobierno que era su saber-hacer profesional, es decir, hacer la guerra. Intramuros de la institución castrense, esto implicó que se pusieran en marcha variados mecanismos tanto para conocer qué decían públicamente quienes volvían de la guerra y hacer un seguimiento de sus actividades como para crear espacios que contuvieran sus efectos que ya se vislumbraban como potencialmente relevantes. Los primeros meses de posguerra, extramuros del ejército, se caracterizaron en los periódicos por la alternancia de las denuncias en primera persona sobre lo vivido en las islas con las declaraciones de distintos representantes oficiales de la institución castrense. Mientras el espacio público era arena de disputas, a quienes habían vuelto de la guerra se los representaba alternativamente como *víctimas* o *héroes* y paulatinamente sus voces tuvieron cada vez menos lugar. Simultáneamente, ellos mismos comenzaron a darse estrategias de organización colectivas para intervenir sobre un espacio público en el que paulatinamente tenían cada vez menos lugar y en el que comenzaron a ser representados por algunos sectores, también, como *amenaza* al orden social.

El 30 de junio de 1982 un ex soldado del regimiento 3 dio una entrevista que el diario *Clarín* tituló “dramático relato de un combatiente” y ocupó, el día siguiente, una página completa del periódico. El entrevistado, que siguiendo con la línea establecida durante las semanas anteriores eligió no dar su nombre, hizo un relato detallado sobre la falta de comida, las dificultades de equipamiento, las condiciones climáticas a las que se enfrentaron, los casos de congelamientos de extremidades, la falta de presencia en las posiciones donde se encontraban los soldados de los oficiales de alto rango y las diferencias que se vivían entre las posiciones de primera línea y las de los altos mandos del regimiento. En los detalles que narra sobre su experiencia en las islas –que, por otra parte, podrían ayudar a identificarlo– es llamativo el modo en que destaca que “los últimos cuatro días entramos en combate, pero yo no hice cuerpo a cuerpo sino que serví de apoyo con fuego de morteros al avance de la compañía...”⁹⁶. Esta forma de

⁹⁶ *Clarín*, 1 de julio 1982.

hablar de la guerra y su participación en ella llama la atención sobre la circulación, también en el espacio público, de las jerarquizaciones de las experiencias entre pares. Allí por un lado revaloriza una parte de su experiencia como la “más” bélica pero al mismo tiempo se encarga de resaltar que él no participó en el combate cuerpo a cuerpo, lo que constituiría el “grado máximo” del “guerrero”. Estas comparaciones, asociadas al “mito del guerrero” que ya se percibían en los modos en que los miembros del regimiento testimoniaron durante su estadía en el Centro de Recuperación evidentemente continuaron circulando durante los meses de posguerra y se extendieron por fuera de los cuarteles enfatizando el valor tanto del combate cuerpo a cuerpo como del dolor. Al respecto, cabe preguntarse si la selección del entrevistado habrá estado asociada a esta participación en la guerra o si esto habrá sido totalmente casual.

Ni en esa nota del 1 de julio ni en las venideras se habla o se menciona el proceso de regreso desde el campo de batalla. En adelante, esta es una constante. Si por una parte la ausencia de información, comentarios y testimonios sobre los dispositivos de recepción resalta lo exitosa que fue la política de ocultamiento que ya desde la normativa se proponía, la circulación de testimonios hace evidente que los propios ex combatientes estaban produciendo fisuras en el secretismo gubernamental. Durante los últimos días de junio y los primeros de julio otros testimonios de miembros de diferentes unidades del país fueron apareciendo en distintos medios escritos. En su mayoría las declaraciones combinaban críticas sobre cómo se había vivido la guerra con la aseveración de que volverían a pelear y que la derrota no era definitiva.

La exposición al dolor fue una de las claves más importantes en las que se editorializaron y pusieron a circular la mayoría de los testimonios de quienes habían vuelto de la guerra durante los primeros meses. Esto se corrobora en dos sentidos: por un lado, asociado a las denuncias sobre cómo había sido el día a día en las islas y, por el otro, en relación a los efectos de la guerra en el cuerpo de los combatientes. En este último caso se pueden ubicar las numerosas notas sobre los heridos de guerra. En ellas los combatientes narraban, desde los hospitales, las circunstancias en las que habían resultado heridos. El 2 de julio, por ejemplo, un soldado conscripto del regimiento 3 fue entrevistado para una nota titulada “Hablan los ex combatientes”⁹⁷. Desde su cama del hospital explicó que sus quemaduras en varias partes del cuerpo habían sido producto de un accidente y narró con detalle cómo funcionaba el calentador de racionamiento. Ese

⁹⁷ *La Razón*, 2 de julio de 1982.

mismo día otro periódico publicó una nota sobre los internados en el Hospital Militar de Campo de Mayo donde se explicaba que un sargento del regimiento 3 era “uno de los casos que más trabajo demandó a los médicos castrenses”⁹⁸ debido a la complejidad de tratamiento que tenía una fractura de tibia con una perforación en la arteria femoral.

Estos dos sentidos en los que circularon los testimonios de quienes habían vuelto de la guerra se corresponden con las dos formas en las que por entonces se comenzaron a representar a esos jóvenes: como *víctimas* de la guerra –y quienes la habían llevado adelante– y, simultáneamente, como *héroes* que habían enfrentado el peligro –y sufrían las consecuencias en el cuerpo– en defensa de la soberanía nacional. La forma más extrema de esta última expresión se encontraba, por supuesto, en la circulación de noticias sobre aquellos cuyo paradero aún se desconocía y sobre los muertos en combate que se representaban indefectiblemente como el grado máximo de heroicidad y sacrificio. Una y otra forma de representación generalmente se confundían y entremezclaban.

La circulación de las palabras de los protagonistas de la guerra, tanto en los casos en que se trató de denunciantes sobre *losufrido* durante la contienda como cuando se trataba de representantes del ejército *desmintiendo* esas declaraciones prueban que los medios gráficos estaban dispuestos, tan pronto como terminó la guerra, a ser la caja de resonancia de esas voces y disputas. El Estado, por su parte, no se mantuvo al margen de lo que ocurría: a través de sus secciones de inteligencia, tan pronto como terminó la guerra el ejército ya estaba siguiendo de cerca los movimientos de la prensa.

El 6 de julio el diario local La Ciudad de Venado Tuerto, provincia de Santa Fe, publicó una nota cuyo protagonista era un suboficial del Regimiento de Infantería Mecanizado 3. “Enterémonos de la verdad (...) dejemos que el sargento Moreno [relate en primera persona su experiencia de guerra]”. Las palabras del sargento, que en este caso evidentemente había permitido que se publicara su nombre, cuestionaban explícitamente lo ocurrido durante la guerra: la escasez de alimentos, la hostilidad del clima con el inadecuado equipamiento y las malas condiciones en las que se encontraba el armamento eran algunas de las cuestiones que relataba con detalle. El caso es llamativo porque se trataba de un suboficial que explícitamente cuestionaba al mismo ejército al cual pertenecía: “nosotros apenas llegamos ya vimos cómo nos iba a ir”⁹⁹, sentenciaba. Como esa nota está en un periódico local y no en uno de tirada nacional – los relevados para esta investigación– esta publicación hubiera pasado desapercibida y

⁹⁸ *Diario Popular*, 2 de julio 1982.

⁹⁹ *La Ciudad*, 6 de julio de 1982.

nunca hubiera llegado a estas páginas si el propio Ejército Argentino no la hubiera detectado. Su existencia y sus efectos fueron advertidas por la institución que monitoreaba con detalle *La Prensa* por aquellos días: el 15 de julio, ocho días después de que la nota apareciera publicada, el general de brigada José Julio Mazzeo (por entonces oficial del Estado Mayor) elaboró un informe en el que adjuntó el artículo en cuestión debido a que “tuvo amplia repercusión entre la población de dicha ciudad, donde se recogieron comentarios hostiles hacia el EA”¹⁰⁰. Aunque no es posible seguir su camino burocrático ni conocer los mecanismos a través de los cuales se monitoreaban los testimonios en *La Prensa* porque sólo se conservan algunos documentos aislados, el informe tuvo repercusiones: el 23 de julio, poco más de una semana después, otro oficial de alto rango que desempeñaba funciones en Inteligencia del Comando del I Cuerpo de Ejército escribió una nota a sus superiores en la que solicitaba que se produjeran notas dando aviso del caso y, además, pedía un informe ampliatorio¹⁰¹. El intercambio, que se interrumpe después de esta nota porque el caso desaparece del archivo que llegó hasta el presente, sugiere que desde muy temprano se consideraba que las declaraciones de quienes habían vuelto de la guerra podían producir un fuerte impacto en quienes las leyeron y tener efectos potencialmente relevantes que era meritorio monitorear.

El 9 de julio, día de la independencia argentina, no se realizaron los desfiles que la revista *Gente* reclamaba y por los que pedía disculpas a quienes habían vuelto de la guerra. Ese día, sin embargo, ocurrieron al menos dos episodios significativos en relación a los modos en que se procesaba públicamente la posguerra. Por un lado el comandante en jefe del ejército, Cristino Nicolaidis, visitó en el Hospital Militar de Campo de Mayo a los ex combatientes internados frente a cronistas de distintos periódicos que fueron llamados al encuentro. De acuerdo con lo publicado, “en todos los casos en que [Nicolaidis] dialogó con los ex combatientes se interesó por la situación laboral que deberán enfrentar con posterioridad a su recuperación y les aseguró que el Ejército se ocupará de procurarles trabajo”¹⁰². Esta preocupación pública muestra que por entonces ya existía una intención oficial de desplazar el foco de la atención pública desde de la experiencia pasada (la guerra) hacia las expectativas de futuro (el trabajo). Simultáneamente, dicho desplazamiento y el lugar que el

¹⁰⁰CEM, Sección Inteligencia, SHE.

¹⁰¹CEM, SHE.

¹⁰²*Diario Popular*, 10 de julio 1982.

comandante en jefe del ejército asumen en él se corresponde con el argumento elaborado por Chao acerca de que tan pronto como la guerra finalizó el Ejército intentó posicionarse a sí mismo como la institución que gestionara las consecuencias que la guerra provocara a sus protagonistas (Chao, 2021). Durante la visita de Nicolaides al hospital militar los propios heridos, sin embargo, encontraron la forma de hacer escuchar sus opiniones y que éstas lleguen a las páginas de los diarios. Un soldado del regimiento 3 que estaba internado por haber perdido parte de sus pies por el llamado “mal de trinchera” (congelamiento) aprovechó la visita para decirle a dicha autoridad que “lo que me pasó pudo ser evitado, porque yo venía avisándole a mis jefes desde hacía días que tenía muy mal mis pies”¹⁰³. Frente a esa situación el comandante en jefe del ejército declaró lo que había ocurrido “estaba mal” y que no lo justificaba. Cuando el joven le dijo que como su profesión (dibujante técnico) le exigía estar parado y ahora no podría hacerlo no sabía de qué trabajaría, el representante del ejército le repitió, como a los otros heridos, que lo ayudarían a conseguir un trabajo.

Intramuros del Ejército, el mismo 9 de julio también es recordado como una fecha significativa por Oscar Ángel Ceballos, un oficial que en 1982 fue a la guerra como oficial de Personal del Regimiento de Infantería Mecanizado 3:

Después del 9 de julio cambiaron al Jefe del Regimiento. Después me enteré que era porque tenían miedo de que nos subleváramos. Había que normalizar las cosas, entonces cambiaron a las personas de lugar. A una persona que vive una guerra no le podés mentir, no es fácil de engañar, entonces nos empezaron a separar por las dudas. Qué se yo....cuando hay un temor así es porque algo estás haciendo mal, ¿no?¹⁰⁴

Los cambios al interior del regimiento llevaron tiempo, no son fáciles de rastrear y se contraponen a la dimensión “pública” que en este apartado intento rastrear. Que hayan permanecido en el ámbito de lo no público durante tanto tiempo, sin embargo, hace evidente qué cosas permanecieron totalmente por fuera de la lente de prensa por aquel tiempo. Quizás evaluando algo de las solidaridades y disputas producidas durante la contienda, durante la posguerra hubo movimientos que separaban a las personas que habían vuelto de la guerra pero permanecerían en la fuerza. Se les asignaron nuevos destinos al personal que había combatido, pero estos cambios se fundamentaron formalmente siguiendo los mecanismos burocráticos establecidos para ése fin. Como no es posible acceder a legajos de personal porque es información resguardada por la ley de

¹⁰³*Diario Popular*, 10 de julio 1982.

¹⁰⁴Entrevista Ángel Oscar Ceballos, julio 2022.

protección de datos personales (25326), no es posible por el momento hacer un análisis exhaustivo de cada caso. Sin embargo, en líneas generales es destacable que durante la posguerra muchos de los oficiales y suboficiales jóvenes del regimiento cambiaron de destino y que también hubo muchos que, durante los siguientes años, pidieron sus respectivas bajas. Esto dialoga con el hecho demostrado por Frederic (2013) de que entre 1983 y 1993 el 22% del total de oficiales y el 35% de suboficiales del Ejército Argentino pidieron su baja de la fuerza. Nada de eso, sin embargo, trascendió de los límites de la fuerza ni del ámbito de lo privado, y por lo tanto no tomó estado público: el ámbito castrense, como ya mencioné, continuó representándose en la prensa de forma más o menos homogénea y en contraposición al universo civil de los conscriptos.

Mientras en alguna habitación del Hospital Militar de Campo de Mayo el soldado con “pie de trinchera” tenía aquel fuerte intercambio de opiniones con el comandante en jefe del ejército frente a los periodistas; lejos de su vista y sus lentes se comenzaban a producir cambios al interior del regimiento. Ese mismo 9 de julio César Trejo, ex soldado conscripto del regimiento 3, habló en público por primera vez en su vida:

El primer acto que me invitaron fue en el Frente de Izquierda Popular, en la calle La Rioja, estaba el Colorado [Jorge Abelardo] Ramos y yo recuerdo que me invitan a dar una charla, o a decir unas palabras. Yo creo que fue para el 9 de julio, fue la primera vez que me llamaron a hablar aun lugar y recuerdo que me temblaban las piernas. Me había hecho un machetito para hablar y me temblaban las manos, me temblaba la voz, porque había 80, 100 personas adelante y yo estaba nerviosísimo. Y en ese acto vinieron 2 o 3 compañeros ex combatientes, que los invité, y con los que compartimos el acto. Y después me enteré que iba a haber una reunión, me llegó la invitación, en la casa de la mamá de un compañero, Jorge Vazquez, ex soldado de la infantería de marina, del BIM 2. Y nos juntamos y ahí empezó el Centro de Ex Soldados Combatientes de Malvinas de Capital, yo ahí empecé a militar. Empecé a tener pertenencia.¹⁰⁵

En el relato de Trejo ése mismo 9 de julio se inauguraba otra forma de participación pública que ya no estaba sólo asociada a la prensa escrita. La circulación de su voz, experiencia y opinión no quedaba delegada en los medios de comunicación sino que era él mismo quien la llevaba a un lugar. En su recuerdo la invitación fue individual (lo invitan a él) pero la participación colectiva (junto a los compañeros a los que él había invitado). Que el lugar donde su voz se hizo pública por primera vez fuera un acto de un

¹⁰⁵Entrevista César Trejo, junio 2022.

partido político expresa que desde muy temprano hubo vínculos entre este tipo de organizaciones y quienes habían ido a la guerra. Además, en el testimonio se funde esa primera participación del 9 de julio en el acto del Frente de Izquierda Popular con el momento en que él mismo comienza a participar en la que terminó siendo la primera forma de organización y participación política que un grupo de ex combatientes se dieron a sí mismos en la Capital Federal.

El Centro de ex Soldados Combatientes de Malvinas de Capital se fundó formalmente el 26 de agosto de 1982 y en él hubo, desde el principio, una participación significativa de personas que habían ido a la guerra como miembros del regimiento de infantería mecanizado 3. Por entonces en la prensa ya se hablaba muchísimo menos de la guerra y de quienes habían regresado, y la actitud respecto de una organización de regresados no fue diferente. Al contrario, el recuerdo de dos de sus miembros es coincidente y bastante radical. Si uno recuerda que “mandábamos una gacetilla y no nos daban ni cinco de bola”¹⁰⁶, otro considera que la decisión de no reproducir ni hacer eco de sus palabras no era casual:

El cerco de la prensa era muy fuerte sobre nosotros, yo creo que alguna circular habría o algo así, porque no podía ser si no, nunca te llamaban. Nunca bajo la dictadura fuimos convocados por los medios. Después, con la democracia, empieza otra cosa con las revistas sensacionalistas, pero esa ya es otra historia...¹⁰⁷

Organizados, quienes habían regresado de la guerra eran sus propios editores y podían crear sus propias gacetillas o comunicados. Hacerlas circular en los medios masivos de comunicación era una –entre otras- formas de que sus voces y opiniones se oyeran en la prensa pero desde sus propias perspectivas y con sus propios reclamos. Para los miembros de la incipiente organización, la exclusión de los medios de comunicación fue tan importante que “romper ese cerco mediático se volvió por momentos un objetivo en sí mismo”¹⁰⁸.

Organizándose, los propios protagonistas de la guerra (como el representante del ejército preocupado por el trabajo de los heridos) también comenzaban a preocuparse por la dimensión de futuro y a imaginar un horizonte de posibilidad en el que se proyectaban a sí mismos como agentes de cambio social y político. Si por un lado esto se expresaba en reclamos concretos hacia el Estado (vinculados principalmente con políticas en materia de salud, educación y trabajo), por otra parte implicaba debates

¹⁰⁶Entrevista César Trejo, junio 2022.

¹⁰⁷Entrevista Miguel Ángel Trinidad, junio 2022.

¹⁰⁸Entrevista Miguel Ángel Trinidad, junio 2022.

políticos sobre la sociedad que por entonces ya estaba en construcción.

Si por aquellos meses para buena parte de la dirigencia política los jóvenes en general se constituían en una promesa de una nueva sociedad democrática (Manzano, 2017), para el Ejército había al menos un segmento de jóvenes que comenzaba a verse como una *amenaza*. Los soldados que habían combatido en Malvinas y comenzaron a participar -aunque fuera de una forma sutil o incipiente- de la vida política local podían ser un agente de *perturbación*. Si esto ya formaba parte del universo de representaciones posibles para los jóvenes en general en Argentina, que desde hacía varias décadas eran vistos como promesa de un futuro mejor pero por eso mismo como potenciales amenazas al orden establecido (Manzano, 2017), el caso es que durante los últimos meses de 1982 y en adelante esta visión también se instaló, con fuerza, sobre quienes habían regresado de combatir.

La preocupación del Ejército Argentino por la actividad pública e intenciones políticas de los jóvenes que regresaban de la guerra no sólo se puede corroborar con las intervenciones sobre las declaraciones, por ejemplo, del sargento que contaba su perspectiva de la guerra en el periódico local santafesino. Aún varios meses después de la rendición y el regreso de sus combatientes, sus miembros sostenían prácticas de inteligencia sobre las organizaciones que iban conformando, las clasificaban en función de cómo cada una de ellas caracterizaba a la fuerza y les hacían un intenso seguimiento. A partir de la información que obtenían, asimismo, elaboraban sus propias políticas y normativas. Esto, que Chao identifica como una intención por gobernar la continuidad de la vida de los civiles que lucharon en Malvinas bajo bandera (Chao, 2021, p.37) se expresó en una serie de normativas elaboradas por la institución castrense desde julio de 1982¹⁰⁹ a través de las cuales se intentaba canalizar las necesidades de quienes habían regresado de combatir y coordinar a las entidades que los representaran (Chao, 2021, p. 204).

La Orden Especial del Comandante en Jefe del Ejército (OECJE) 783/83, elaborada en abril de 1983, es especialmente significativa por tres motivos. En primer lugar, porque su objetivo explicitaba la preocupación institucional por la imagen que las organizaciones de ex combatientes ya estaban produciendo en el espacio público en tanto se proponía la “recuperación moral y física de dichos excombatientes y la consolidación de su vinculación espiritual con la INSTITUCIÓN”. En segundo lugar,

¹⁰⁹Un análisis detallado en Chao, 2021 y Chao, 2017.

porque demuestra que aún si estos jóvenes eran vistos como potencialmente *amenazadores*, no dejaban de ser representados simultáneamente como *víctimas necesitadas* de una tutela institucional para “evitar que personalidades u organizaciones con fines políticos o ideológicos puedan instrumentarlos para los propios fines”. En tercer lugar, el minucioso detalle de la información con la que se acompaña la normativa demuestra que existía un nivel de investigación e inteligencia extremo sobre las organizaciones desde sus propias fundaciones.

En uno de los anexos de la norma se incluía una lista detallada de las “organizaciones de ex soldados combatientes en Malvinas y entidades que las apoyan” que distinguían aquellas con predisposiciones “favorables”, “neutras” o “desfavorables o dudosas” hacia las Fuerzas Armadas. Encabezaba la última de las listas el “Centro de ex soldados combatientes en Malvinas”, y sobre su existencia se databa la fecha de constitución y su sede (con número de calle, piso y letra del departamento). Luego, el anexo continuaba con información personal de sus dirigentes que incluía no sólo la unidad en la que habían ido a la guerra sino también nombre de sus familiares, sus ocupaciones, si ellos o alguien de su familia tenían o habían tenido participación política o de qué organizaciones eran simpatizantes, la dirección donde vivían y condición de esa propiedad (si era de la familia o alquilaban, por ejemplo), así como también si “poseen” o “carecen” de “antecedentes en la Comunidad de Inteligencia”¹¹⁰. De acuerdo con la información que la normativa recolecta, de los 5 dirigentes de la organización quienes cumplían el rol de “Vicepresidente” y de “Secretario y relaciones públicas” eran dos ex miembros del Regimiento de Infantería Mecanizado 3. Aunque tal como lo recuerdan estas personas los roles no eran estáticos sino que fueron cambiando con el paso del tiempo, es significativo que al menos en lo que reconoce la normativa la representación del regimiento sea del 40% entre sus dirigentes.

Una de las preocupaciones más importantes de quienes elaboraron la normativa era el efecto político que podían tener estas organizaciones, por lo que era crucial rastrear de forma exhaustiva qué tareas realizaban, qué participaciones públicas tenían y qué vinculaciones con otras organizaciones. Por eso había una sección denominada “Principales actividades, vínculos, contactos” en la que se detallaba que:

La finalidad aparente es la de nuclear a los exsoldados combatientes para brindarles apoyo laboral, psicológico y otros servicios médicos y jurídicos. Han participado de los siguientes actos principales:

¹¹⁰OECJE 783/83, CEM, SHE.

1. Oct 82: Conferencia de prensa Club Italiano – Bs. As.
2. Oct 82: Marcha Festival de la Juventud 82, organizado por Consejo Argentino por la Paz, el Partido Comunista y la Federación Juvenil Comunista, en Club FCO–Buenos Aires.
3. Nov 82: Reunión de coordinación en sede Partido Conservador Popular – Buenos Aires.
4. Dic 82: Organizan misa en Santo Domingo. No fue autorizada.
5. Ene 83: Acto en Plaza San Martín en repudio a GRAN BRETAÑA. Entrega de un documento en el Ministerio de Relaciones Exteriores y en el Ministerio del Interior.
6. Feb. 83: Edición Nro. 0 de la revista “La voz del combatiente”, dirigida por Trinidad y Vazquez.
7. Feb a Mar 83: Reuniones de coordinación con delegados de centros similares, representantes de partidos políticos y de sectores sindicales para organizar actos conmemoración aniversario recuperación ISLAS MALVINAS, el 02 abr. 83.
8. 27 Mar al 02 de Abril 83: Desarrollo de actos conmemoración Semana de la Malvinas. En general fueron prohibidos por la Policía Federal, menos el realizado el 02 Abr 83, frente a la Plaza Fuerza Aérea Argentina, en el cual privaron las demostraciones de hostilidad hacia Inglaterra, Estados Unidos y Las Fuerzas Armadas.

Desde los comienzos de la organización de este centro se puso en evidencia la intención de su copamiento por organizaciones marxistas y de la izquierda de ciertos partidos políticos y sectores sindicales. Se ha comprobado la participación en las reuniones del Centro de representantes de las siguientes entidades:

- Departamento Juvenil Consejo Argentino por la Paz (CAP)
- Servicio de Paz y Justicia (SERPAJ)
- Liga Argentina por los Derechos de l Hombre (CAPAH)
- Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APAH)
- Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS)
- Unión de Mujeres Argentinas (UMA).
- Movimiento ecuménico por los Derechos Humanos (MEDH).
- Partido Comunista (PC):
- Intransigencia y Movilización Peronista (IMP).
- Juventudes por el Estado de Derecho (Partido Intransigente – UCR – Partido Socialista Unificado – Federación Juvenil Comunista – Departamento Juvenil Metropolitano de la LADH)

- Frente de Izquierda Popular (FIP)
- Partido Conservador Popular (PCP).
- Partido Intransigente (PI).
- Partido Socialista Popular (PSP)
- Partido Socialista Unificado (PSU)
- Confederación Socialista (CS)
- Movimiento al Socialismo (MAS)

También hay evidencias de vínculos y contactos con las siguientes personas:

- ██████████: del Consejo Argentino por la Paz
- ██████████: del Partido Intransigente.
- ██████████: de la Juventud a la Liga Argentina por los Derechos Humanos.
- ██████████: de la Federación Juvenil Comunista.
- ██████████: del Partido Socialista Unido.
- ██████████: de la Confederación Socialista.¹¹¹

Es muy posible que la inteligencia que había dado lugar a la normativa se haya realizado de forma sistemática desde el inicio de las actividades del Centro, momento desde el cual se llevaba un registro detallado de actividades y vínculos políticos que se habían establecido. Esto demuestra, por un lado, la continuidad de prácticas y saberes que habían mucho antes de la guerra los militares habían desarrollado y perfeccionado para vigilar intensamente a diferentes organizaciones políticas que existían en Argentina (Casola, 2015; Scocco, 2019) y que desde mediados de 1982 aplicaba a quienes ellos mismos habían enviado a combatir a Malvinas. Por otra parte, hace evidente lo prolífico que en muy pocos meses había sido el Centro y lo múltiples contactos que había establecido, mostrando a su vez la importancia que los ex combatientes empezaban a tener en la dinámica política local de fines de 1982 y (por lo menos) inicios de 1983.

El anexo de la normativa también incluye información sobre los aparentemente intensos debates que la organización sostenía hacia su interior, así como también con otras organizaciones análogas pero de otras partes del país que muy pronto también se fueron conformando:

Durante la preparación de los actos de conmemoración del Aniversario de la recuperación de las Islas Malvinas para el 02 Abr 83, se puso en evidencia en las reuniones de delegados que se efectuaron una violenta puja entre los sectores definitivamente marxistas y los de tendencia peronista, ya que cada uno de ellos trató de

¹¹¹ OECJE 783/83, CEM, SHE.

gravitar con el mayor peso posible en las decisiones a adoptar y en el documento que se redactó para hacer público y entregar en la Casa Rosada el día del acto central (02 Abr 83) (...) Se sabe que existe un vínculo entre este centro y el de igual nombre que existe en Rosario, ciudad donde también se produjeron discusiones entre los sectores peronistas y marxistas para gravitar en las características del acto programado para el 02 de Abr 83 y que finalmente no se realizó.

En estas anotaciones es evidente que a los ex organizados se los interpreta como sujetos activos, con distintas ideologías políticas (que configuran “distintos sectores” dentro de las organizaciones) y por lo tanto se los identifica como *amenaza* que amerita la acción de inteligencia. Ese cambio de actitud por parte de la institución militar hacia quienes habían vuelto de la guerra también se expresó hacia dentro de las filas militares, aunque en un período de tiempo mayor, y probablemente sea la que motorizó los cambios en los lugares de destino de quienes habían participado de la contienda. La sensación de ser vigilados, en ese sentido, es recordada por distintos oficiales y suboficiales jóvenes que permanecieron en el regimiento una vez concluida la contienda¹¹² y luego fueron redistribuidos a diferentes lugares.

Después de que los regimientos volvieran a sus asientos de paz el Estado no abandonó su pretensión de controlar o al menos intentar limitar la circulación de información sobre el fin de la guerra. Esto se expresó fundamentalmente en el modo en que se limitó la circulación sobre cómo se recibió a quienes retornaban de la guerra, pero también en su interés por hacer circular la propia perspectiva sobre los hechos y, como demuestra la visita de Nicolaidis al Hospital Militar del 9 de julio, mostrar públicamente el interés y ocupación dedicada a quienes habían vuelto de la guerra y sus futuros. Simultáneamente, quienes volvieron de la guerra también intentaron hacer públicas sus voces. El rol de los medios gráficos en este proceso fue crucial: aunque por un lado hicieron lugar a quienes retornaron de la guerra y, con ello, explicitaron e hicieron circular explícitas críticas al gobierno militar, al mismo tiempo sus líneas editoriales generalmente los representaron o bien como *víctimas* o bien como *héroes*. Con el paso de los meses fueron disminuyendo el lugar dedicado a los protagonistas de la guerra, probablemente a medida que sus declaraciones dejaron de estar sólo concentradas en la experiencia bélica y comenzaron tomarla como base a partir de la cual pensar el futuro (y reclamar por el rol del Estado y la sociedad en general en él).

¹¹²Entrevista con un testificante que pidió que su nombre permaneciera anónimo.

Mientras en Argentina se hacía cada vez más evidente que se estaba construyendo un cambio social y político que, como mínimo, se expresaría en las siguientes elecciones nacionales ya pesar de que el Estado reforzara sus prácticas de vigilancia, quienes volvieron de la guerra volcaron sus esfuerzos a que sus palabras, preocupaciones y reclamos circularan en múltiples espacios y formaran parte de las preocupaciones de distintos sectores de la sociedad.

III.V. El voto cantado de los que nunca votaron

Entre diciembre de 1982 y marzo de 1983 el periódico *Tiempo Argentino* realizó y publicó diariamente una encuesta titulada “el voto cantado de los que nunca votaron”. El día de su primera aparición sólo habían pasado seis meses del fin de la guerra de Malvinas y de derogación de las normas -implementadas por la dictadura militar aún gobernante- que prohibían las actividades políticas partidarias en Argentina. En la encuesta participaron casi tres mil jóvenes que por entonces se preparaban para acercarse a las urnas electorales por primera vez. Pretendiendo cierta representatividad, trabajadores del diario recorrieron durante cuatro meses diecinueve partidos de Gran Buenos Aires y prácticamente todos los barrios de Capital Federal en busca de jóvenes que transitaran la vía pública para tomarles un retrato y hacerles cuatro preguntas: “¿Querés votar en las próximas elecciones? ¿Por cuál partido votarías? Dentro de ese partido, ¿a quién votarías como presidente de *La Nación*? ¿Qué le exigirías al nuevo gobierno?”. Los encuestados tenían entre 17 y 26 años de edad y representaban a un conjunto de personas que durante esos meses estuvo en el foco de atención pública: debido a su cantidad -aproximadamente un cuarto del padrón-, las decisiones de los jóvenes tendrían un impacto directo en los resultados finales de las elecciones. ¿Cuáles eran sus preocupaciones principales? ¿Qué lugar tenían la guerra y posguerra allí?

Mientras iniciaba el último mes de 1982 la publicación de una encuesta como esta era en sí misma una noticia. Aún considerando los cambios que por entonces estaban realizando muchos de los medios gráficos más importantes del país, en cuyas páginas aparecían cada vez más notas con opiniones contrarias al gobierno, no era habitual que un periódico recorriera Buenos Aires en busca de jóvenes listos para votar por primera vez. Tampoco lo era que, junto a sus opiniones, mostrara tanto sus rostros -porque la encuesta incluía la publicación de sus retratos- como su información personal. Asimismo, era noticia aquello que la encuesta actualizaba en cada publicación: los jóvenes tenían múltiples opiniones y reclamos, y estaban dispuestos a decirlos a

unperiódico mientras se aproximaba la fecha de transformarlas en un voto. Las voces de estos jóvenes, como lo habían sido las de quienes volvían de la guerra, fueron vehículo para hacer públicas tanto las críticas y reclamos que miles de jóvenes tenían al gobierno todavía en funciones como también sus expectativas de futuro. En estas circunstancias, sin embargo, los jóvenes brindaban a la prensa la combinación de sus opiniones e información personal sin reparos. Aunque no es posible rastrear si hubo (y, en ese caso, en qué cantidad) jóvenes que prefirieran no hablar con la prensa o aportar sus datos personales, tanto la existencia de la entrevista como el volumen de respuestas positivas ya es contrastante con la decisión prácticamente unánime de quienes habían regresado de la guerra de no dar sus nombres a la hora de dar su opinión. ¿Qué había cambiado durante esos seis meses? ¿Pudo tener la circulación de voces de quienes habían vuelto de la guerra un rol relevante en ese cambio?

Más allá del partido o candidato “ganador” a partir de sus respuestas es claro que la preocupación principal de los jóvenes era económica: la crisis, la falta de trabajo (digno), la insuficiencia de los sueldos y la necesidad urgente de “soluciones” para poder “vivir mejor” son las cuestiones más mencionadas. Por otra parte, en casi todas las respuestas aparecen moduladas cuestiones relativas a la necesidad de paz: “vivir en paz”, “que haya paz”, “poder estar en paz”, “queremos paz y trabajo” “pan, paz y trabajo”, “paz, paz para todos los Argentinos” “trabajo digno y paz” son algunas de sus formulaciones. ¿Hay relación entre este pedido generalizado de paz y la guerra de Malvinas? Un joven resumía sus expectativas de futuro diciendo que “pediría libertad. Libertad de prensa, de expresión y en el estudio, democracia y un poco más de seriedad, para hacer la paz y para hacer la guerra también”¹¹³.

En casi todas las entregas de la encuesta durante los cuatro meses que duró al menos una de las personas entrevistadas mencionó la guerra o la reciente derrota bélica. Uno dice “nunca más una guerra!” mientras otro “que expliquen lo que pasó en Malvinas”. Alejandro Gómez, un estudiante de 17 años, reclamó por “un trabajo estable, que no pasemos otra vez lo de las Malvinas y que seamos una Nación unida”. Daniel Omar Rossi, un desocupado de 24 años, dijo que “que ponga en claro la deuda externa y que se juzgue a los responsables de la guerra de las Malvinas. Que de prioridad a la industria nacional”. Al menos alguna de las personas encuestadas expresaba, cada día, cosas como que exigiría “soberanía en las Malvinas”, “que se aclare el problema de las

¹¹³*Tiempo Argentino*, 15 de enero de 1983.

Malvinas”, “la verdad sobre la guerra de las Malvinas”, “lo principal, que se recuperen las Malvinas”. “Que todos los argentinos podamos tener un buen trabajo, y que recupere nuestras islas”, “explicación sobre la guerra de las Malvinas” o “que no dejen el asunto de las Malvinas, que se investigue”.

Si bien las respuestas asociadas a la guerra no son mayoritarias, lo sistemático de su aparición pone de manifiesto que se trataba de un tema relevante al menos para este sector de la población. Llama la atención, sin embargo, que prácticamente no aparecen entre las respuestas juveniles ecos de los propios reclamos de los ex combatientes: nadie pide por políticas de reparación, de salud o de educación –por poner un ejemplo– para quienes habían ido a combatir. Quizás esto se relacione a que las voces organizadas de los ex combatientes todavía no habían tenido mucha difusión en los medios de comunicación. ¿Sería porque recién iniciaban su camino de la militancia y la participación política o porque, ya por entonces y como recordaba uno de los entrevistados, tenían dificultades para que sus voces se publiquen en los grandes medios de comunicación? Si, como sugiere la documentación producida por la inteligencia militar, durante los meses previos a abril de 1983 los jóvenes ex combatientes organizados se estaban vinculando no sólo con partidos políticos sino particularmente con sus ramas juveniles ¿habrían sido diferentes las respuestas si se hubiera entrevistado a jóvenes militantes de esas organizaciones? ¿Qué lugar habían tenido allí sus reclamos?

Más allá de la reflexión contrafáctica y atendiendo a las respuestas que sí dieron los jóvenes entrevistados, es destacable el vínculo que mayoritariamente se establece entre la guerra y el pedido de “investigación”, “verdad” y “justicia” ¿Por qué percibían, estos jóvenes, que eso era lo que hacía falta? Considerando la contundencia y multiplicidad de testimonios y denuncias que habían hecho en la prensa quienes recién habían vuelto de combatir, es muy posible que hubieran quedado, al menos como una huella, la necesidad de saber más y mejor qué había pasado durante esos meses en las islas del sur. Es llamativo, sin embargo cómo se emparentan sus respuestas con otros reclamos que ya circulaban desde antes de la guerra y que cobraron mayor intensidad tras la derrota: los de las y los militantes de las organizaciones de derechos humanos. Durante esos meses reclamar información e investigar para conocer la verdad y hacer justicia eran las reivindicaciones principales en relación con los crímenes cometidos por la aún gobernante dictadura militar. Aunque en las respuestas que los jóvenes dieron a *Tiempo Argentino* casi no se menciona ni a los desaparecidos ni los derechos humanos, es muy posible que algo en torno al modo de gestionar o de reclamar frente al gobierno

estuviera extendiéndose cada vez más si, como señaló Franco (2017), lo que tras la derrota estaba cambiando era “la disposición general hacia quienes habían sido vistos como los árbitros legítimos del «caos» y los salvadores de la patria en 1976”.

A través de su encuesta *Tiempo Argentino* llamaba activamente a la población en general –y a los jóvenes en particular- a acudir a las urnas. Al hacerlo se posicionaba a sí mismo no sólo como formador de opinión pública sino también como propiciador de actitudes y prácticas entre sus lectores, para quienes los jóvenes se representan como metáfora de futuro y cambio en un sentido civilista y democrático. En contraposición a otras representaciones contemporáneas a la encuesta, que perfilaban a los jóvenes como *amenaza* al orden social o como *víctimas* de la violencia estatal, la encuesta producía a través de la repetición la idea de jóvenes pacíficos, reflexivos, que dedicaban su tiempo al estudio, al trabajo (o a su activa búsqueda) y que estaban ávidos de democracia. Una democracia que, al menos a simple vista, se identificaba con una amplia participación pública pero atomizada, con la multiplicidad de opiniones centralizadas, unas elecciones regulares y demandas populares hechas voz pública. Tanto la paz como la guerra tenían allí un rol destacado: para los jóvenes encuestados Malvinas se había vuelto uno de los ejes prioritarios del futuro político de Argentina.

III.VI. Conclusiones

Cuando la revista *Gente*, el 15 de julio de 1982, pedía perdón a los ex combatientes no sólo se posicionaba a sí misma en relación a los jóvenes que habían vuelto de la guerra sino (quizás sobre todo) frente al gobierno. Los desfiles y recepciones públicas que reclamaban nunca habían sido organizados y quizás lo que este medio intentaba era distanciarse de esa decisión o contraponerla a las diferentes expresiones que espontáneamente habían ocurrido en cada regimiento al que llegaban personas directas desde las islas. Quienes habían regresado de la guerra venían demostrando, desde el propio momento de su arribo, que debido a sus propias experiencias y cómo las estaban interpretando sus regresos no fueron ni silenciosos ni impotentes: estaban dispuestos a hablar y había motivos para criticar el modo en que el Ejército Argentino había hecho (y perdido) la única guerra por la soberanía de las Islas Malvinas. Sus voces, en este sentido, se volvieron una vía legítima para cuestionar a quienes habían conducido la guerra y, por extensión, a quienes gobernaban desde 1976. Al menos durante los meses de junio y julio de 1982 las declaraciones y testimonios de quienes habían vuelto de la guerra fueron fundamentales en la construcción –que había comenzado antes de la

guerra- de un clima crecientemente antimilitar y antidictatorial.

En las formas en las que los medios gráficos de tirada nacional cubrieron los regresos de la guerra, sin embargo, resalta su carácter ambivalente. Si por un lado en la más inmediata posguerra hicieron lugar en sus páginas y alentaron la circulación de los testimonios “más dramáticos” sobre la guerra, al mismo tiempo fueron tierra fértil para que en ellas se reproduzcan las palabras, opiniones y propuestas de los representantes de la institución castrense argentina. También respetaron muy cuidadosamente el celo con el que el propio ejército había decidido recibir y “recuperar” en secreto a quienes regresaban de combatir: durante las semanas posteriores a la rendición no se hizo prácticamente ninguna referencia a los dispositivos elaborados para su recepción ni al modo en que éstas ocurrían, con la única excepción de situaciones que eran una evidente puesta en escena alentada por el mismo gobierno.

En cualquier caso, después de la derrota hubo una circulación masiva de noticias vinculadas a la guerra, aunque no así en relación a sus protagonistas. Al menos sobre los miembros del Regimiento de Infantería Mecanizado 3, las novedades fueron fraccionadas: se anotició a la población de su llegada primero a Puerto Madryn y luego a La Tablada, omitiéndose completamente su paso por Campo de Mayo y lo que allí ocurrió. Entonces se inauguró un momento en que los periódicos fueron caja de resonancia para los variados testimonios de quienes recién salían de los cuarteles y decidían hacer públicas sus voces, experiencias y opiniones. Con el paso de los meses, sin embargo, la presencia pública de quienes retornaron de la guerra fue decreciendo a medida que sus testimonios, opiniones e ideas comenzaban a ser menos individuales y más colectivos u organizados.

El Estado y en particular el Ejército Argentino, mientras tanto, no abandonaron su pretensión de conocer, regular y hasta modelar la información que circulara públicamente sobre la guerra, sobre quienes habían sido enviados a combatir e incluso sobre sí mismo como institución. Esta intención se expresa al menos en el seguimiento que se desde muy temprano se hizo sobre las declaraciones publicadas en la prensa, en sus propias apariciones públicas en fechas especialmente simbólicas, en la propia normativa que elaboraban durante la posguerra y, también, en la minuciosa inteligencia que realizaron sobre quienes habían regresado de combatir, sus familiares, contactos, actividades, debates y organizaciones. Aún así, sus límites de acción fueron magros: desde la más inmediata posguerra sus testimonios minaron de cuestionamientos no sólo su legitimidad sino también su autoridad. Y esto se proyectó en el tiempo: incluso si

hubo –como uno de los entrevistados cree- algún tipo de normativa o indicación que no permitiera a la prensa publicar en los medios de comunicación las voces de los ex combatientes una vez que se organizaron, sus participaciones públicas comenzaron a ser independientes de la gran prensa y a circular en otros ámbitos (más vinculados a otro tipo de organizaciones y partidos políticos).

Ni bien salieron de Campo de Mayo muchos de los miembros del Regimiento de Infantería Mecanizado 3 decidieron hablar con la prensa y repetir, para las páginas de los diarios, muchos de los relatos, críticas y observaciones que pocos días antes habían redactado en sus Actas de Recepción. Si por un lado su resolución a hablar con la prensa resalta una fuerte capacidad de agencia y decisión sobre sí mismos, no es menos destacable que en ese primer momento prácticamente ninguno de los entrevistados de los que decía cosas negativas sobre el Ejército o sus miembros diera su nombre o información que pudiera servir para su identificación. Esto resalta lo inestable de su situación: sus propias experiencias los habilitaban a hablar pero, al mismo tiempo, todavía estaba latente la posibilidad de que existieran consecuencias o repercusiones por sus palabras.

Aunque los periódicos los representaran mayoritariamente como *héroes* o como *víctimas*, quienes volvieron de la guerra encontraron formas de expresar sus propios testimonios y opiniones, tanto individual como colectivamente. Más adelante, algunos de los miembros del regimiento 3 se dieron sus propios espacios para actuar de forma colectiva y organizada, y tuvieron un lugar relevante en la conformación del primer Centro de soldados ex combatientes de Buenos Aires. Estos espacios fueron plataformas desde las cuales pensarse a sí mismos no sólo en relación a su pasado y sus experiencias bélicas sino, sobre todo, en relación a sus presentes y los futuros posibles.

La idea sobre los regresos silenciosos de la guerra a los que aludía la revista *Gente* y que se extiende en cierto sentido común que llega hasta nuestros días quizás no se relacione a silencios que la prensa literalmente no hizo sobre la contienda. Por el contrario, quizás se relaciona con una dimensión más humana de la experiencia bélica y los efectos de la guerra (y de la derrota) en quienes volvieron. Efectivamente, con el paso de las semanas y los meses el lugar que los medios gráficos otorgó a quienes habían regresado de la guerra tendió a decrecer. Ellos mismos, sin embargo, se daban espacios de organización e intentaban hacer más públicas sus voces y sus reclamos mientras comenzaban a vincularse con otros jóvenes que por aquellos meses también proyectaban a través de la política un futuro mejor.

Conclusiones

En más de un sentido los diez días que van del 14 al 24 de junio de 1982 fueron cruciales para los cientos de jóvenes que, tras el alto al fuego en las Islas Malvinas, comenzaban a emprender el regreso a La Tablada. Allí, en la Provincia de Buenos Aires, estaba el asiento de paz del regimiento con el que habían ido a combatir. Oficiales, suboficiales, conscriptos reincorporados y los que aún no habían recibido la baja tenían en común, además de edades más o menos próximas, las muy recientes experiencias bélicas compartidas. Aunque sus situaciones formales eran muy diferentes, desde que comenzó el camino de regreso compartieron, además, la convicción de que desde el La Tablada podrían volver, al menos por unos días, a sus respectivas casas.

Como la guerra, sin embargo, la vuelta no fue ni lo que esperaban ni lo que habían comenzado a imaginar. Desde las islas embarcaron en el Canberra, un buque de bandera británica que los llevó hasta Puerto Madryn. Allí, ocultos de las miles de personas que se habían amontonado para recibirlos, los llevaron a hasta El Palomar en aviones y desde ahí directo a la Escuela de Suboficiales Sargento Cabral, dentro de la guarnición de Campo de Mayo. El Centro de Recuperación del Personal de la Fuerza (CRPF) fue el dispositivo de recepción elaborado por el Ejército Argentino para recibirlos y “recuperarlos”, un espacio intermedio entre el frente de batalla y la vuelta a los cuarteles o las casas desde donde casi tres meses antes habían partido. Recién después de Campo de Mayo los llevaron, en colectivos de línea, hasta La Tablada. Entre miles de personas que, ahí sí, los esperaban alrededor del regimiento partieron, finalmente, hacia donde cada uno quiso o pudo. Desde entonces elaboraron sus propias formas de hacer circular sus voces en distintos espacios (dentro y fuera del ejército) y de organizarse en base a sus propias experiencias de guerra y, también, de regresos.

Tal como analicé en el primer capítulo, la elaboración de este dispositivo de recepción pone de manifiesto una faceta eminentemente productiva del ejército y del Estado argentino aún en el contexto de la derrota bélica. En relación con esto, los días de más inmediata posguerra fueron interpretados como fundamentales en al menos dos sentidos: por un lado, como un tiempo valioso para obtener la mayor cantidad de información posible sobre la contienda y sus sucesos durante esos meses. Por el otro, como un espacio en el que se podían (y debían) configurar o establecer parámetros acerca de cómo las experiencias bélicas y la institución que dirigió la guerra serían interpretadas durante la posguerra. Para ambas tareas era imprescindible contar con las personas enviadas al frente durante algunos días.

Ya fuera porque eran numéricamente mayoritarios o porque eran un sujeto al cual el Estado y su ejército consideraban estratégico desde mucho antes del inicio de las hostilidades en las islas australes, los jóvenes fueron el foco principal de lo planificado. A ellos estaban dirigidos los estrictos cronogramas de actividades al aire libre, la organización física y los objetos puestos a su disposición: entre otros, se repartían instrumentos musicales, golosinas, películas, revistas, y juguetes. Modelar o intervenir en la formación de las identidades de los jóvenes varones que regresaban del frente de batalla parece haber sido uno de los objetivos tácitos (pero primordiales) de este espacio/tiempo dedicado a “la recuperación” de los combatientes. Que buena parte de estos bienes repartidos no hayan sido comprados o adquiridos por el Estado sino recibidos como donaciones sugiere, simultáneamente, dos cuestiones. Por un lado, que al menos una parte del sector privado tenía interés en alentar las mismas prácticas, identidades y consumos juveniles que el Ejército Argentino. Por otra parte, que hubo quienes no cesaron su apoyo a la causa, sus protagonistas e incluso quizás tampoco al gobierno militar que traía de las islas la derrota.

El Centro de Recuperación del Personal de la Fuerza, en relación con lo anterior, fue concebido como un espacio en el que, además, se pudiera gestionar y controlar la información sobre situaciones relacionadas con la guerra. Aunque su elaboración fue tan excepcional como lo fue la participación argentina en una contienda bélica internacional y regular, también forma parte de la historia más larga de una institución militar que ya gestionaba y elaboraba normativa hacía décadas sobre espacios donde alojar prisioneros de guerra, aunque fuera de prisioneros de características diferentes. Aunque aquí se trataba, como el nombre lo indica, de miembros de la propia fuerza y no de enemigos, no es sorprendente que se proyectara fundamentalmente como un espacio y un tiempo “de transición” crucial para conocer y contener lo ocurrido pero también intentar controlar o al menos bocetar lo que viniera más adelante, es decir, el futuro de miles de jóvenes que habían regresado de combatir y retornaban a sus casas o sus cuarteles.

Según analicé en el segundo capítulo el Centro de Recuperación del Personal de la Fuerza también se constituyó como espacio y tiempo intermedio o de transición entre la guerra y la no-guerra para quienes lo habitaron, aunque en un sentido diferente a lo esperado por la fuerza. Al menos algunos de los oficiales, suboficiales y soldados conscriptos del Regimiento de Infantería Mecanizado 3 que volvieron de la guerra directo al Centro fueron encontrando, desde su llegada, múltiples formas de apropiarse de él y expresar, allí, su propia agencia. En este sentido, el Centro de Recuperación fue

vivido como un momento de oportuno para estabilizar tano solidaridades como disputas que se habían producido durante los días en las islas, vínculos que no respetaban ni cabían en las jerarquías institucionales sino que las sobrepasaban y les eran transversales. Asimismo, el tiempo en el Centro y los requerimientos de información de la institución militar fueron reinterpretados como oportunidades para dejar testimonios (orales y escritos) sobre lo que había ocurrido, sobre cómo interpretaban ellos mismas la guerra, la derrota y la actuación de las propias fuerzas.

Por aquellos días los jóvenes del Regimiento de Infantería Mecanizado 3 empezaron a imaginar la vida después de la guerra, algunos dentro y otros fuera de los cuarteles. Entonces fue tiempo de preguntarse qué tipo de relación podían (y querían) tener con el Ejército y el Estado, qué podía modificarse de la propia institución militar en general y del servicio militar obligatorio de allí en más, cómo podían traducirse sus experiencias en aprendizajes y qué lugar podían tener quienes habían vuelto de la guerra en ese proceso. Algunos episodios ocurridos durante esos días ponen de manifiesto que mientras estaban alojados en el Centro al menos algunos de ellos comenzaron a explorar formas de mantenerse vinculados entre sí, e incluso para qué y cómo era posible o deseable organizarse. Por la intensidad de emociones y lazos que la guerra había producido, también elaboraron objetos para despedirse que se escapaban del control institucional, bienes materiales que cada uno pudiera conservar para recordar no sólo la guerra sino a las personas con las que la habían compartido. Nada de todo eso estaba previsto por quienes los recibían.

Oponerse a las propuestas que les hacían, elegir no cambiarse la ropa de combate, abuchear e incluso amenazar colectivamente a un alto mando de la fuerza fueron actitudes y situaciones espontáneas que les demostraron a sus protagonistas al menos dos cosas: la potencia de sus experiencias compartidas –a partir de las cuales redimensionaban su presente y a otras personas- y el valor de actuar colectivamente. En este sentido el Centro fue, también, transicional para todos los agentes que intervinieron en él: si quienes volvían de la guerra no miraban de la misma forma a la institución que los había enviado a combatir por la soberanía de las islas australes, quienes dirigían la institución también comenzaron a ver con otros ojos a quienes regresaban.

En el Centro también se expresaron algunos resquebrajamientos que surgieron al interior de la fuerza, sobre todo entre los oficiales más jóvenes y con menos jerarquía del regimiento y los de mayores rangos, y disputas que llegaron arrastradas desde las trincheras. Aún así, sin embargo, durante esos días también se les hizo evidente que

desde su regreso existían distancias o diferencias entre “ellos” y quienes no habían ido a la guerra. Aunque no se profundizaron ni se expresaron plenamente, la sensación de ser vigilados por su potencial peligro, locura o rebelión se sumó rápidamente a la de ser tratados como “marcianos” por parte de la misma institución que los había preparado y enviado a combatir. Aunque excede los límites y los objetivos de esta tesis, la estadía en el Centro parece crucial también en la delimitación de algunos de los rasgos más relevantes de la identidad de quienes regresaban y de cómo se los representó.

A través de los testimonios que oficiales, suboficiales y soldados concriptos elaboraron en los formularios llamados Actas de Recepción es evidente que quienes regresaron de la guerra se posicionaron a sí mismos como sujetos activos cuyas opiniones, reflexiones y señalamientos eran valiosas debido a sus experiencias. Sus palabras y sus silencios, sin embargo, también sugieren que no todos los interpretaban como bélicas, o al menos que entre ellos operaban comparaciones y jerarquizaciones en las que se valorizaba como “más” bélica la mayor exposición al peligro o al dolor, configurándose una escala tácita que tenía en su punto máximo al combate cuerpo a cuerpo (la mutilación y la muerte). Esto, que se corresponde con lo descrito tanto en la historiografía internacional como en la local para otros casos, podría haber operado también entre los miembros del Regimiento de Infantería Mecanizado 3 al menos durante los días que siguieron al cese al fuego y mientras estaban alojados en el Centro.

Tan pronto como llegaron al Centro de Recuperación de la propia Fuerza al menos algunos de los jóvenes que regresaban de hacer la guerra tomaron roles muy activos respecto de su propio lugar y agencia en el proceso de regreso y, ni bien pudieron, también lo hicieron en los medios de comunicación y en el espacio público.

En el tercer capítulo me enfoqué simultáneamente en la circulación de las noticias sobre el regreso/recepción de los guerreros en la prensa gráfica y en la aparición de las voces de los miembros del regimiento 3 en el espacio público una vez que salieron del Centro de Recuperación. Tal como el seguimiento de noticias publicadas demuestra, el 14 de junio no se inauguró un período de silencio en la prensa sino, más bien, todo lo contrario: desde entonces circularon noticias de todo tipo sobre la contienda, sus características, los motivos de la derrota y las opiniones que la rendición producían en representantes políticos, sindicales, del sector público y privado. La circulación de estas notas pone de manifiesto simultáneamente dos cosas. En primer lugar, que los medios de comunicación se encontraban transitando un momento de fuerte ambivalencia con respecto al gobierno militar ya que mientras por un lado la derrota implicó que se le

diera lugar a voces cada vez más críticas respecto de su accionar -y, por lo tanto, a distanciarse de sus decisiones- por otra parte publicaban y reproducían en sus páginas con sumo cuidado cada una de las declaraciones oficiales y las puestas en escena que el Ejército Argentino elaboraba y montaba sobre los regresos de la guerra y las explicaciones de la derrota. En segundo lugar y en relación con lo anterior, la amplia circulación de noticias sobre la guerra y la rendición hace evidente que hubo algunos temas sobre los que sí hubo un silencio muy pronunciado, y que entre ellos el proceso de recepción y “recuperación” de quienes volvían de la guerra tiene un lugar destacado. Este silencio específico demuestra que aún si la pretensión de control de la información por parte del ejército estaba minada por la emergencia de voces críticas, había algunos espacios sobre los que aún tenía pleno gobierno: lo que ocurría dentro de los regimientos y especialmente en la guarnición militar de Campo de Mayo era de su estricto monopolio.

Pero si dicha pretensión de control de la información existía y se respetaba estrictamente al menos dentro de los predios de gestión militar, encontró un límite en las propias agencias y decisiones de las personas que regresaban de la guerra. Aún después de su paso por el Centro -o, quizás, debido a su estadía allí-, tan pronto como los miembros del regimiento de infantería 3 bajaron de los colectivos que los llevaron hasta La Matanza comenzaron a hacer públicos sus testimonios, reflexiones e ideas.

Quizás porque el intendente improvisó una recepción popular con vecinos y medios de comunicación para los miembros de regimiento o quizás porque fue uno de los que más rápido regresó a su asiento de paz, las voces de los miembros del Regimiento de Infantería Mecanizado 3 circularon en prácticamente todos los diarios de tirada nacional durante los días y semanas siguientes a su llegada. Aunque hubo algunos comentarios positivos respecto de la fuerza, la mayoría se concentraron en lo más dramático de la experiencia. Debido a que eran portadores de la vivencia, sus testimonios se constituyeron públicamente como voces legítimas para criticar tanto al gobierno como al ejército que los había llevado a combatir. El control oficial de la información y de la circulación de las palabras, sin embargo, no se había licuado ni borrado totalmente: si bien es cierto que hay testimonios muy críticos y que tan pronto como pudieron hubo quienes decidieron empezar a hablar, también es cierto que nadie daba su nombre ni información que los hiciera identificables y que, valga la redundancia, no todos hablaron. Es evidente, en este sentido, que todavía estaba en el abanico de posibilidades que hubiera represalias o consecuencias por las declaraciones.

Con el correr de los meses y a medida que su aparición en la prensa era cada vez más esporádica, quienes regresaron de la guerra como parte del regimiento 3 comenzaron a transformar las actitudes y acciones colectivas en formas más o menos incipientes de participación política en la que resultó la primera organización de ex combatientes de Malvinas, que conoció la luz pública el 26 de agosto de 1982. Esto no pasó inadvertido para el ejército y, tal como había hecho desde el final de la guerra, intentó controlar su existencia o al menos por conocerla en detalle. Por eso sobre ella se aplicaron mecanismos de inteligencia –una práctica que empleada sobre otros jóvenes que se organizaban políticamente hacía años-. La información que elaboraban era insumo de normativas que, aún meses después del fin de los combates, intentaban gobernar los cuerpos, mentes y vidas de quienes habían regresado de la guerra.

Sus lógicas de autoorganización y reclamos dialogaban, como desde el momento en que retornaron al continente, con las pretensiones de control oficiales y los mecanismos legales de gestión y contención que se iban elaborando sobre la marcha. Sus voces, sin embargo, traspasaron los límites de la prensa y su gobierno porque muy pronto empezaron a circular en otros espacios públicos y a tramar vínculos con otras organizaciones políticas –entre las cuales las juveniles probablemente tengan un lugar destacado-. La intensidad con la que aparece en una encuesta de intención de voto juvenil la necesidad de conocer lo ocurrido en Malvinas y cómo se interconecta con los reclamos por trabajo digno, verdad, justicia y paz no son sino una muestra de profundo efecto de la guerra incluso entre los jóvenes que no habían ido a combatir.

El estudio de un grupo de personas en un tiempo y un espacio acotado permitió, en suma, reposicionar a quienes vivieron la guerra como protagonistas de sus propios regresos en la medida en que sus acciones dialogaron con aquello que el Ejército Argentino elaboró como dispositivo de recepción. Que tan pronto como llegaron al Centro de Recuperación del Personal de la Fuerza hubiera jóvenes de todas las jerarquías del regimiento que comenzaron a expresarse tanto verbalmente como a través de acciones individuales y/o colectivas muestra que quienes volvían de la guerra fueron agentes de su propio presente y comenzaron a interpretar sus propias experiencias durante su recepción. Las múltiples formas en que las tradujeron en prácticas y declaraciones, por su parte, fisuraron los intentos oficiales por controlar la información sobre la guerra tanto intramuros como extramuros del ejército. Esto permite reconsiderar la extendida idea sobre los silencios de la posguerra, dotarla de algunas precisiones y reevaluar, también, el lugar que distintos actores tuvieron durante esos

días y semanas posteriores a la rendición. Entre los miembros jóvenes del Regimiento de Infantería Mecanizado 3 primó el decir y el hacer, pero no hubo reflexiones ni monolíticas ni homogéneas. Las experiencias fueron interpretadas de formas diferentes y de los días compartidos en Campo de Mayo emergieron dos consensos: que la guerra había puesto en evidencia la profunda crisis del Ejército Argentino y que sus experiencias bélicas los hacían sujetos legítimos para participar de algún tipo de proceso de revisión o discusión al respecto. Las incipientes respuestas sobre qué y cómo hacer de ahí en más fueron heterogéneas: mientras algunos intentaron convertir lo aprendido en las trincheras en enseñanzas que mejoraran la institución castrense y su capacidad de hacer la guerra, hubo quienes se volcaron hacia una actitud crítica no sólo sobre el ejército sino de forma generalizada hacia el gobierno militar. Aunque fuera por caminos diferentes, sus experiencias bélicas se volvieron una clave para imaginar futuros posibles que, de allí en más, se disputarían en otros campos de batalla.

Repositorios y Fuentes

Biblioteca Nacional Mariano Moreno – Hemeroteca:

Periódicos: *La Nación, La Razón, Diario Popular, Clarín, Tiempo Argentino, Crónica, La Prensa, Revista Gente* (junio a diciembre 1982, enero a junio 1983)

Servicio Histórico Del Ejército (SHE): Fondo Comisión Especial Malvinas (CEM)

Órdenes Especiales (OE) con sus anexos: 18/82 , 19/82, 1/82, 2/82 y otras.

Órdenes Especial del Comandante en Jefe del Ejército (OECJE), con sus anexos

Órdenes del Día

Cartilla de Contrainteligencia, durante la permanencia en el CRPF

Régimen Orgánico Funcional de la Sección Icia[Inteligencia] del CRPF

Lista de instituciones y personas que colaboraron con el CRPF, s/f

Recibos de donaciones, s/p

Notas 29 junio 1982, Inteligencia

Actas de Recepción (serie completa de oficiales, suboficiales y soldados conscriptos del Regimiento de Infantería Mecanizado 3)

Sanciones Disciplinarias

ISAD-G Fondo Comisión Especial Malvinas y otros instrumentos de descripción elaborados por el SHE.

Informe Oficial del Ejército Argentino (1983)

Memoria Abierta: Fondo Luis Moreno Ocampo

Ejército Argentino. RC-15-80. Prisioneros de Guerra. Buenos Aires: Instituto Geográfico Militar: 1971 [1969]

Ejército Argentino. RC-5-2. Operaciones psicológicas. Buenos Aires: Instituto Geográfico Militar, 1968

Tribunal Oral en lo Criminal Federal N°1, CFP 13445/1999/TO1

Catálogo de la Comisión de Familiares de Caídos den Malvinas e Islas del Atlántico Sur

Museo Virtual Malvinas de la Universidad de Lanús(<http://centrougarte.unla.edu.ar/museomalvinas/>)

Fototeca ARGRA

Entrevistas individuales y semiestructuradas con Miguel Ángel Trinidad, César Trejo, Ángel Ceballos y otras dos personas que prefirieron que su resguardar su identidad.

Bibliografía

- Ablard, J. D. (2017). The barracks receives spoiled children and returns men, 1901–1930. *The Americas*, 74(3), 299-329.
- Acuña, C., & Smulovitz, C. (1995). Militares en la transición argentina: del gobierno a la subordinación institucional. En *Juicio, castigos y memorias: derechos humanos y justicia en la política argentina*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Área de Investigación del Programa Verdad y Justicia (2015). El batallón de inteligencia 601. Ediciones Infojus.
- Badaró, M. (2009). *Militares o ciudadanos: La formación de los oficiales del Ejército Argentino*. Prometeo Libros.
- Balza, M. A. (2003). *Malvinas, gesta e incompetencia*. Editorial Atlántida.
- Becker, H. (2012) *Trucos del oficio*. Siglo XXI.
- Benedetti, S., & Graziano, M. E. (2007). *Estación imposible: Contracultura y periodismo en los '70 : la historia del Expreso imaginario*.
- Berasategui, V. E. (2011). *Malvinas: Diplomacia y conflicto armado : comentarios a la historia oficial británica*. Proa American Editores.
- Berri, J. U., & Marín, D. (1995). *El ultimo Colimba: El caso Carrasco y la justicia arrodillada*. Ediciones Temas de Hoy.
- Bjerg, María (2019). El cuaderno azul, el perro de peluche y la flor de trencadís. Unareflexión sobre la cultura material, las emociones y la migración. *Pasado Abierto. Revista del CEHis*, 9.
- Bourke, J. (1996). *Dismembering the Male: Men's Bodies, Britain and the Great War*, Reaktion Press and University of Chicago Press.
- Bourke, J. (1999). *An Intimate History of Killing*. Granta Books.
- Caimari, L. y Nazar, M. (2015). Detrás de una puerta gris. Notas sobre los archivos policiales públicos en Argentina. En C. Aguirre y J. Villa-Flores (Eds.) *From the Ashes of History. Loss and Recovery of Archives and Libraries in Modern Latin America* (pp. 117-145). A Contracorriente.
- Calveiro, P. (1998) *Poder y desaparición: los campos de concentración en Argentina*. Colihue.
- Calveiro, P. (2005). *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años setenta*. Norma.
- Canelo, P. (2008). *El proceso en su laberinto: La interna militar de Videla a Bignone*. Prometeo Libros Editorial.
- Canelo, P. (2016). *La política secreta de la última dictadura argentina (1976- 1983)*. Edhasa.

- Casola, N. (2015). *El PC argentino y la dictadura militar. Militancia, estrategia política y represión estatal*. Imago Mundi.
- Ceballos, A. O. (2012). *Combatieron con honor*. Dunken.
- CELS. (1982, octubre). Conscriptos detenidos-desaparecidos. *CELS - Centro de Estudios Legales y Sociales*.
- Chao, D.(2017). “Movilizados” de Malvinas en Chaco y Corrientes. *Sociohistórica*, (39).
- Chao, D. (2018) Problematización y gobierno de los veteranos de la guerra de Malvinas. Estado nacional, intervención política y gubernamentalidad (1982- 2017) [tesis de doctorado, Universidad Nacional de Entre Ríos].
- Chao, D. (2021) *¿Qué hacer con los héroes? Los veteranos de Malvinas como problema de Estado*. SB.
- Corbacho, A. (2003). Factores organizacionales y desempeño en combate: la experiencia de la IMARA en Malvinas. *Serie Documentos de Trabajo, Buenos Aires, Ucema*, 255, 1-24.
- Corsten, M. (1999). The Time of Generations. *Time & Society*, 8, 249-272.
- Di Liscia y G. Soprano (2017). *Burocracias estatales. Problemas, enfoques y estudios de caso en la Argentina (entre fines del siglo XIX y XX)* (pp. 187-217). Prohistoria.
- Ejército Argentino (1983). *Informe Oficial del Ejército Argentino*. Conflicto Malvinas
- Eley, G. (2008). *Una línea torcida: De la historia cultural a la historia de la sociedad*. Publicacions de la Universitat de València.
- Fabris, M. (2012). El episcopado argentino, el “destape” y la amenaza a los valores tradicionales, 1981-1985. *Revista Cultura y Religión*, 6 (1), 92-112.
- Feld, C. (2015). La prensa de la transición ante el problema de los desaparecidos: el discurso del “show del horror”, en Feld, C. y Franco, M. (dir.) *Democracia, hora cero: actores, políticas y debates en los inicios de la posdictadura*, Fondo de Cultura Económica.
- Forti, D. J. (2007). *Hasta el último día*. Atlántida.
- Franco, M. (2017) La “transición” argentina como objeto historiográfico y como problema histórico, *Revista Ayer*, 107, 125-152.
- Franco, M. (2018). *El final del silencio. Dictadura, sociedad y derechos humanos en la transición (Argentina, 1979-1983)*. Fondo de Cultura Económica.
- Frederic, S. (2013). *Las trampas del pasado*.Fondo de Cultura Económica.
- Frederic, S., Masson, L., & Soprano, G. (2015).*Fuerzas armadas en democracia: Percepciones de los militares argentinos sobre su reconocimiento*.
- Freedman, L. (2004).*The Official History of the Falklands Campaign, Volume 1: The Origins of the Falklands War*. Routledge.

- Freedman, L. (2005). *The Official History of the Falklands Campaign: War and diplomacy*. Psychology Press.
- Fusell, P. (1975) *The Great War and Modern Memory*. Oxford University Press.
- Gandara, F. (2021) Malvinas: diseño y experiencias de un regreso. El Centro de Recuperación del Personal de la Fuerza (junio-julio 1982), *Quinto Sol*, 25 (2), 1-20.
- Garaño, S. (2010). The Opposition Front against Compulsory Military Service. *Genocide Studies and Prevention: An International Journal*, 5(2).
- Garaño, S. (2011). El monte tucumano como “teatro de operaciones”. (Tucumán, 1975-1977). *Nuevo Mundo Mundos Nuevos. Nouveaux mondes mondes nouveaux - Novo Mundo Mundos Novos - New world New worlds*.
- Garaño, S. (2013a). *El debate sobre la conscripción y el activismo en derechos humanos en la post-dictadura argentina*.
- Garaño, S. (2013b). SOLDADOS SOSPECHOSOS. *Contenciosa*, (1).
- Garaño, S. (2017). “Cura- Malal”. Un ensayo del Servicio Militar Obligatorio en 1897. *Revista Paginas*, 9(19), 9-33.
- Garbatzky, I. (2013). *Los ochenta recién vivos*. Beatriz Viterbo Editora.
- Gray, J. G. (1959). *The Warriors: Reflections on Men in Battle* (2da ed.). U of Nebraska Press.
- Guber, R. (2001). *¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda*. Fondo de Cultura Económica.
- Guber, R. (2004). *De "Chicos" a "Veteranos": Memorias argentinas de la Guerra de Malvinas*. Antropofagia.
- Guber, R. (2008). Crucero ARA General Belgrano in memoriam. Linajes político-navales en las memorias de Malvinas. *Iberoamericana/Editorial Vervuert*, 8(30), 7-26.
- Guber, R. (2016). *Experiencia de Halcón: Ni héroes ni kamikazes: pilotos de A4B*. Penguin Random House Grupo Editorial Argentina.
- Hunt, L., & Bonell, V. (1999). *Beyond the Cultural Turn: New Directions in the Study of Society and Culture*. University of California Press.
- Jofre, O. L., & Aguiar, F. R. (1987). *Malvinas: La defensa de Puerto Argentino*. Editorial Sudamericana.
- Keegan, J. (1978). *The Face of Battle*. Penguin.
- Kirschbaum, R., Kooy, E. V. D., & Cardoso, O. R. (2012). *Malvinas. La trama secreta (Edición definitiva)*. Penguin Random House Grupo Editorial Argentina.
- Kohen, M. G., & Rodríguez, F. D. (2015). *Las Malvinas entre el derecho y la historia: Refutación del folleto británico «Más allá de la historia oficial. La verdadera historia de las Falklands/Malvinas»*. Eudeba.

- Koselleck, R. (2004), Historia de los conceptos y conceptos de historia, *Ayer*, No 53, 27-45.
- López, E. (1994). *Ni la ceniza ni la gloria: Actores, sistema político y cuestión militar en los años de Alfonsín*. Universidad Nacional de Quilmes.
- Lorenz, F. (2006). *Las guerras por Malvinas*. Edhasa.
- Lorenz, F. G. (2009). *Malvinas: una guerra argentina*. Sudamericana.
- Lorenz, F. (2011). El malestar de Krímov. Malvinas, los estudios sobre la guerra y la historia reciente argentina. *Revista Estudios*, 25, 47-65.
- Lorenz, F. G. (2012). Dicho y no dicho en la guerra de Malvinas. Sobre las decisiones acerca de lo narrable, la supervivencia y una pequeña batalla altamente significativa pero que no figurará en las *Crónicas* del conflicto de 1982. *Corpus. Archivos virtuales de la alteridad americana*, 2(1).
- Lorenz, F. G. (2014a). *Todo lo que necesitás saber sobre Malvinas*. Grupo Planeta Spain.
- Lorenz, F. G. (2014b). «Ungidos por el infortunio». Los soldados de Malvinas en la post dictadura: Entre el relato heroico y la victimización. *Cuadernos de historia. Serie Economía y Sociedad*, 0(13/14), 265-287.
- Lorenz, F. G. (2015). Gran Malvina: Una mirada a la experiencia bélica desde los testimonios de sus oficiales. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 41, 225-257.
- Lorenz, F. (2017). *La llamada. Historia de un rumor de la posguerra de Malvinas*. Editorial de la Universidad Nacional de Tucumán.
- Luciani, L. (2017). *Juventud en dictadura: Representaciones, políticas y experiencias juveniles en Rosario : 1976-1983*. La Plata, Posadas, Los polvorines.
- Lvovich, D. (2020) Los que apoyaron. Reflexiones y nuevas evidencias sobre el apoyo difuso a la dictadura militar en su primera etapa (1976-1978). *Anuario IEHS*, 35 (2), 125-142.
- Mannheim, K. (1993). El problema de las generaciones. *Reis: Revista española de investigaciones sociológicas*, (62), 193-244.
- Mantaras, M. (1995). *Caso Carrasco. Un pacto de silencio*. APDH.
- Manzano, V. (2017). *La era de la juventud en Argentina. Cultura, política y sexualidad desde Perón hasta Videla*. Fondo de Cultura Económica.
- Manzano, V. (2018a). El psicobolche juventud, cultura y política en la Argentina de la década de 1980. *Revista de Izquierdas*, 41, 250-275.
- Manzano, V. (2018b). Juventud y transición: significados políticos y culturales de la juventud en la Argentina de la década de 1980. En *Historia cultural hoy: 13 entradas desde América Latina* (Victor Branguier). Prohistoria.
- Miller, Daniel (2008). *The Comfort of Things*. PolityPress.

Ministerio de Defensa (2012). Conflicto del Atlántico Sur-Malvinas. Descripción y análisis de los acervos documentales de las Fuerzas Armadas. Buenos Aires, Ministerio de Defensa de La Nación.

Margiolakis, E. (2012). Revistas subterráneas en la última dictadura militar argentina: La cultura en los márgenes. *Revista Eletrônica da ANPHLAC*, 0(10), 64-82.

Mazzei, D. H. (2011). *El CEMIDA: Militares argentinos para la transición democrática*. Ediciones Le Monde diplomatique «el Dipló».

Melara, P. (2010). *80 días en Malvinas*. Universidad Nacional de Mar del Plata.

Mohr, J. L. D. (1998). *El Escuadrón Perdido*. Planeta.

Nemec, D. (2019). *Pueblos de la "guerra". Pueblos de la "paz". Los pueblos rurales del Operativo Independencia (Tucumán, 1976-1977)*. Editorial de la Universidad Nacional de Tucumán.

Neumann, M. (2012). «Youth, It's Your Turn!»: Generations and the Fate of the Russian Revolution (1917–1932). *Journal of Social History*, 46(2), 273-304.

Passerini, L. (1996). La juventud, metáfora del cambio social (dos debates sobre los jóvenes en la Italia fascista y en los Estados Unidos durante los años cincuenta). *Historia de los jóvenes, Vol. 2, 1996 (II. La Edad Contemporánea)*, ISBN 84-306-0068-X, págs. 381-453, 381-453.

Portelli, A. (1991). *The Death of Luigi Trastulli and Other Stories: Form and Meaning in Oral History*. SUNY Press.

Pontoriero, E. (2014). El tratamiento de los prisioneros de “guerra subversiva” en los reglamentos de contrainsurgencia del Ejército argentino (1955-1976). *Revista izquierdas*, 19, 131-142.

Pozzio, M. (2015). La experiencia de las mujeres en Malvinas. *Cuadernos de Marte*(8).

Pratesi, A. (2010). *Unapasión recorre el Chaco. Malvinas, nación, dolor*. Chaco.

Prost, A. (1977). *Les ancienscombattants et la sociétéfrançaise: Mentalités et idéologies*. Presses de la Fondationnationale des sciencespolitiques.

Rodríguez, A. (2015). El regreso de los militares veteranos de la guerra de Malvinas a la Armada: entre el ocultamiento, el silencio y el aislamiento. El caso de los marinos del Apostadero Naval Malvinas. *Páginas*, 7 (13), pp. 55-78.

Rodríguez, A. (2016). La memoria social de los ex-soldados combatientes del Apostadero Naval Malvinas en el conflicto del Atlántico Sur. Un análisis a través de las anécdotas recurrentes del grupo. *RevistaUniversitaria de Historia Militar*, 4 (8), 164-181.

Rodríguez, A. (2017) Por una Historia Sociocultural de la guerra y posguerra de Malvinas. Nuevas preguntas para un objeto de estudio clásico. *PolHis. Revista Bibliográfica Del Programa Interuniversitario De Historia Política*, (20), 161-195.

- Rodríguez, A. (2020). *Batallas contra los silencios: la posguerra de los ex combatientes del Apostadero Naval Malvinas: 1982-2013*. Universidad Nacional de La Plata/Universidad Nacional de Misiones.
- Sain, M. F. (1994). *Los levantamientos carapintada, 1987-1991* (Vol. 1 y 2). Centro Editor de América Latina.
- Salvi, V. I., & Garaño, S. (2014). *Las fotos y el helicóptero: Memorias de oficiales retirados y ex soldados conscriptos que participaron del Operativo Independencia (Tucumán, 1975-1977)*.
- Scocco, M. (2019) El Partido Comunista argentino y organizaciones de masas en relación con el movimiento de derechos humanos; Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas; *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*; 15; 99-118.
- Soprano, G. (2010). Los militares como grupo social y su inscripción en el Estado y la sociedad argentina. Batallas intelectuales y políticas por la construcción de un objeto de estudio en las Ciencias Sociales. *Revista digital universitaria del Colegio Militar de La Nación*, 22.
- Soprano, G. (2013) E.P. Thompson en los cuarteles. Aportes metodológicos y sustantivos de los conceptos de clase social y experiencia al estudio histórico y etnográfico de identidades militares en la Argentina (1983-2012). *Rey Desnudo*, 2 (3), 361-369.
- Soprano, G. (2016). *¿Qué hacer con las Fuerzas Armadas? Educación y profesión de los militares argentinos en el siglo XXI*. Prometeo.
- Soprano, G. (2017). Los generales del Ejército Argentino como alta burocracia del Estado nacional durante la transición democrática. En M. S. Di Liscia y G. Soprano (Eds.) *Burocracias estatales. Problemas, enfoques y estudios de caso en la Argentina (entre fines del siglo XIX y XX)* (pp. 187-217). Prohistoria.
- Soprano, G. (2018a). El Ejército Argentino y la guerra convencional en la segunda mitad del siglo XX. Reflexiones a partir de la experiencia de la artillería en la Guerra de Malvinas. *Contenciosa*, 8.
- Soprano, G. (2018b). La formación profesional de los oficiales artilleros del Ejército Argentino entre la Segunda Posguerra Mundial y la Guerra de Malvinas. En A. Fuccille, L. R. Goldoni y C. O. Adão (Org.) *Forças Armadas e Sociedade Civil: Atores e Agendas da Defesa Nacional no Século XXI*. São Cristovao: Editorial UFS.
- Soprano, G. (2019). *Martín Balza. Un general argentino entre la república y la democracia*. Tomo 1 y 2. Prohistoria.
- Soprano, G. (2020). Solidaridad y conflicto entre combatientes del Grupo de Artillería 3 del Ejército Argentino en la guerra y posguerra de Malvinas. *Avances del CESOR*, 17 (22), 51-72.
- Soprano, G., & Mellado, V. (2018). Militares y élites en la Argentina del siglo XX y XXI. Problematizando definiciones teóricas y usos empíricos de las categorías // *Población & Sociedad*, 25(2).

- Svašek, Maruška (Ed.) (2012). *Moving Subjects, Moving Objects. Transnationalism, Cultural Production and Emotions*. BerghahnBooks.
- Terragno, R. (2006). *Historia y futuro de las Malvinas*. Librería Histórica, E. J. Perrot.
- Thompson, E. P. (2012). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Capitán Swing.
- Usubiaga, V. (2012). *Imágenes inestables: Artes visuales, dictadura y democracia en Buenos Aires*. Edhasa.
- Vázquez, M., Vommaro, P., Nuñez, P., & Blanco, R. (2017). *Militancias juveniles en la Argentina democrática Trayectorias, espacios y figuras de activismo* (Vols. 1–500). Imago Mundi.
- Vila, P. (1985). 'Rock nacional: Crónicas de la resistencia juvenil'. En *Los movimientos sociales* (Vol. 6, pp. 83-156).
- Vommaro, P., & Cozachcow, A. (2018). Militancias juveniles en los 80: Acercamientos a las formas de participación juveniles en la transición democrática argentina. *Trabajo y sociedad*, (30), 285-306.
- Winter, J. (1995) *Sites of Memory: Sites of Mourning: The Great War in European Cultural History*. Cambridge University Press.
- Winter, J (2006) *Remembering war*. Yale University Press.
- Zaragoza Bernal, J. M. (2015). Ampliar el marco. Hacia una historia material de las emociones. *Vínculos de Historia*, 4, pp. 28-40.